

Grabado, de Galo Galecio

Influído por el muralismo mexicano, con cuyos exponentes tuvo contacto personal, Galo Galecio (Vinces 1908–Quito 1993) se inscribe dentro de la corriente del expresionismo social que innovó la plástica del país a partir de los años treinta. Marcado también por un afán de recuperación de lo popular y de lo telúrico, es considerado el más destacado grabador ecuatoriano hasta la fecha, maestro de la xilografía, implacable caricaturista e insigne muralista.



Literatura afroecuatoriana homenaje a Nelson Estupiñán Bass

Letras del Ecuador inicia una nueva etapa de su historia, reiterando, siempre, su compromiso con aquello que soñó y pensó su fundador, el creador de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, el mayor animador cultural y polígrafo del Ecuador contemporáneo: Benjamín Carrión.

A partir de ahora, **Letras** buscará asegurar su periodicidad; pero al mismo tiempo quiere retornar a lo que fue su propósito original: ser el vehículo de difusión, discusión y promoción de lo mejor que se produce en las letras nacionales.

Nuestra idea es imprimir a la revista un carácter monográfico, de modo que permita un acercamiento permanente a la literatura del país, en forma sistemática y profunda, en un quehacer colectivo al que están invitados todos los creadores, estudiosos e interesados en tan importante área de la creación artística.

El carácter monográfico de la revista no impedirá que en sus páginas se expresen los escritores de toda edad y condición, con un único requisito: la calidad, parámetro en torno al cual sabemos ya los riesgos que corremos y que estamos dispuestos a afrontar puesto que **Letras** estará abierta también a toda polémica saludable y constructiva.

El uno de marzo de este año murió el gran novelista Nelson Estupiñán Bass. Nos harán mucha falta su presencia, su palabra orientadora que, por suerte, quedó plasmada en obras inolvidables como *Cuando los guayacanes florecían* o *El Paraíso*. Dada la coincidencia entre su partida y el inicio de estos nuevos esfuerzos de **Letras**, nos ha parecido mínimamente elemental dedicar este número a Nelson y a lo que fue el ámbito natural de su escritura: la literatura afroecuatoriana.

Reiteramos nuestra convocatoria a todos los escritores ecuatorianos y al público lector a enviarnos sus colaboraciones.

nelson estupiñán bass

Sta, Esmeraldas, 1912

Entre sus obras, las principales son:

Cuando los guayacanes florecían
(1954), novela.

Canto negro por la luz (1954), poesía.
Timarón y Cuabú (1956), poesía.

El paraíso (1958), novela.

El último río (1966), novela.

Las huellas digitales (1971), poesía.

Las tres carabelas (1973),
poesía, cuento y teatro.

Senderos brillantes (1974), novela.

Las puertas del verano (1978), novela.

Toque de queda (1978), novela.

El desempate (1980), poesía.

Bajo el cielo nublado (1981), novela.

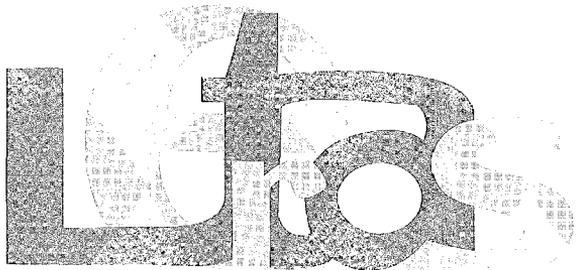
Las dos caras de la palabra (1982),
poesía y prosa.

El póker de la patria (1984), poesía.

Duelo de gigantes (1986),
poesía popular.

siguiente número

185 Las vanguardias ecuatorianas en el siglo XX



Nota necesaria:

El lector encontrará el poema "Tambor mayor", de Ignacio Rodríguez Martínez, que se reproduce en la página 23, repetido en la 53. El hecho se debe a que la primera transcripción corresponde a una selección de Nelson Estupiñán Bass y que consta en su artículo "Proceso de la literatura afroecuatoriana", en tanto que la segunda se incluye en la antología de nueva poesía afroecuatoriana elaborada para esta revista por José Sosa Castillo.

PP000 352

2002

n. 184

f. 2

literatura afroecuatoriana homenaje a Nelson Estupiñán Bass

Índice

letras del ecuador

fundada por
Benjamín Carrión en 1945

Casa de la Cultura
Ecuatoriana
Benjamín Carrión
número 184 agosto 2002

Raúl Pérez Torres
Presidente CCE

Francisco Proaño Arandi
Director

Alfonso Monsalve
Editor

Consejo Editorial
Cecilia Ansaldo
Eliécer Cárdenas
Fernando Cazón Vera
Manuel Corrales Pascual
Marco Antonio Rodríguez
Humberto Vinuesa

Fotografías
Archivo de
Argentina Chiriboga

Diseño y diagramación
Cadabra Taller de Diseño

Fotomontaje e impresión
Fondo Editorial
Pedro Joge Vera
Casa de la Cultura
Ecuatoriana

Ave. 6 de Diciembre
N16-224 y Ave. Patria
P.O. Box: 67
Quito, Ecuador

Telefax:
(593-2) 2223 391 / 2565 808
extensión 203 / 213

Correo electrónico:
letrasdeecuador@hotmail.com
cce.benjamin carrion@andinanet.net

4 no ha muerto Nelson
josé sosa castillo

6 esencias de guaguancó
juan montaña escobar

14 proceso de la literatura afroecuatoriana
nelson estupiñán bass

28 el horizonte cultural de los pueblos
afro descendientes

luis zúñiga

34 breves consideraciones acerca de
la negritud en Esmeraldas
antonio preciado bedoya

38 mi credo novelístico
nelson estupiñán bass

40 cuentos afroecuatorianos
antología de juan garcía salazar

52 nuevas voces de la
poesía afroecuatoriana

antología de josé sosa castillo
58 la bomba del chota

creación

60 antonio preciado bedoya

62 humberto vinuesa

65 julio pazos barrera

67 raúl perez torres

68 fernando cazón vera

69 eliécer cárdenas

76 nelson estupiñán bass y
luz argentina chiriboga:

en la literatura y en la vida
por jennie carrasco molina

páginas salvadas

80 miguel cabello balboa

84 libros

no ha muerto Nelson

José Sosa Castillo

A riesgo de ir contracorriente de las leyes biológicas, de las noticias del cable, de lo que cotidianamente se comenta en los últimos días.

A riesgo de ir contracorriente del tiempo y sus afanes, pues al asomarse marzo por la primera ventana de la aurora, nos trajo la aplastante noticia.

A riesgo de contradecir a mis amigos y al sentido común, que no siempre resulta ser el más común de todos los sentidos, sostengo y declaro a los cuatro vientos que Nelson no ha muerto, y que ya no podrá morir jamás.

Cómo puede morir un hombre que fundió su espíritu y su obra en un todo coherente y armónico para entregar a Esmeraldas, al Ecuador y al mundo, un legado de dignidad, de probidad, de amor; pero también de banderas levantadas, de reclamo y de protesta airada contra las variadas y sutiles formas de injusticia.

Cómo puede morir Nelson, sencillo y extraordinario ser humano, quien amalgamó sus voces ancestrales al hombre común y cotidiano, a los verseros negros y mulatos, a los "componedores", a los virtuosos del contrapunto, para legarnos, entre otras, esa maravillosa muestra del alma popular esmeraldeña articulada en *Timarán y Cua-bú*, *El desempate* y *Duelo de gigantes*, con cuyas lecturas recordé a Facundo Cabral cuando expresa:

Procura que tus coplas
vayan al pueblo a parar,
que al volcar el corazón
en el alma popular,
lo que se pierde de gloria,
se gana de eternidad.

Así, eterna y trascendente es la rotunda voz poética y narrativa de Nelson Estupiñán Bass. Su *Canto negro por la luz* y su novela *Cuando los guayacanes florecían* constituyen los primeros gritos estentóreos e inmarcesibles de su esmeraldeñidad y de su orgullosa negritud.

En cierta oportunidad el chileno universal Pablo Neruda exclamó: "No crean que voy a morirme me pasa todo lo contrario ¡sucede que voy a vivirme!".

Ese es el destino de los grandes hombres, cuya estatura espiritual excede con mucho la meneguada talla de los vanidosos, de los enfermos de soberbia, de los delirantes megalómanos y de los malvados del planeta.

Por eso el mensaje de Nelson Estupiñán Bass está más vigente que nunca, y es como si el maestro, al centro de nosotros, expusiera su visión de futuro, inserta en su *Canción del niño negro y del incendio*, que en cierta parte manifiesta:

En los tiempos que vendrán,
cuando caigan las barreras
del odio de los adultos,
las barreras de colores
de los niños se hundirán.
Será cuando yo sea hombre,
será cuando tenga hijos,
será cuando el mundo nuevo
nazca de todos los pechos.

Niños blancos, niños negros,
niños negros, niños blancos,
mano a mano se unirán,
corazón con corazón,
unirán casa con casa
para la unión de la raza.
Otros serán ya los niños,
pero yo estaré presente!

letras del ecuador

Y es como si una renovada esperanza avanzara sangre y corazón adentro, hinchando abrazadoramente el caudal de nuestras venas, gracias a la palabra bienhechora del "hermano mayor de todos los escritores esmeraldeños".

Recuerdo que el poeta y combatiente español Miguel Hernández, en uno de sus poemas, dice:

cantando espero la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
en medio de las batallas.

Tal vez por eso, la muerte quiso jugar una mala pasada al insignie batallador esmeraldeño. Y encontrándolo lejos del suelo natal pretendió anquilosarse al fondo de sus bronquios y pulmones y, de esa manra, aniquilar la voz mayúscula, por la que se expresaba todo un pueblo.

Pero falló la muerte en sus designios, pues Nelson Estupiñán Bass ya se había perennizado en la esencialidad del hombre esmeraldeño y ecuatoriano, había trascendido las fronteras patrias, entrando con paso firme y decidido a las regiones de la inmortalidad.

De allí que me resista a discutir sobre el hecho de la desaparición física de Nelson Estupiñán Bass. Yo quiero celebrar su presencia vital. Yo quiero recibir como siempre al eterno presidente de la Casa de la Cultura de Esmeraldas. Yo quiero hacer un brindis que muchas veces compartimos con el maestro:

A manra de abrazo y de saludo,
de alzar a tu salud la voz y el vino,
digo que en tu palabra vigorosa
encontraron el hombre y la temura
su arteria popular más caudalosa.

La poderosa luz viva, armoniosa
del sol danza que danza por tu
pecho,

dio para el canto negro los más
hondos
registros musicales de los dioses.

Así, "los guayacanes" del verde
"paraíso",
de pronto florecieron en la historia,
pájaros de nostalgia cual pañuelos
por "el último río" humedecidos.

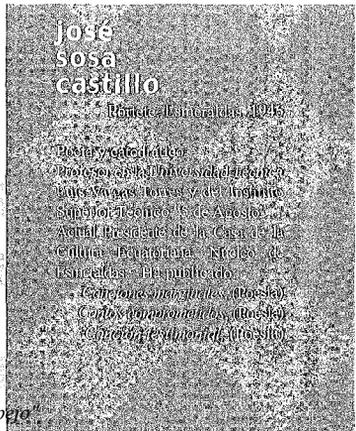
Es que tu corazón, es que tu sangre,
y la savia esencial que te sustenta
son las "tres carabelas" que navegan
"las huellas digitales" de la lírica.

Y cantando y cantando los acechos
que tienden a la vida su celada,
avizoras, señalas a los pueblos
"los senderos altivos y brillantes".
Tus miradas descubren el paisaje
las postales, los cuadros más hermosos,
los más cargados tintes de las tardes
entrando por "las puertas del verano".

Y retorna el torrente de la historia,
con el tropel del hombre y de los
hechos,
con anhelos de andar la libertad,
de escalar las montañas del destino,
pero salcn al paso y le disparan
aquel "loque de queda", a quemarropa.

Ya "titilan las luces", es de noche,
digo que el vino es bueno a tu salud,
Nelson Estupiñán, en este día,
en que te quedas dentro de nosotros
y al centro del cariño popular,
quiero brindar contigo en esta copa
de júbilo total.

Por ti que eres un canto enardecido,
militante, cantor, tambor sonoro,
árbol, savia, raíz y, sobre todo,
camarada ejemplar,
¡A tu salud!



**José
Sosa
Castillo**

Requiem a Esmeraldas, 2021

Editorial
Profesor de la Universidad de
Guayaquil y del Instituto
Superior Tecnológico de Guayaquil
Actual presidente de la Casa de la
Cultura de Esmeraldas. Profesor de
Esmeraldas, Esmeraldas.
Categorías: *América*, *América
Central y del Caribe*, *América
del Sur*, *América del Sur*

esencias de guaguancó

juan montañó escobar

Escribir: fatalidad de las memorias irrevocables

Debe ser una fatalidad, pero nadie escribe distanciado de sus memorias irrevocables. Nadie escapa a unos mandatos de la raza (en el sentido cultural y no biológico, por supuesto). Si se hace justamente lo contrario: sentarse en el portal de la casa y mirar en una procesión de ánimas la propia y negarle su pertenencia hasta el último canto del gallo.

Nadie escapa a su destino, si es sincero con su memoria y con sus ancestros. Y eso no tiene por qué ser una desgracia o ser idólatra del pasado. Ante todo es respeto a los ancestros. A los abuelos que atestan las venas más sublimes de nuestra historia. Entonces nadie escribe porque le sale del forro de la inspiración escribir. Se escribe por las causas perdidas que se quieren entrañablemente, por los amores angustiosos que atormentan con regusto de felicidad, por decencia política y hasta por vanidad intelectual; pero siempre catalizando por todos los *axé* que en su mundo hayan sido. Se escribe, al fin y al cabo, por el pretexto de vivir.

Para mí escribir desde la negritud es atender a un llamado de parientes ancestrales y es hacer justicia con nosotros. Esos nosotros somos los afroecuatorianos, pero también los afroamericanos. En igual dimensión y valoración. Escribir desde la negritud es volver los ojos propios y los ajenos a nuestras imágenes, a nuestra presencia múltiple, a las razones intelectuales de nuestra existencia y a unos conceptos filosóficos concentrados en la palabra negritud. Digo concentrados y no

sintentizados; hay diferencias de acción e intención. Y en la producción intelectual. Hay diferencias de pasión y creación. Se actúa por motivos que sólo el escritor o escritora conoce, por deseos que están más allá de una razón explicable, por pasión de escribir porque las ánimas familiares y tribales nos dejan en paz y por simple y trabajosa creatividad. Hasta por desquitarse con los grupos malafesivos se escribe. Así lo creo.

Es un mandato *de las vidas que aún nos falta* escribir desde la negritud. Aquí podría pensarse que se trata de reducir la escritura a una fiesta de pocos, a una merienda únicamente de negros o ausentarse del mundo a un paraíso limitado por altos muros. De ninguna manera. Es reconocernos en todos los rostros y en todas las almas. Es que nos conozcan en todas las

vidas del poliedro infinito que somos. Es reconocernos liberados de los esquemas, de las síntesis culturales asesinas y de los prejuicios del resto de la sociedad. Escribir desde la negritud es derrotar en la cotidianidad filosófica la persistencia ideológica del racismo. Escribir desde la negritud, porque leer no ha sido y no es placer neutro. También el lector, cualquier lector sin dudas, puede asumir, aunque de manera momentánea, la negritud.

Ahora, escribir y leer son actividades cómplices, porque todo escritor tiene sus lectores. Es una actividad de doble vía. Dicen que hay escritores que escriben para sí mismos y que la satisfacción y opinión del lector les son indiferentes. *Muy indiferentes.* Qué tanta valentía intelectual se esconde en estas posturas despreciativas, sería bueno saberlo, o es más bien una decepción de cara a un lector que busca primero satisfacerse y luego entender las complicaciones vivenciales y técnicas del autor. Se debe escribir para unos lectores que necesitan recrear cómodamente lo escrito y luego, por fin, descubrir las esencias de guano del escritor. Ya se ha dicho: escritor y lector son cómplices de la creación de un mismo mundo en diferentes cabezas. O mejor dicho: cada diferente cabeza es el mismo mundo. Se escribe para revivir historias intencionales. Y si se escribe desde la negritud es para encender claridades *con fuerzas de cien (y más) mañanas.*

Juyungos y guayacanes florecidos

No hay escritor afroecuatoriano que rehuya, en sus inicios, la influencia de Nelson Estupiñán Bass. Estuvimos o estamos marcados por sus escritos. Perseguidos o distanciados de sus influencias de maestro primero. Otra ánima que deja sus cenizas benéficas, al revolotear sobre nosotros (o nosotras), es Adalberto Ortiz Quiñónez. Es *Juyungo* que ha perseguido y persigue las primeras líneas de todo creador afroecuatoriano temprano. Para algunos hay genes determinantes en la formación de los escritores afros: *Cuando los guayacanes florecían*, *Juyungo* y *De sol a sol*. Los tres de Esmeraldas Y los tres identificados con la negritud. Y los tres escribieron o aún escriben desde las orillas fecundas de la negritud.

Cuando los guayacanes florecían y *Juyungo* son las historias de la rebeldía afroecuatoriana. Y el triunfo sobre la opresión racial y social. La liberación en la lucha social y la afirmación de esta libertad en los fundamentos marxistas. A mi juicio, este detalle las hace universales, pero también se necesitaba mostrar al personaje con una cultura vívida y vivida y que el personaje no se distanciara de su negritud, así sea bajo el ropaje marxista.

Está bien el color político que se aviene con la inmediata situación social y hasta es necesario como parte de una construcción ideológica popular. Ambas novelas, a mi juicio, más que obras de la negritud, son negritas. El negrismo narra la vida de los negros con ojos prestados. Yo no creo que eso sea malo o sirva como pretexto para ignorar adrede estas novelas. Corresponden a esos tiempos culturales, a esas presiones sociales y esas formas de distinguir la vida de la gente negra. El escritor y su literatura son compinches o verdugos del transcurrir soportable e insoportable de los días. Para bien o para mal es casi inevitable.

Ahora, yo creo que tanto Nelson Estupiñán Bass como Adalberto Ortiz son escritores firmes de la negritud. Su obra posterior lo afirma. Negritud y negrismo son ideas diferentes. Muy diferentes. El negrismo hablaba (o habla) con voz prestada; cree entender la cultura negra y esquematiza costumbres, pensamientos, pasiones y razones; los negristas crecen asomarse a nuestras almas y nos atribuyen sus impresiones, sus pareceres y caracteres. Descubren lo que quieren descubrir y describen aquello que interpretan con visión prestada, sobrepuesta o impuesta.

La literatura de la negritud se mueve desde lo genuino hacia todas partes, hace combinaciones para enriquecerse sin perder esencia. Es *soul* cargada de mundos parecidos u opuestos. Expresarse desde dentro de la negritud no es limitarse, no es apocarse y no es buscar un refugio limitado por un concepto. Concepto válido, bajo cualquier punto de vista, pero limitado. Cuando hablo de negritud no hay intenciones de reducir el espacio de la creatividad, sino tener un camino en territorios infinitos, rutas en mares desconocidos o vías en cielos sin fin. La negritud es un instrumento filosófico, ideológico, político y de cultura barrial. Barrial o de la esquina, para no desterrarla de los eventos simples y cotidianos. Escribir desde la negritud es filosofía sabrosa y alejosa; es el medio, son los fines intermedios, pero no es el definitivo fin. Es el camino para llegar como cultura diversa a todas las culturas diversas.

De par en par

Es Antonio Preciado, a mi juicio, el mayor escritor de la negritud ecuatoriana y uno de los más importantes del continente, si nos asomamos a América toda. O a Abya Yala, que es como seguramente debería llamarse esta región de polo a polo. Todos los escritores más jóvenes, principalmente aquellos que quieren escribir desde las orillas de la negritud, deben leer a Antonio Preciado. Es caminar de sol a sol, por un mundo de par en par.¹

El escritor (y la escritora) joven de poesía, narrativa corta o de largo aliento o de

crónica periodística debe leer la obrapreciadista de Antonio. En toda su obra, como en pocos poetas, se descubre el sonido africano de la palabra que es como decir música interminable; el escritor (y la escritora) se atendrá a la funcionalidad inagotable de la palabra, sus vibraciones desnudas y su amorosa invitación a disfrutar de sus sonos; los escritores, de cualquier género y géneros, aprenderán el disfrute de escribir y leer las sinfonías intencionales acumuladas en versos duramente trabajados. Existen las imágenes, pero con música de fondo y forma; están las imágenes, pero cargadas de jolgorios maravillosos; está la imagen para la retentiva de ojos y oídos. Es inexplicable que en este país se escriba sin el alfabeto sinfónico de Antonio Preciado. O que se diga que es un escritor que hace esto o aquello sin dimensionar la enorme e insoportable verdad de ser parte de la mejor poesía del Ecuador.

Hay que aprender de Antonio Preciado a vivir la inspiración y la transpiración. A trabajar arduamente el oficio en que se crece, que se elige y que se disfruta. Hay que respetar la palabra para

conocerla y para escucharla en sus sonoridades variables de guaguancó, blues, chigualo, montuno, mapalé, calipso, currulao, marinera, samba, tamborito, cumbia o candombé. La poética de Antonio Preciado es como el jazz para los músicos que quieren experimentar con fusiones y otras músicas. También hay que estudiar sus alquimias, sus cocinados, adivinar sus artes de babalawo mayor, entender sus formas de percibir y discriminar los sonidos esenciales del barullo parásito, imitar su rigurosa honestidad intelectual con el oficio de la palabra y creer que escribir, como cree Antonio, que este es el mejor oficio del mundo.

Los escritores, de todos los géneros y género, deben leer productivamente a Antonio Preciado, para trascender su obra y para que sea un feliz referente literario. Un fértil referente y no el límite preciso para los creadores juveniles. La iconoclastia es demandante necesidad para que la vida no se detenga. Y, en el caso de la negritud, para que sea eterno el mandato de los ancestros.

Quienes somos parte de una generación intermedia

entre los mayores y los menores creadores, somos *jututos*,² herederos de Antonio Preciado. Y el *sonl*preciadista lo descubro en José Sosa Castillo, Julio Micolta Cuero y en algunos pintores. En *Así se compone un son*³ el ánimopreciadista sobrevuela todo el conjunto de narraciones. Sin duda, la narrativa y la poesía son momentos y escenarios literarios diversos, su dinámica e intenciones tienen rumba y rumbos diversos; pero la narrativa necesita de ritmos y de comprensión

musical, donde sea necesaria, de la palabra. El ejercicio de la escritura exige de un perpetuo retorno a la consagración del oficio y por ello a la afinación del instrumento palabrero. En mi caso, ya no es perseverar en el *soul* preciadista, sino ganarle destino a una amalgama propia. Y es lo que actualmente hacen Sosa Castillo y Micolta Cuero. Desconozco el caso de los pintores. Sin embargo ya es imposible rehuir a la primera y promotora influencia.

4 Tapao canción y miscelánea⁴

En la negritud ecuatoriana hay producción literaria, no se sabe si poca o mucha, pero lo que falta es edición. La totalidad de las creaciones están guardadas para tiempos mejores, aunque yo creo que todo tiempo es bueno o mejor. Las instituciones oficiales de la cultura ecuatoriana entreabren las puertas para dejar pasar, con extraordinaria dificultad, la producción de algún afortunado escritor o escritora afro. Publicar y mostrar cuadros es una tarea para un Sísifo de color verdadero. Hasta en eso se le ve el malevaje segregacionista al país. En estas instituciones de la cultura oficial, cabe subrayarlo, todo es oficial hasta las galladas. Para estas oligarquías culturales la vida es monocorde, bicolor y fiángaramente existencial. Sus horizontes se acaban en las pinturas repetidamente mediocres de los cúmbilas y la literatura se queda en los inciertos productos de la

jorga. O en los talentos que se nos ofrecen de alquiler, para que interpreten indianidad y negritud.

En las casas oficiales de la cultura ecuatoriana no hay sitio para la creatividad afroecuatoriana, ésta es la pura verdad. El resto es cuento, en lo que tiene de popularmente malo esta palabra. No hay cabida en sus publicaciones, no hay cabida en la integración de sus áreas de investigación, no hay cabida en sus imprentas, no hay cabida en sus planes y proyectos. Y estas instituciones se llaman malafesivamente ecuatorianas.

Debe haber creadores afroecuatorianos, de cualquier género y géneros, dedicados a escribir para la esperanza editorial, para cuando la oportunidad de las finanzas les alcance y sus obras terminen en manos de lectores regocijados. Deben estar aquellos (y aquellas) para quienes la literatura es una pasión y una razón para darle grandiosidad a la negritud ecuatoriana. En la vecindad esmeraldeña hay dos creadores que tienen versos y estudios acumulados. Son los poetas José Sosa Castillo y Julio Micolta Cuero.

Sé que escriben para la voz, para la oralidad inmediata. Micolta Cuero cultivando la décima y Sosa Castillo trabajando una poesía entre el compromiso y lo amateur. En esos andares desarrollan su vena artística de negritud. A mi juicio, cuidan de errar al campo del negrismo arcaico, pero también de atender otras vibra-

escribir desde
la negritud
es derrotar
en la cotidianidad
filosófica
la persistencia
ideológica
del racismo

ciones. Estos creadores tienen una importante obra que permanece desconocida para el público y aquellos que podemos, los alcanzamos en recitales y reuniones de amigos, entre tapaos y canciones, descubrimos sus misceláneas palabreramente festivas.

Los *underground* de los tambores

¿Qué hay bajo los tambores? Música. Eterna música. La música de antes, la de hoy y la de siempre. La música de costumbre y alegría. Los tambores tienen la piel acumulada de sonidos adquiridos durante la vida de su antiguo dueño silvestre. Argentina Chiriboga escribió la novela titulada *Bajo la piel de los tambores*, no voy a referirme a la obra sino a la escritora.

Argentina Chiriboga es escritora de la negritud ecuatoriana, al inicio de sus obras hay un presentimiento y luego es sentimiento caudaloso. Los tambores no dejan de sonar durante toda su obra hasta constituir un ciclo enardecido. La escritora añade a la negritud el género, y a ellos la historia. Y tiene razón, es peligroso centralizar el esfuerzo literario o revolver el pasado sin repercusión en el presente. Ya pueden los escritores jóvenes buscar iniciación en una literatura que procede desde otra orilla cultural ecuatoriana y no insistir neciamente en cierta literatura que se detiene en crisis interiores sin salidas. Argentina Chiriboga escribe la vida con

los ojos de su negritud. Las traducciones de sus obras al inglés dicen que son universalmente válidas. En otros decires, hay compradores y lectores para sus creaciones.

Idiomatizar la literatura de la negritud

El idioma es la piedra filosofal de las culturas. Los afroecuatorianos tenemos como lengua única el idioma castellano. O el *ecuallano*. O el *casteriano*. O sea variantes nuestras del castellano. Manejar con la mayor perfección posible el castellano es parte de la condición básica de todo creador literario, conocer hasta donde se pueda la gramática ayuda a liberar el instinto básico del trabajador (o de la trabajadora) de la palabra. A pesar de los académicos y sus rígidas costumbres académicas el idioma vive, crece, se reproduce y revive. Cuando hablamos o escribimos creativamente desenvolvemos a las memorias oyentes o leyentes, eso que recibimos de las memorias ancestrales. Cuando hablamos o escribimos retribuimos a la sociedad oyente o leyente esa porción proteica de culturas. Sin adentrarse en la selva, a veces misteriosa, del idioma intentemos descubrir las posibilidades de modificarlo dialectalmente a nuestro favor. El requisito inevitable es conocer el idioma castellano para idiomatizar la literatura de la negritud.

La cultura afro universal se dibuja y pinta en

escritor y lector son cómplices de la creación de un mismo mundo en diferentes cabezas



los idiomas del país o de la región. Ahí puede decaer hasta el folclorismo intrascendente o desaparecer absorbida por otras culturas. El desconocimiento del idioma hace más *pesada la sombra de la vida del escritor o escritora*.⁵ Y eso no puede ser si queremos sobrevivir como cultura y como personas. El

hay que
africanizar
ese idioma
castellano
ecuatoriano
o ennegrecerlo;
darle sustancia
nacional desde
nuestra orilla
cultural
y social

idioma es primordial en las expresiones culturales habladas y escritas de la Comunidad Afroecuatorialiana. Sin embargo, hay que africanizar ese idioma castellano ecuatoriano o ennegrecerlo; darle sustancia nacional desde nuestra orilla cultural y social. No entumecerlo o acoquinarlo hablándolo o escribiéndolo mal. El castellano debe tener nuestras esencias chiguileras.

El Ecuador de Esmeraldas y de otras regiones tiene sus intenciones, oralidades y pensamientos afros. Hay apellidos; nombres de pueblos y objetos; hay una mitología castellanizada; pero también hay un castellano afroamericano que está esperando por los creadores literarios de cualquier género o géneros. Existe una opinión pretendidamente "cultista" que supone es un habla o escritura infame desarrollar narrativas con aportes residuales idiomáticos africanos. Es querer blanquearse dentro de un supuesto hablado políticamente legítimo.

Es probable que me refiera a una jerga, podría ser. Aunque quiero creer que es enviar señas

les de existencia cultural. Enfoquémoslo como una estrella que aun agónica parpadea luminosidades espectaculares que se debilitan. El castellano es nuestro idioma, pero con mixturas idiomáticas que indican que estamos aquí y no queremos desaparecer culturalmente sin dejar rastros indelebles.

Nuestra habla residual es agua fresca. Manuel Zapata Olivella, en *Changó, el Gran Putas*, dice: "Sé que en una tinaja hay muchas aguas pero sólo la fresca se va al fondo mientras la inútil sube y se derrama". La jerga que subsiste por ahí, debe ser componente de identidad idiomática y no puede desaparecer bajo los prejuicios de algunas o algunos "cultos". No se trata de desquiciar el castellano con jergas creadas a propósito de cerrar espacios de comunicación o formar cabildos herméticos, nada que ver. Es cultivar nuestra identidad dentro de otras identidades. Es construir interculturalidad. Hay que escribir para un universo de lectores, pero con aquello que posees y que te entiendan desde lo que ellos tienen, identifican y valorizan.

Entre las culturas afroamericanas hay comunidad de encuentros, de ánimas comunicantes y comunicativas imposibles de ignorar. Los santos afrocubanos, afrobrasileños, afrovenezolanos, haitianos. Los cultos disimulados de Colombia y Ecuador necesitan una expresión propia. La cotidianidad africana, de todos los países americanos, exige una expresión oral propia. La cotidianidad de la africanidad de Esmeraldas, Guayaquil, Valle del Chota y Quito tienen creatividad

des sentimentales que buscan expresarse en una clave original. Debe haber una jerga que se esconde, porque se le da poco valor cultural. Sin hablar del avergonzarse. La literatura debe apropiarse de esta jerga y convertirla en expresión distintiva. E invitar a las otras culturas hermanas a entendernos y apreciar nos también por esa diferencia y en esa diferencia.

Así se compone un son

Para componer un son, literariamente hablando, se necesita el motivo del son, unas ideas aseguradas en la palabra, y no importa la confusión y el caos del primer instante, finalmente los talentos de cada uno (o una). Escribir bien o escribir mal no tiene importancia, si el destinatario no tiene perfiles definidos; si a quienes llega la obra no merecen más que unas cuantas ideas de mediana elaboración.

Escribir bien cuesta lo suyo. A veces el costo es la eternidad de los días. Y si viene de la negritud consciente cuesta aún más. Escribir desde la negritud exige escribir bien, extraordinariamente bien. ¿Cuáles son las razones? Muchas, pero veamos algunas. Una: porque hay que tirarle piedras a los esquemas que se tienen sobre la Comunidad Afroecuatoriana. Dos: por rebelión cultural. Tres: para recomponer la vida ecuatoriana y americana con nosotros dentro como actores principales. Cuatro: por nuestro arte, para fundamentar cierto orgullo afro. Cinco: para que nadie hable o escriba por nosotros y consiga que aun viéndonos seamos olvidados. Seis:

porque tenemos mucho que decir desde la abundancia de nuestras memorias. Siete: por afirmación cultural. Ocho: porque la vida es polidéctica y le faltan otros colores, sones y sabores.

Todo lo anteriormente dicho y escrito es válido, pero se queda sin destilar en el alambique de los sueños, si no hay buena literatura que lo respalde. Los escritores jóvenes de cualquier género o géneros, deben escribir de bueno a muy bueno; y de muy bueno a mejor. Es principio y compromiso vital. Olvidense de escribir para auto celebración o para el pequeño círculo benévolo de las amistades. Hay que escribir porque los secretos del corazón urgen, porque se cree en el oficio y porque se tiene unas cosas que decir. Y a los que quieran, yo los invito a escribir desde la negritud. Desde su propia negritud, como desafío intelectual, orgullo cultural y reconquista histórica de la africanidad ecuatoriana.

la literatura de la negritud se mueve desde lo genuino hacia todas partes, hace combinaciones para enriquecerse sin perder esencia. Es soul cargada de mundos parecidos u opuestos

NOTAS:

- 1 *De sol a sol y De par en par*, libros de poemas de Antonio Preciado. El último editado en 1998 por la Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- 2 *Jutuo*, afroesmeraldeñismo que significa auténtico.
- 3 *Así se compone un son*, obra del autor editada en 1999 por la Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- 4 *Tapao, canción y misceláneo*, libro de décimas de Julio Micolta Cuero.
- 5 Cita de la obra *Changó, el Gran Putus*, del escritor afrocolombiano Manuel Zapata Olivella.



Juan Montaña Escobar
 "El mundo es un son"
 Editorial y acciones de actividades que me asiste profesora de música y coreografía. Ingresando de la cultura afroecuatoriana y culturalista del mundo. 1967-2000.
 Publicado por el **Ministerio de Cultura**
 Dirección: **Ministerio de Cultura**

proceso de la literatura nelson estupiñán

El preámbulo negrista

Baldomera (1938), de Alfredo Pareja Diezcanseco, es la primera novela en que la vida de una mujer negra es descrita en la narrativa ecuatoriana. Narra el tema de una desventurada mujer de la clase popular, prostituta, alcohólica, madre de hijos extramatrimoniales, vendedora de comidas en la calle, pendenciera, que ya en la vida crepuscular contrae enlace con un avezado cuatrero rural, emigrado a la ciudad.

El autor, connotado novelista ecuatoriano, es cifra sobresaliente del renombrado *Grupo de Guayaquil*, conjunto de jóvenes que con un libro de cuentos titulado *Los que se van* (1930) abrió el camino a la nueva narrativa ecuatoriana. Esta brigada tomó como argumentos la vida del campesino costeño y empleó un lenguaje crudo, elementos que conmovieron el ambiente del país, pero que fueron celebrados en el exterior porque implicaban el despegue, mucho tiempo esperado, del auténtico relato ecuatoriano.

Baldomera, protagonista de la obra, asesina, con bayoneta, a un soldado, en el levantamiento del 15 de noviembre de 1922, acontecido en Guayaquil, cuando fueron masacrados más de mil hombres, mujeres y niños que salieron a las calles a protestar

por el alto costo de la vida. Como contrapartida de la sordidez en que, como en círculos concéntricos, discurre la vida de *Baldomera*, tiene una actitud dignificante cuando, por salvar de culpabilidad a su hijo Inocente en la tentativa de asesinato de aquel contra su prometida, se mancha de sangre las manos y la ropa y coge un cuchillo en el momento en que la policía irrumpe en el cuarto de la víctima.

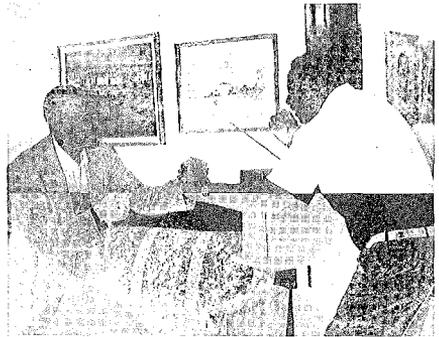
Baldomera es el preámbulo de la narrativa negrista ecuatoriana.

El origen

Hasta tanto no se establezca en forma terminante el origen del hombre negro esmeraldeño, pues hay quienes aseguran que antes de la llegada de los invasores españoles ya existió en América el hombre de color, el informe del cronista de Indias, Miguel Cabello Balboa debe considerarse el más cercano a la verdad. El dice, en su *Descripción y Relación de la Provincia y Tierra de Esmeraldas*: "...el año del Señor de 1553, por el mes de octubre, partió del puerto de Panamá un barco, el cual traía algunas mer-

caderías y negros que en él venían...". El buque era de propiedad de un acaudalado español residente en Sevilla.

España, Portugal, Francia, Inglaterra y Holanda, confabuladas en el ignominioso tráfico negro hacia nuestro continente, eran entonces cinco nombres abominables en los lenguajes africanos. Mercaderes sin conciencia, amparados por esas banderas, adquirieron patentes para ensuciar con su infamia los mares recién incorporados. Pero el mar ofrece también, como la montaña, una compensación o alternativa al sufrimiento terrestre. El barco reseñado por Cabello Balboa, sorteando contratiempos navegaba por nuestro



mar Pacífico con rumbo al Perú, donde, como de costumbre, serían vendidas las mercancías y subastados los negros. Después de treinta días de navegación aproximadamente, la nave llegó

a f r o e c u a t o r i a n a

bass

a una ensenada situada al sur del cabo de San Francisco, en la hoy provincia de Esmeraldas, donde los tripulantes, agotados por tan penoso viaje, desembarcaron junto con los 17 negros y 6 negras que llevaban consigo, para buscar alimentos y agua, pero sucedió que "...mientras ellos estaban en tierra, se levantó un

puedieron aprehenderlos porque "...se habían metido al monte adentro, sin propósito alguno de volver a la servidumbre; visto que el tiempo no daba lugar para más, se pusieron en camino, en el cual de hambre y sed murieron casi todos..."

Así llegaron los primeros negros a Esmeraldas, donde, ebrios de libertad, al par que vociferaron ante absortos aborígenes su belicosidad, su música, su danza y su extroversión, echaron las primeras semillas de la autodeterminación de los pueblos en el lado Pacífico de América. Antón llamó el corifeo africano de entonces el primer caudillo,

que sometió a los indígenas del lugar y otras pequeñas parcialidades mediante el terror, subió al poder otro negro, fornido y habilidoso también, llamado Alonso de Illescas, quien estableció una especie de reino y desconoció, por muchos años, el dominio español, hasta cuando para evitase más conflictos y la propagación de la desobediencia, la iglesia y el Estado le confirieron el título de Gobernador de Esmeraldas en 1577.

El incremento

El asentamiento negro en Esmeraldas creció con las frecuentes inmigraciones del cimarronaje, provenientes de los increíbles infiernos que los depredadores europeos habían instaurado en el vecino país norteño. Ya en la fundación de Quito, efectuada por el asciano Sebastián de Benalcázar en 1526, el hombre negro había escalado la cordillera de los Andes, colaborando así, por ironías del destino, con el quebrantamiento de la resistencia indígena y consolidando la servidumbre, que en seguida volvería sus inclementes anillos contra su propio cuello.

En Esmeraldas, el hombre de color, principalmente por su robustez, ganada a la naturaleza, en su continuo contacto con ella, sobrevivió a lo que pudo ser su derrota, y sus descendientes se aclimataron con tanto éxito que mientras la población indígena, reducida hoy a trashumantes tribus cayapas, va deplorablemente camino de su extinción, la población negra y mulata rebasa las fronteras provinciales y forma enclaves en las provincias de Guayas y El Oro.

Relámpago geográfico

La provincia de Esmeraldas tiene una superficie de 14978 kilómetros cuadrados y una población de 306628 habitantes



viento y marea que le hizo venir a dar en los arrecifes de aquella costa; los que en el quebrado barco habían venido, pusieron su cuidado en escapar si pudiesen, y sólo pudieron salvar una rica y costosa custodia de plata, que traían de España para el monasterio de Santo Domingo, de la ciudad de los Reyes..."

Ante el desastre, los navegantes enterraron la custodia, tomaron unos pocos efectos personales y, al emprender su aciago viaje por tierra, intentaron recuperar los 23 africanos, mas no

letras del ecuador

mulatos y negros, pues blancos casi no existen. La provincia limita con Colombia y es la de mayor densidad poblacional negra en el Ecuador. Hay dos versiones sobre la razón de su nombre: una, la verdura de sus montañas, por lo que se la llama también Provincia Verde. Otra, por las piedras de esmeraldas que los aventureros españoles hallaron en abundancia a su arribo.

Su lírica popular

La provincia de Esmeraldas está asentada sobre una intrincada y caudalosa red de poesía y narrativa populares, iniciada por *componedores* y *contadores*, seguramente analfabetos y descalzos, habitantes de las márgenes de los ríos y cultores de la marimba que, sin otro lápiz que no fuera la voz para escribir perdurablemente en la memoria colectiva, compusieron sus coplas, décimas y cuentos, que están grabados en las capas campesinas y que pueden aún entreverse,

pues están a flor de la palabra, o mejor dicho, a flor de alma. Viven aún, muy difundidos, los cantos de la marimba, con música y letra, y los cuentos del Tío Tigre y el Conejo, personajes trasladados de África y adaptados a nuestra zona.

A continuación, algunas coplas de autores anónimos:

La plata es la buena moza,
la plata es la caballera,

por eso teniendo plata
el ser negro no es afrenta
ni color que quita fama,
pues el zapatito negro
lo calza la mejor dama.

Pan calentito y reciente
gritaba una panadera
y otra gritó desde afuera:
Si es que un negro está comiendo
con un blanco en compañía,
o el blanco le debe al negro
o es del negro la comida.

Hay una cosa muy triste
que nadie la pone en duda:
la mujer que más se viste
es la que más se desnuda.

Negrita, flor de limón,
préstame tu medicina,
para sacarme esta espina
que tengo en el corazón.

Ya vienen los colombianos
brincando como la liza,
y vienen al Ecuador
a hacer calzón y camisa.

Que te mueras ahora mismo
y te coman los gusanos,
por no querer emprestarme
el molde de hacer cristianos.

En los intervalos de los bailes de marimba suelen efectuarse desafíos o contrapuntos entre dos *componedores* que, en improvisaciones poéticas, se batan a duelo, a lo *divino*, si sus argumentos son de tipo religioso, o a lo *humano*, si versan sobre asuntos laicos. Desgraciadamente se advierten ya síntomas de la desaparición de la copla, la décima y los contrapuntos, debido en gran parte a la masiva difusión de la radio y la televisión. Ellos, los tradicionales *componedores* y *contadores* son

**se advierten ya
síntomas de la
desaparición de
la copla, la décima
y los contrapuntos,
debido en gran
parte a la masiva
difusión de la
radio y la
televisión**

las fidedignas raíces de los poetas y narradores contemporáneos de Esmeraldas.

A continuación, una breve muestra de un contrapunto:

Si en *verdá* tú *sos* cantor
 hoy te vengo a preguntar
 con cuántas tapas de dulce
 se puede endulzar el mar.

Vue *mesmo echá* la pancra
 entre los tumbos del mar,
 y entonces podrás sabé
 si lo *podés* endulzar.

Ahora quiero que me digas
 si en *verdá tenés* talento
 ¿cuántas estrellas *existen?*
 arriba en el firmamento

Las estrellas no se cuentan
como contás el arroz,
 sólo sabe cuántas son
 el que las hizo, que es Dios.

La décima entera

Es en la décima entera donde brilla en todo su esplendor el estro poético popular esmeraldeño. En Esmeraldas, y esta prescripción rige en la poesía popular de algunos países de la costa pacífica de América, se practica esta preceptiva o receta, a todas luces un legado español:

Cuarenta y cuatro *palabras*
 Tiene la *décima entera*
 Diez *palabras* cada *pie*
 Cuatro la glosa primera.

Cuarenta y cuatro *palabras* significan cuarenta y cuatro versos; la *décima entera* es el conjunto formado por cuatro décimas y la glosa; un *pie* es una dé-

cima, o sea una estrofa de diez versos octosilábicos.

Una muestra. En los campamentos conchistas se rumoraba que el coronel Enrique Valdez, sobrino del coronel Carlos Concha, el jefe de la asonada (1913 – 1916) efectuada en Esmeraldas, según se dijo en retaliación por el asesinato, arrastre e incineración del caudillo liberal Eloy Alfaro, sería el sucesor del general Leonidas Plaza Gutiérrez en la presidencia de la república, pero que para esto debería ascender a general, condición, al parecer, sin qua non en aquella época para acceder a la primera magistratura. Llegó el coronel Valdez a Esmeraldas y, desgraciadamente, actuó en el combate de Camarones, aldea situada en

una playa, revés en el que, según un periódico de la época los rebeldes tomaron 270 prisioneros, hubo 293 heridos y el resto del batallón fue muerto a bala, machete, o ahogados y recogieron 780 fusiles y un gran número de machetes. El coronel Valdez ya rendido, dijo, al solicitarle su espada, que sólo la entregaría al jefe del levantamiento, el coronel Concha quien, por tratarse de su sobrino, había dispuesto que fuera llevado sano y salvo ante él. Pero, ante la negativa de entregar su arma, un faccioso, ignorante de la orden, lo ultimó a machetazos. Así reseñó un cantor anónimo el desgraciado suceso:

**viven aún,
 muy difundidos,
 los cantos de la
 marimba, con
 música y letra,
 y los cuentos del
 Tío Tigre y el Conejo,
 personajes trasladados
 de África y adaptados
 a nuestra zona**

Glosa

A la defensa de Plaza
llegó Valdez con su gente,
para llegar a General
y después ser Presidente.

Al embarque de Valdez
tocaron la mejor banda,
y él les dijo a todos ellos:
Ya me voy para Esmeraldas,
voy a ver qué es lo que pasa
entre Plaza con mi tío,
me voy allá con los míos,
abandonando mi casa,
comprometo hasta mi vida
a la defensa de Plaza.

A su llegada a Esmeraldas
lo recibieron muy bien,
había llegado un valiente
con grado de coronel.
Ahora, pues, habrá que ver
cómo vamos a pelear,
no habrá más que atacar
y combatir fieramente
a que diga todo el mundo:
Llegó Valdez con su gente.

Ya penetró en Majagual,
y sigue para adelante,
antes de entrar a La Tola
tuvo su primer engarce.
Duró muy poco el combate
regresaron enseguida
con alguna gente herida.
Voy a Lagarto a lidiar
dijo y pelearé en Ostiones
Por llegar a General.

Entre Colope y Tacusa
lo mataron a Valdez
por ir a la presidencia
y colocarse muy bien.
La bala no busca a quién,
fue él mismo que la buscó,
eso fue lo que ganó
que lo matar la gente
por llegar a General
Y después ser presidente.

Nótese la característica de la *décima entera*: el primer verso de la glosa figura al final de la primera décima, y así sucesivamente.

Como un testimonio de esta dignificante herencia literaria presento a continuación una *décima entera* de mi autoría:

Glosa

Según contó un negro viejo
Sin ninguna falsedad,
Este famoso cangrejo
Salvó a nuestra humanidad.

Fue consumado andarín
rival de Matusalén
que besó al Niño
en Belén
y puso preso a Caín.
Del uno al otro confín
más astuto que un conejo
fue este famoso cangrejo,
cuyas hazañas y glorias
constan en mil y una historias
según contó un negro viejo.

Él fue quien cazó a King Kong
en las selvas de Sumatra,
fue lechero de Cleopatra
y pánico en el Japón.
Fue asesor de Napoleón
guardián de Su Santidad,
profesor de castidad
de la floja Mesalina
y gran rajá en Palestina,
sin ninguna falsedad.

Él se zambulló en los mares
y con sus grandes tenazas
sacó del fondo hecho pasas

mil submarinos nucleares.
Defendiendo los manglares
con manos, dientes y rejos
partió huesos y pellejos
de un millón camarонерas,
pues tenían buenas mollicras
Este famoso cangrejo.

Él destruyó los misiles
que hizo la ciencia del mal,
la que ansió en guerra final
matar millones por miles.
Cañones, bombas, fusiles,
toda esa inmensa maldad
que amenazó mortandad
con una sola explosión,
él la acabó y, de un trompón
salvó a nuestra humanidad.



El primer poema
negrista ecuatoriano

El primer poema negrista, ecuatoriano y escrito, titulado *Canto a la negra quinceañera*, que empieza así:
Hoy que has llegado a la latitud de los quince años tu cuerpo ha de estar jugoso como un árbol de caucho
se publicó en el diario socialista *La Tierra*, de Quito, en el año 1934 y es de mi autoría. Más adelante, Adalberto Ortiz, mi

coprovinciano y compañero de aula en una escuela de Esmeraldas, publicó sus primeros poemas en diarios de Guayaquil. Al respecto Joaquín Gallegos Lara, escritor del *Grupo de Guayaquil*, en el prólogo del poemario *Tierra, son y tambor* (1945), de Ortiz, anotó: "Hasta hace pocos años la evidente afroecuatorianidad no había hallado sino muy esporádica expresión. El primero en marchar a gritarla fue ese hombre de corazón de guayaquán, ese revolucionario, ese muchacho ardiente con todos los complejos superados en hecho, a priori y espontáneamente, que

samente. Hasta se dio el caso de un concejo cantonal, el de Esmeraldas, capital de la provincia, que le negó a Ortiz el apoyo económico que solicitó para la edición de su primer poemario.

El tío Tigre y el sobrino Conejo

Los cuentos del tío Tigre y el sobrino Conejo, testimonios de la fecunda literatura oral campesina, protagonizados por estos animales, fueron creados por los viejos narradores. En estos relatos el Conejo siempre demuestra su astucia y deja burlado al Tigre. Entrañan el simbolismo del encuentro entre el poder y la inteligencia.

En la actualidad se observa poca o ninguna creatividad en este género, pues estos cuentos, subyacentes en la memoria colectiva, provienen de fuentes tradicionales. En esta creatividad se opera un fenómeno singular: cuando no había escuelas en los campos proliferaban los narradores, mas ahora que la educación está bastante avanzada —pues en algunas zonas rurales hay escuelas y colegios—, los cuentos campesinos van desapareciendo. Es como si los planteles educativos, la radio, la televisión, los periódicos, las revistas y los cuentos ilustrados estuvieran volviendo a la selva, al tigre y al conejo.

Hacen falta estímulos para reabilitar este veraz testimonio de la identidad rural. ¿O tal vez esta erosión del relato campesino será consecuencia de la modificación del montubio, que, por múltiples razones, ya no es el mismo de antes?

Nuestra poesía y la onomatopeya

Aimé Cesaire dijo: El primer poder del hombre es la poesía. Yo creo que la poesía es el medio más expresivo del espíritu, y lo es más aún del espíritu negro. Apoyada en la música y la danza llega hasta el trasfondo del oyente o danzante, y hasta sola, sea que se la lea o que se la escuche, conmueve a quien le complace degustarla.

Generalmente se ha creído que la poesía negra o negrista es el trasunto del sonido o el ruido de los fenómenos meteorológicos, de las cosas o de los animales, o el ritmo y el movimiento de las gentes y sus instrumentos, de las singulares actitudes negras o de las deformaciones del lenguaje. La aceptación de esta premisa nos llevaría a aceptar que, por lo menos en español, esta poesía no existe ya, o se la cultiva sólo de tarde en tarde.

Explicaré este cambio formal, pero debo advertir que en poesía, como en todas las ramas del arte y las ciencias, hay quienes permanecen estáticos y, aún más, desdeñan a quienes intentan alguna innovación; pero felizmente hay también quienes se aventuran a las transformaciones, operadas como escuelas del devenir dialéctico. Los que permanecen sordos y ciegos a



es nuestro ignorado novelista y poeta mulato esmeraldeño, Nelson Estupiñán Bass".

Cómo nos recibieron

Nuestra poesía inicial, de marcado acento negrista, fue recibida, especialmente, por esmeraldeños, que la leyeron en diarios de Quito y Guayaquil, con indiferencia y subestimación, en tanto los periódicos de otras provincias los acogieron caluro-

los cambios, olvidan que el brazo izquierdo de la cultura es la literatura y que ella se nutre de una ininterrumpida sucesión de rupturas, a través de las cuales avanza de modo incesante. La poesía negra y negrista no permaneció, por lo tanto, al margen de este flujo y reflujo del espíritu. Se actualizó y su actualización —lo digo por experiencia propia y ajena— le exigió la salida de la onomatopeya, que la circunscribía a una especie de cuarto sin aire y la privaba de ese oxígeno reconfortante que da un lenguaje traducible.

**en la literatura
esmeraldeña,
por encima de
otros propósitos
ineludibles,
como la intención
estética, palpita
el vehemente
deseo de empujar
el mundo hacia
delante**

La onomatopeya puede, si el recurso es utilizado con cierta discreción y maestría, añadir elementos estéticos a la creación, mas, cuando no se franquean los umbrales de la técnica, esta especie de churriguerismo lírico deviene ingenuidad, tal vez algo pintoresca, pero en ocasiones simple infantilismo. Si se me permitiera comparar la onomatopeya negra con un tramo educativo o del desarrollo físico, diría que ella es el *kindergarden* de la poesía de color o los pinitos del niño que está ensayando el caminar. En ciertos casos el ritmo ono-

matopéyico da al verso negro algo de sonora atracción; inyecta a la palabra el alegre vaivén del currulao o del bunde, de la cumbia, el torbellino o el bambuco, de la caderona o el make-rule (bailes afroamericanos), pero no es factor preponderantemente estético.

Por esta razón, y están a la vista los casos de poetas negros y negristas del Ecuador y otros países, que empezaron en la onomatopeya y la abandonaron después, sin que esta nueva actitud haya significado abjuración de su identidad.

Los ecuatorianos Adalberto Ortiz primero, y Antonio Preciado después, emplearon la onomatopeya en sus comienzos. Recientemente el poeta negro Ignacio Rodríguez, también esmeraldeño, la utilizó en dos poemas.

Considero a la onomatopeya definitivamente marginada de la poesía negra ecuatoriana, además de lo expuesto en líneas anteriores, por la imposibilidad de traslado a otro idioma.

Ingredientes de la poesía negra de Esmeraldas

La poesía negra de Esmeraldas se caracteriza por contener, bajo su ropaje, poca, relativa o mucha belleza, una médula, un fondo, una idea, mucha claridad, calor y color. Ajena a divagaciones, eufemismos y a las intrascendentes composiciones tipográficas, va, como se dice popularmente, al grano, desde su principio hasta su fin, legado de

los primitivos *componedores*, que trabajaron sus décimas y coplas así mismo: de modo frontal, en línea recta hacia sus temas.

Entre los escritores esmeraldeños contemporáneos sabemos que no hay persona alguna no comprometida con algún sistema filosófico, económico, religioso o político. Tal como los muralistas mexicanos, nosotros decimos a boca llena: "Carajo, no hay más ruta que la nuestra". Aunque la discriminación racial, desenmascarada o latente, nos impacta, sabemos a dónde nos conduce el camino que seguimos. En la literatura esmeraldeña, por encima de otros propósitos ineludibles, como la intención estética, palpita el vehemente deseo de empujar el mundo hacia delante, pues tenemos en la memoria antecedentes que nos comprometen con ese pronunciamiento.

El primero es el escape de Antón y sus veintidós compañeros, labradores de la libertad en el lado pacífico de América.

El segundo, la independencia de Río Verde, la principal ciudad esmeraldeña en la colonia, acontecida con anticipación de dos años a la batalla de Pichincha, que selló la liberación ecuatoriana del dominio español.

El tercero, la preparación y la revolución del caudillo liberal Eloy Alfaro, culminada en 1895, que derrocó al Partido

Conservador. En los preámbulos y en las batallas decisivas, Esmeraldas fue un ardiente campamento alfarista, fortalecido con los contingentes negros y mulatos voluntarios que con escopetas y machetes hicieron temblar a la república.

El cuarto, la revolución del coronel Carlos Concha, levantamiento realizado en Esmeraldas, como venganza, según se dijo, por el asesinato, en Quito, de Alfaro y varios de sus *commilitones* y por la traición del presidente General Leonidas Plaza Gutiérrez a los postulados liberales, que fueron el motor de las montoneras costeñas, anhelosas de cambios estructurales.

Han influido también en el pensamiento de los intelectuales esmeraldeños:

la revolución involucionaria del General Francisco Franco Bahamonde (1936 - 1939), que derribó la república española. En el poemario *Nuestra España* (1936), editado en Quito por los poetas antifascistas del Ecuador, Adalberto Ortiz y yo publicamos sendos poemas en solidaridad con la libertad de la península; *la revolución cubana* (1956 - 1959) que los escritores negros y negristas de Esmeraldas tomamos como nuestra; el largo conflicto racial de Sudáfrica y el anhelo de su solución; y el asesinato de Luther King y los crímenes del Ku-Klux-Klan.

la poesía negra
de Esmeraldas,
ajena a divagaciones,
eufemismos y a las
intrascendentes
composiciones
tipográficas, va,
como se dice
popularmente:
al grano

letras del ecuador

Poesía negrista esmeraldeña

Esmeraldas es la única provincia que cultiva la literatura negra en el Ecuador, hecho explicable por sus raíces africanas y su mayor densidad poblacional mulata y negra.

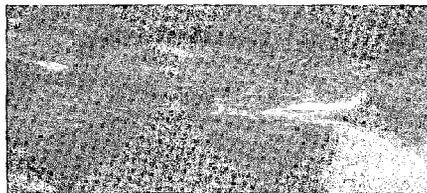


De Adalberto Ortiz,
el poema *Contribución*

África, África, África,
tierra grande, verde y sol,
en largas filas de mástiles
esclavos negros mandó.
Qué trágica fue la brújula
que nuestra ruta guió.
Qué amargos fueron los dátiles
que nuestra boca encontró.
Siempre han partido los
látigos
nuestra espalda de casco
y con nuestras manos ágiles
tocamos guasá y bongó.
Sacuden sus sonos bárbaros
a los blancos, los de hoy,
invade la sangre cálida
de la raza de color,
porque el alma, la del África
que encadenada llegó
a estas tierras de América
cancla y candela dio.

De Antonio Preciado,
su poema *Los sabe hermanos y
les tiende el corazón*

Cuando llegamos
ya estaban encendidos los faroles
en todas las esquinas
de la angustia de América,
y toda la sonrisa
ya estaba repartida.
Entonces
con los hijos del sol compartimos el ¡ay!
como bucnos hermanos.
Y hemos venido andando
lentamente,
tristemente,
con el dolor pegado a la piel,
a las manos,
a los pies, tan cansados
de ese camino largo,
y hemos aumentado
hasta ser una mancha indeleble,
hasta poder decir ¡somos de casa!
que ya somos de aquí como los ríos
o como las montañas.
Por eso es que en tu muerte estoy
muriendo,
y siento que resbalo por tus lágrimas.
Por eso es que la herida que me duele
es tuya,
enorme,
abierta
¡hermana!
Por eso los mineros de Bolivia
me duelen en el alma.
¡Por eso es que sumamos los dolores
y entregamos la hoguera que
trajimos
al total de la rabia!



letras del ecuador

De Ignacio Rodríguez,
su poema *Tambor mayor*

Tamboré, bombé,
pobre soy, tamboré;
nacé con estatura
de gigante zulú,
bombé, tamboré, bombé.

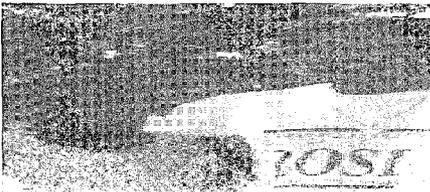
Pobre soy, como tú,
hermano blanco,
tamboré,
bombé.
Blanco tú,
negro yo, bombé,
vamos a luchar,
tamboré,
comprende tú
que yo bombé
cuando sufres tú
sufro yo también.

De Ladi Ballesteros,
su poema *Nuestros niños*

Los niños esmeraldeños
son chocolate en la piel
con dentadura de coco,
su sonrisa es cascabel;
tienen corazón de oro,
ojos de color
de miel,
cucrpo que es
de caucho puro,
voceitas de panel;
estos niños
mar y brisa
son de un
profundo querer,
con un alma siempre pura,
chocolate, coco y miel.

De Luz Argentina Chiriboga,
su poema de las páginas
39 y 40 de su libro
La contraportada del deseo

Desde la pupila verde
de la selva,
palpando el seno frutal
de la mañana
arriba la marimba.
Al fondo de cada tecla
hay una estrella
del cielo de mi África.
La chonta crece,
arde,
estalla,
echa a manos llenas
las claves de su idioma.
Canta sin palabras,
sin tiempo,
sin sombras,
recorriendo caminos,
cerros, lagos,
voces de cañaverales,
que le queman
sus ojos en exilio.
Su música se retuerce,
protesta,
levantando una hoguera de rabia
en cada esguince.



letras del ecuador

Tres novelas negristas de Ecuador

Juyungo, (1942) de Adalberto Ortiz

En *Juyungo*, la obra sobresaliente en la relativista de Adalberto Ortiz, se cumple la afirmación de que la novela expresa las contradicciones de la realidad que, en el ámbito esmeraldeño se agudizan con el racismo latente. Allí, por ejemplo, la confrontación entre negros y colonos mestizos. *Perverso, demonio*, es la palabra con que estos inmigrantes, asentados en la zona norteña de la provincia de Esmeraldas, zahieren al negro.

En esta obra el escenario es la selva y sus variantes: ardores, ríos, consejas, mitos, pasiones, aciertos, sensualidad, muertes. El esplendor de la manigua que aplasta y enaltece al hombre, está acuarealizado con mucha poesía formal y argumental.

En *Juyungo* aparecen personajes subsidiarios, como los mulatos Antonio Angulo y Nelson Díaz, contrapartidas del negro Ascensión Lastre, cautivador protagonista del relato. El libro es una virtual biografía del sobrino del comandante Lastre, sujeto legendario de la revolución conchista (1913 - 1916) que, en Esmeraldas, encabezó el coronel Carlos Concha.

Los conflictos raciales del negro y del mulato, consigo mismo y sus opresores, llegan a su cúspide cuando Juyungo asesina a su congénere Cocambo y al europeo Hans, retaliación produci-

da a raíz del incendio de la casa de Clemente Ayoví, en el que pereció el hijito de Ascensión y que produce la demencia de Eva.

Las tres muertes y el trastorno de su mujer causan un desacomplamiento en la personalidad de Lastre, que había franqueado ya el umbral de cariñoso padre y marido. El nudo argumental está en el homicidio del blanco y del negro, que le hacen rever su posición al evidenciarle que sus enemigos no sólo son los blancos, sino también los negros serviles y perversos. *Juyungo* es también el perfil de la sociedad feudal esmeraldeña de la época, medio siglo antes de que la provincia deviniera hilván incipiente de sociedad semiburguesa. Están allí el industrial de la madera, hábil en el engaño a sus abastecedores campesinos, y el hacendado dueño de tierras propias y ajenas, convertido en diputado en un comicio fraudulento que, como hasta ahora, fue una evidente falsificación de la voluntad popular.

Un negro, una negra y varias concheras (1978) de Adalinda Alzamora

El Mataje, pequeño río, es el límite costero entre el Ecuador y Colombia. En el lado ecuatoriano se asienta Pichangal, modesto como su río, poblado totalmente negro. El oficio, no general, de los hombres es la pesca en canoas y la eventual ayuda a sus mujeres en el lavado de las conchas prietas o pianguas, crustáceos que ellas extraen, sumergidas, del fango acumulado entre las raíces de los manglares. Los manglares son bosques

***Juyungo*
es también
el perfil de la
sociedad feudal
esmeraldeña de la
época, medio siglo
antes de que la
provincia deviniera
hilván incipiente
de sociedad
semiburguesa**

acuáticos, devastados en la actualidad por la fiebre de los constructores de piscinas para el cultivo de camarones.

Como incipiente puerto que es Pichangal, unido al país sólo por los viajes semanales de un buque a motor y vela, sin alumbrado eléctrico, agua potable, alcantarillado, servicio sanitario, comunicaciones ni autoridades, la vida allí discurre a la buena de Dios. Hay una marcada desigualdad laboral entre hombres y mujeres; ellas se zambullen al fondo de los manglares para coger las conchas, en tanto ellos, la mayor parte del tiempo beben o juegan en los billares, en espera de las pianguas que las compañeras traen en canastos, en jornadas que empiezan en las primeras horas de la mañana y que concluyen cuando el sol está poniéndose.

La novela describe aquella desigualdad y las controversias con los compradores de conchas, llegados en el motovclero procedente de Esmeraldas, y las mujeres extractoras y sus compañeros. Protagonizan el relato el maestro de escuela, hostilizado por un narcotraficante, la pareja de Adiodato y Etatilia y el dúo Julián-Aniceto, también negros, unidos al venal comerciante en sus fechorías y en la hostilización del educador.

La novela tiene un sobrepeso de habla popular, con algunas líneas ininteligibles hasta para los mismos esmeraldeños. Pichangal, el escenario de la trama, está bien descrito, pero la obra carece de dramatismo, que la autora pudo insuflar a los decesos del maestro y de Adiodato. La narración lí-

neal, sin colisiones de profundidad, y la anacrónica pintura de costumbres, hacen de esta novela una obra del género bucólico.

**Bajo la piel de los tambores
(1991)**

de Luz Argentina Chiriboga

Esta obra tiene como escenarios la hacienda Sikán, ubicada en las cercanías de la aldea Oriki, y dos colegios religiosos de Quito. Oriki está poblado por negros y mulatos, dedicados a trabajos agropecuarios. Carece de servicios elementales, razón que obliga a los padres pudientes a enviar a sus hijos a ciudades para que accedan la educación secundaria.

Protagonistas son Rebeca González, hija del negro Sergio González Uyanga y de la maestra mulata Nidia Araujo; Milton Cevallos, campesino rústico, hijo de un finquero; el comerciante Juan Lorenti, vivaracho descendiente de italianos; el libidinoso sacerdote Cayetano Tarruel; el "Che" Guevara que, con el nombre de Julio Martínez, no aparece de cuerpo entero, pero es un leitmotiv en el corazón de la adolescente Rebeca; la celestina panameña Amelia Roca y Aída Serrano, falsa estudiante y verdadera espía del gobierno.

En su viaje a Quito, para ingresar a un plantel religioso, Rebeca conoce a un extranjero, Julio Martínez, de quien se siente atraída por su filosofía de la vida. El le enviará después, desde Buenos Aires, una tarjeta que substraerá Aída Serrano. A po-

he recomendado a los jóvenes escritores grabar un ángulo de la temática negra para poner de relieve sus raíces, su entorno, su bandera

cas semanas de internada, Rebeca comenzará amores con el padre Tarruel, que brinda sus oficios religiosos en el colegio donde dicta clases la monja negra Inés del Rosario. Rebeca y Tarruel, que le promete abandonar su posición religiosa para huir con ella a Sikán, no realizan la aventura por la indecisión del sacerdote. De regreso a Orquí, por muerte de su padre, y ante la negativa del enamorado a seguirla y la oposición de Nidia para vender la hacienda y trasladarse a Quito, Rebeca contrae matrimonio con Milton Cevallos. Por el descubrimiento de armas en su colegio, la monja negra huye y se refugia en casa de Rebeca. En Orquí la descubre el ejército y la fusila de inmediato. La culminación dramática de la obra se produce cuando el militar Pedro Veintemilla, en el marco de una acción de helicóp-

teros y tropa de selva, invadido Sikán, exige a Rebeca decirle dónde está el "Che". Ante su negativa, el falso amigo le agita en el rostro la postal enviada por Julio Martínez.

Bajo la piel de los tambores se encuadra dentro del realismo socio-político que vive actualmente América Latina. Además de la acción represiva tiene escenas eróticas, que la han colocado en la perspectiva de la moderna novela ecuatoriana.

Conclusiones

Esmeraldas es la provincia ecuatoriana de mayor densidad poblacional negra, circunstancia que debería reflejarse en la producción de sus escritores negros y mulatos, víctimas de la discriminación racial, categórica o disimulada. En la poesía, el género más cultivado, casi todos los poetas expresan su angustia o su protesta por la injus-

ticia social, por conflictos generales, o manifiestan remembranzas, anhelos y otras inquietudes, pero soslayan el tema específico de la negritud. Me explico esta desatención por el hecho de que nuestros jóvenes autores consideran más apremiante una obligatoria toma de posición ante problemas de dimensión universal, como la guerra, la galopante inflación, la pobreza, la succión de los monopolios transnacionales y la injerencia de las potencias en los países del tercer mundo. He recomendado a los jóvenes escritores, como hermano mayor que soy, grabar, por lo menos, en alguna esquina de sus versos, un ángulo de la temática negra o su huella digital, para poner de relieve sus raíces, su entorno, su bandera, pero la verdad sea dicha, he logrado mi propósito en una pequeña porción.

Exceptuados, en el relato, los aportes recientes de Luz Argen-

tina Chiriboga y el mío, no cuenta Esmeraldas, vale decir, el Ecuador, con intelectuales que laboren en la temática negra.

Anticipo una noticia: actualmente dos novelas inéditas sobre motivos negros andan en el Ecuador buscando editores: *Agua turbulenta*, de Luz Argentina Chiriboga, y *Al norte de Dios*, de mi autoría. Para mí es penoso decirlo, pero el panorama de la literatura negrista ecuatoriana presenta una erosión o un declive, en tanto la otra literatura, la extraña a nuestros problemas específicos, publicada por autores que cubren, con sus propios recursos, los costos editoriales, inaccesibles para los autores negros y mulatos de Esmeraldas, crece día a día. 

el horizonte cultural de los pueblos afro descendientes

luis zúñiga

De los conceptos y las vivencias

El antropólogo Clifford Geertz, en su libro *La interpretación de las culturas*, afirma que *la cultura es un sistema complejo de procesos subjetivos, desde los cuales los grupos sociales interpretan la realidad y se relacionan con ella. Es desde la cultura desde donde los grupos sociales dan sentido y orientan sus acciones e interpretan las de los demás, asumiéndolas como normales o anormales, como justas o injustas, como verdaderas o falsas.*

Lo relevante de este concepto estaría en el enfoque de relativismo que persiste en la visión de la cultura por parte de cualquier pueblo. Las concepciones del mundo están definidas a partir de los valores presentes en una sociedad determinada, que a su vez, permiten entenderla como también *interpretar* lo que está fuera de ella. En definitiva, se aborda el cómo vemos a los otros, dentro del enfoque antropológico contemporáneo de la llamada *otredad*, como otro de los conceptos *post modernos* inventados para ayudar a comprender la convivencia en diversidad cultural y la posibilidad de entender lo diferente de nosotros, seamos individuos o grupos de individuos que vivimos indistintamente en tantos lugares de este mundo.

Se podría decir que el concepto de cultura, al que los antropólogos han buscado definir desde hace mucho

tiempo —tal vez por más de un siglo—, es un concepto inacabado, que ha generado durante décadas discusiones permanentes en los espacios académicos, la oficialidad de los estados nacionales y la diversidad de pueblos que habitan en ellos. Lo que sí es posible afirmar es que la cultura, como concepto, para el común de los mortales, engloba la totalidad de las actividades humanas de cualquier región del planeta, bajo un carácter dinámico y cambiante.

En el Ecuador, como en otras partes, el concepto de cultura tiene, igualmente, un sentido de relatividad. La conformación de un estado nación, donde históricamente empezaron a convivir varias nacionalidades indígenas, pueblos afro descendientes y mestizos, provocó también interrogantes con respecto a quiénes somos y, por tanto, a la autodefinición de nosotros mismos, como culturas diversas, poseedoras de visiones particulares de la realidad que nos circunda. Por consiguiente, resulta inútil continuar hablando en singular de la *cultura ecuatoriana* o de la *identidad nacional*, expresiones que, en muchos casos aparecen todavía en los discursos oficiales de los funcionarios de las entidades gubernamentales.

Adicionalmente, se puede decir que el reconocimiento oficial de las expresio-

nes artísticas occidentales del sector mestizo del país, sumado a una apreciación simplista del folklore de las fiestas indígenas o afroecuatorianas —exclusivamente vinculado al aprovechamiento económico de las pequeñas empresas dedicadas a prestar servicios al turismo internacional con el apoyo del Estado— era lo que se conocía como la cultura nacional. Bajo esta estrecha visión, aún es generalizado ver las ofertas de paquetes turísticos, que reúnen como menú típico de nuestros valores culturales: tortugas galápagos, cerbatanas *jibaras*, ponchos otavaleños, danzantes de Pujilí y marimba esmeraldeña.

El descifrar los códigos de las culturas no sólo es un desafío para los científicos sociales o los especialistas en estudios interculturales, sino que debería ser parte de un proceso educativo colectivo de la población que habita en la nación Ecuador. Esto implicaría empezar un proceso paulatino, sostenido y de largo aliento, que apuntaría, en buena medida, a lograr un cambio de los valores y símbolos culturales que se hallan presentes en la *versión de la historia oficial del país* —que además han sido siempre el patrimonio de la sociedad mestiza y su clase dirigente—, por aquellos que representan la pluralidad cultural y étnica, y la democracia

como instrumento generador de nuevas relaciones culturales en la sociedad: las *relaciones interculturales*.

Esta concepción profunda y transformadora, que aspiraría a un cambio de mentalidad en la totalidad de los ciudadanos del país, haría posible también el cambio de actitudes entre nosotros. Vale decir que la mayor parte de trabas en las relaciones entre la ciudadanía está determinada por el distanciamiento que provocan la exclusión social y la discriminación racial y cultural en el país. Son estos profundos obstáculos los que nos dividen como pueblos y ahondan, aún más, nuestra carencia o debilidad en el real ejercicio de los derechos civiles en la sociedad ecuatoriana.

La historia y la literatura orales afroecuatorianas

La población afro descendiente en el Ecuador es, quizás, la que más ha sentido la exclusión social y la discriminación abierta, pues ha sido casi invisibilizada a través de la historia del país. Los textos oficiales, en la práctica, no nos han hablado de ella y tampoco nos han comentado de su existencia, como personas o grupos de personas que han tenido protagonismo en diferentes procesos en el país.

En efecto, el tema de lo afroecuatoriano resulta ser una especie de caja de Pandora, una caja que, al abrirse, echa al aire otros temas que, en su conjunto, forman el mosaico de la nación ecuatoriana, una nación múltiple y diversa que sigue buscándose dentro y fuera de su literatura.

Puesto que la creación y la recepción de la literatura afroecuatoriana son inseparables, mis inquietudes se mueven continuamente hacia una sociedad que también es una creación en ciernes que busca a sus propios lectores.

La literatura ha sido quizás el único espacio donde el pueblo afro descendiente de la costa ha podido ser retratado, casi exclusivamente —por no decir totalmente— por escritores afro ecuatorianos (Nelson Estupiñán Bass, Adalberto Ortiz, Antonio Preciado y Argentina Chiriboga).

Sin embargo, aparte de leer la literatura trabajada por escritores/as afroecuatorianos/as, interesa conocer los otros espacios, donde los mismos protagonistas de las novelas y la poesía guardarían, en la vida real, sus propios secretos, para ser descubiertos por quienes se interesan en la materia.

En el caso de los pueblos afroecuatorianos, los testimonios de los pobladores de las comunidades rurales ecuatorianas, que se refieren a los hechos del pasado, han constituido la principal fuente de información cuando se ha tratado de reconstruir sus historias locales.

Si bien en aquellos testimonios podrían aparecer un sinnúmero de ingredientes del mundo mitológico de las poblaciones y, por ello, ser susceptibles de invalidación como referencias fidedignas o con-

fiabiles, para la historia oficial mestiza, sin embargo, el significado de los mismos nos remite a otra esfera de la actividad humana, como es la transmisión generacional de los conocimientos, las experiencias humanas y las vivencias culturales de una comunidad que, desde luego, forman la base de su memoria colectiva.

Las poblaciones de raíces africanas, cuyos antecesores llegaron hace más de cuatrocientos años a determinadas áreas geográficas del Ecuador, mantenían o mantienen, según sea el caso, esa especie de mundo paralelo, que en su mayoría permanece en la memoria de sus habitantes. Se trata de una riqueza creativa, no solamente informativa, que se expresa a través de la tradición ancestral de los *echadores de cuentos*, que son quienes logran combinar en sus narraciones los acontecimientos reales del pasado con elementos ficticios, surgidos originalmente de aquella riqueza mitológica tan antigua, cuyos portadores han sido determinados hombres y mujeres ecuatorianos afro descendientes.

Estos mayores eran gente que tenía mucha ciencia para echar cuentos de los animales, pero también sabía de toda clase: de gigantes, de los turcos, de las distintas guerras, etc. Cuando se ponían a echar cuentos podían pasarse una noche entera contándolos.

Uno de esos grandes echadores de cuentos era mi tío Isidoro Mina. Estos Minas eran de acá, del río Bogotá. Cuando él se ponía a contar cuentos, si él quería, con un solo cuento se pasaba toda la noche. Este señor sabía unos cuentos que eran bien largos; eran cuentos de una noche entera.

Él no echaba cuento en cualquier casa; necesitaba una sala grande para hacer todas las maromas, brincos y todas las mojigangas del cuento; las peleas que aparecían

deben haber pocas personas adultas afro descendientes, cercanas a la tercera edad, que rememoren, con ciertas limitaciones, las narraciones transmitidas por sus padres o abuelos

en el cuento él las representaba. Cuando uno le decía: Tío Isidoro, venga esta noche a la casa para que nos eche unos cuentos, él enseñado le contestaba a uno: Vos ya sabes que yo en casa chiquita no me gusta echar cuento, porque uno se golpea mucho el cuerpo.

Cuando se ponía a echar los cuentos de las guerras de los moros contra los cristianos, uno tenía que dejarle la sala para él solito, porque peleaba a pie y a caballo, se revolcaba en el suelo, tiraba patadas para todos los lados, hacia de todo. Él era de los echadores de cuentos más afamados que había por esta zona. Cuando estaba echando cuento en una casa de esta orilla del río, la gente se venía de lejos, sólo de escuchar el alboroto que formaba.

No obstante, estas expresiones culturales o formas específicas de recrear el mundo en la cotidianidad, que hasta hace poco estuvieran tan enraizadas en las comunidades afro ecuatorianas, en la actualidad han perdido fuerza, pues en rápido proceso han sido desplazadas por lo que ya todos conocemos de memoria: la educación oficial, la influencia de los medios de comunicación masiva, como son la radio y la televisión, y la dinámica de transformación de la población rural en urbana, a través de las migraciones a las ciudades del país y el exterior, etc.

Cabría entonces decir que, lo poco que queda de esta tradición lo mantienen los ancianos y ancianas afro descendientes de las zonas rurales, que pertenecen a la última generación de los que saben historias y cuentos. En realidad, en el actual Ecuador debe haber pocas personas adultas afro descendientes, cercanas a la tercera edad, que rememoren, con ciertas limitaciones, las narraciones transmitidas por sus padres o abuelos. En este sentido, hasta podría hablarse de un fenómeno equivalente a la extinción de la lengua de un pueblo indígena (como sería el

caso de los záparos, en la Amazonía), sólo por hacer una comparación.

Pero estos mismos cuentos también yo se los escuché muchas veces a mis tíos y a otros mayores, porque en los tiempos de antes a la gente de aquí, de estos ríos, les gustaba echar estos cuentos; especialmente eran los viejos los que sabían cuentos.

En nuestra casa, casi todos los muchachos nos aprendimos los cuentos que nos contaban nuestros mayores; pero yo aprendí más, porque a mí me gustaban bastante estos cuentos. Lo que pasa es que yo sí me daba cuenta de que estos cuentos eran historias hechas por nuestra gente.

Ahora, ya de viejo, me doy cuenta de que es así, porque cuando mis nietos iban a la escuela, yo les escuchaba lo que leían en los libros que les daban los maestros. Me daba cuenta de que los libros decían las mismas cosas que enseñaban los cuentos de los viejos, sólo que ahora estos libros que les dan a los muchachos en las escuelas, son libros que vienen de otras partes y las historias no son hechas por nuestra gente.

Cuando yo era muchacho siempre escuché decir a mis mayores que toda cosa en esta vida tiene su "por qué"; yo creo que para los viejos estos cuentos tienen su razón, su por qué. Y si los mayores los decían, por alguna razón sería.

Ahora hay muchos jóvenes que cuando oyen a los viejos echando esos cuentos dicen que son puras mentiras de los mayores. Puede ser; pero eso

la literatura ha sido quizás el único espacio donde el pueblo afro descendiente de la costa ha podido ser retratado, por escritores afro ecuatorianos

letras del ecuador

nadie lo sabe. Sólo los que los contaban sabían por qué lo hacían.

Continuando con esta reflexión, la preocupación actual radicaría en la desaparición de una tradición ancestral en el Ecuador, como son la historia y la literatura orales afro ecuatorianas, pues, como en el caso de algunas lenguas vernáculas amazónicas, si es que no se las recupera, recrea y fortalece en las nuevas generaciones, todo terminará como un cúmulo de recuerdos del pasado, como piezas empolvadas de un museo en el que tantas cosas ya han perdido su sentido.

Podría decirse que el interés cultural de recuperar la literatura o historia orales —referidas a temas de la vida en el medio rural: el trabajo, los conocimientos y prácticas ancestrales de la medicina tradicional, la comida, el mundo mítico, los cuentos y las leyendas, para difundirlas en todo el país, pero, y sobre todo, incorporarlas dentro de un programa de etnoeducación para la población ecuatoriana de origen africano—, por ahora presenta perspectivas bastante limitadas, no solamente por parte del estado ecuatoriano sino también por las agendas de las organizaciones de la cooperación internacional. Por ello, los temas del desarrollo frente a la pobreza parecen no incluir, con la debida preocupación, la dimensión de la cultura, o mostrar, al menos, un interés significativo por ella. La reducción de los presupuestos de organismos internacionales, como la UNESCO, y de muchas agencias de la cooperación, lo está así demostrando.

Alguna vez, en un taller de discusión sobre historia, cultura e identidad, al que asistí, con organizaciones comunitarias afro esmeraldeñas —haciendo un intento de cita textual— una de las participantes dijo, con muchísima razón, que la gente negra que ha emigrado del norte de Esmeraldas a Guayaquil, aparte de tener problemas económicos y sufrir de pobreza en un barrio marginal de esa ciudad, ha perdido también su contacto familiar, la rela-

ción con su tierra y las costumbres de sus mayores. En ese sentido, esos hermanos y hermanas son aún más pobres que nosotros, porque ya han perdido su cultura.

Lo dicho por esta mujer refleja con bastante claridad que, para las comunidades rurales afro descendientes, las formas concretas que asume la cultura son legados que es preciso mantener para ser menos pobres.

La convivencia cultural interregional de la población afro descendiente

Como bien sabemos, es imposible aislar los procesos culturales de aquellos sociales y políticos, mucho menos en el caso de regiones compartidas por pueblos con fuertes relaciones históricas, territoriales, ambientales, de parentesco, etc. Tal es el caso de la llamada región del Pacífico biogeográfico, que se extiende desde la provincia de Esmeraldas, en Ecuador, hasta la selva del Darién, en Panamá.

En el caso de la población afro descendiente colombiana, en los años setenta se produjeron procesos organizativos lentos y desarticulados entre ellos, en torno a la lucha por la legalización de la tierra, frente a la pérdida de territorios por el desarrollo de proyectos agrícolas empresariales bananeros, especialmente en el Urabá colombiano y palmicultores y mineros, en el centro y sur de la costa colombiana.

El avance organizativo de las comunidades afrocolombianas, a fines de los ochentas, permitió una mejor articulación de las demandas al estado para el reconocimiento de los derechos territoriales. En 1992 se logró la expedición de la Ley 70 de la constitución colombiana, que reconoce la propiedad colectiva de los territorios de la vertiente del Pacífico, ocupado ancestralmente por comunidades afro colombianas.

A partir de este hecho, el proceso afrocolombiano adquirió un carácter distinto, que le permitió desarrollar, en buena medida, reformas interesantes en la partici-

breves consideraciones acerca de la negritud en Esmeraldas

antoniopreciado bedoya

Como se sabe, la provincia de Esmeraldas fue el primer punto de llegada de los españoles. No hay acuerdo total acerca de las fechas, pero generalmente más se coincide en aceptar que embarcaciones españolas al mando de Bartolomé Ruiz tocaron La Tola el 25 de julio de 1526, y el 21 de septiembre del mismo año fundaron en la desembocadura del río Esmeraldas, a la que bautizaron como Bahía de San Mateo.

Un poco más tarde, en medio del proceso de conquista y colonización desplegado en América, y en la trama del comercio esclavista de negros extrañados de África, en el año de 1533 naufragó en la costa de Esmeraldas un navío que transportaba mercaderías y menos de una veintena de esclavos destinados a ser vendidos en el Perú. En tierra, los negros se internaron en la selva liderados por Antón, un negro nacido en Cabo Verde, que había vivido en España al servicio del sevillano Alonso de Illescas y que, por lo tanto, era ladino, es decir que hablaba el idioma español. Desde ese momento se inicia un proceso a lo largo del cual, a partir de este primer grupo, los negros logran consolidar su dominio en la re-

gión. El minúsculo grupo de Antón se impone por sorpresa y fijeza a los nativos en cuyos dominios ocurre el desembarco, y poco a poco va afirmando su control en una zona cada vez más amplia. A la muerte de Antón asume el liderazgo su hijo Alonso de Illescas, quien, mediante lazos de consanguinidad iniciados por su padre expande un cacicazgo impuesto a los nativos en medio de un típico proceso cultural adaptativo, ya que los negros, por urgentes e ineludibles razones de supervivencia, adoptan formas de vida pertenecientes a sus dominados. Los hombres del grupo de Illescas toman mujeres indias, con lo que se produce una descendencia de zambos, que caracterizará predominantemente la presencia negra en Esmeraldas entre los siglos XVI y XVIII.

Concomitantemente, esta primera y obligada forma de mestizaje, junto a otros factores eslabonados tales como la diversidad de procedencias de los negros llegados a Esmeraldas y su minoría, explicaría el hecho de que no se reprodujeran, se arraigaran con fuerza y se transmitieran como herencia ciertas manifestaciones culturales ne-

La negritud de los esmeraldeños

groafricanas que, como las de tipo religioso y sus correspondientes parafernalias, perviven con mayor pureza en otras culturas negras del continente. Sin embargo, muchos valores culturales característicos de la negritud se mantienen hoy con relativa fuerza o en sincretismo con los de la sociedad mayor.

A la llegada de los primeros negros vivían, en lo que hoy es Esmeraldas, etnias nativas como los yumbos, campaces, malabas, niguas y cayapas, que mantenían entre ellas constantes enfrentamientos. Después del núcleo Antón-Illescas, llegaron otros pequeños grupos que se asentaron en lugares diferentes (los Arobe y los Mangache) y también desarrollaron cacicazgos de importancia, aunque menor que la del núcleo Illescas. En resumen, Alonso de Illescas y luego sus hijos, los Arobe y los Mangache, mantuvieron a Esmeraldas irreductible durante largo tiempo frente a la Audiencia de Quito, ya fuera por resistencia armada o por inteligentes estrategias urdidas para mantener en autonomía una sociedad de negros libres, gobernada por sus propios líderes, lo cual ocurrió durante casi toda la época colonial. En su libro *Zambaje y Autonomía, Historia de la gente negra de la provincia de Esmeraldas siglos XVI - XVIII* (Municipalidad de Esmeraldas, 2001), la historiadora Rocío Rueda de Novoa trata documentadamente los detalles de este proceso.

La población de Esmeraldas es mayoritariamente negra. El negro esmeraldeño, luego de la independencia del Ecuador, permaneció a lo largo de los ríos y sus esteros, en los que se había metido como forma de evadir los penosos trabajos que se le querían imponer a propósito de la construcción de un camino que uniera Quito con Esmeraldas, como aspiración de las élites de la Sierra centro-norte durante el siglo XVIII. Allí estuvo siempre dedicado a pequeños cultivos y tareas complementarias de caza y pesca, para satisfacer las necesidades familiares. Entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siguiente, la población negra de la provincia de Esmeraldas aumentó considerablemente con el flujo migratorio de una gran cantidad de familias provenientes de la zona de la costa del Pacífico de Colombia que vinieron a establecerse acá. Todos comparten formas de vida ancestrales emparentadas estrechamente. Desde el inicio de la tercera década del siglo XX, a causa de la extracción de oro aluvial en los ríos y esteros, así como por la demanda de madera y otros productos silvestres como la balsas, la tagua, el caucho, la caña guadúa, etc., se desarrolla un creciente flujo comercial entre el campo y la ciudad que da lugar a un incremento de la población urbana alimentado por campesinos negros que emigran del sector rural en busca de otras posibilidades de vida. Por esta causa, en la ciudad de Esmeraldas

se formó un barrio que se constituyó en un recodo de la gente de extracción campesina, en el gran asiento tradicional de la negritud de la capital de la provincia: Barrio Caliente. El negro, que se había asomado a la vida republicana con el lastre de un sentimiento de inferioridad creado de propósito para el efecto de mantener la mano de obra barata y servil y, psicológicamente, se creía ubicado en una alteridad *negativa*, en el lado *mal* de una **dicotomía maniquea**, en Barrio Caliente, lejos de la dispersión campesina, se aglutinó y compartió costumbres, sentimientos, tradiciones, usos alimentarios, penas y diversiones comunes, frente a una sociedad minoritaria, pero *blanca*, que en todas las vías de interacción lo inferiorizaba. Los negros de Barrio Caliente constituían la fuerza de trabajo para las ocupaciones de carga y estiba de la materia prima de exportación, al igual que para los servicios domésticos. Pendía de las ancas de la mujer negra la oblicuidad desamorosa del deseo de tener el hombre "blanco" una aventura sexual "diferente". Es imposible, en la obligada síntesis de estas líneas, referirse con detenimiento a las implicaciones económicas, sociológicas, psicológicas, educacionales, represamiento de la movilidad social vertical, variadas formas de racismo excluyente, etc., que suponía la alteridad del negro que, arracimado en Barrio Caliente, ponía en práctica múltiples líneas de solidaridad y cooperación que operaban como elementos sociales cohesionantes.

**se está perfilando
una nueva época
de vigorización y
enarbolación consciente
de los valores propios
de la negritud frente
a las terquedades
que persisten**

En las circunstancias descritas, claro está, el negro no tenía conciencia de su posición humana real, carecía de una apreciación clara acerca de su propio valor como ser humano frente a los demás y, por lo tanto, es explicable que no pudiera sentirse orgulloso de su negritud (como cualquier hombre debe serlo de lo que étnicamente es) y, por el contrario, alber-

gaba sentimientos de inferioridad como el de la muchacha negra diciendo *Prefiero tener un hijo con un blanco sin casarme a tenerlo con un negro, aunque casada con él, porque hay que mejorar la raza*. Por cierto, no hablaba ella sino toda una historia de inferiorización. En todo caso, en su ámbito cerrado, dentro de Barrio Caliente, la negritud reproducía constantemente sus valores.

La situación actual

A lo largo de las últimas cuatro décadas, en Esmeraldas se ha venido manifestando un franco proceso de aculturación, que supone la sustitutiva aceptación de otros valores impuestos desde fuera por la gravitación de varias causas que aquí resultaría largo considerar en forma detenida. Pero, paradójicamente, durante los últimos

veinte años ha venido tomando cuerpo la asunción de una conciencia del negro esmeraldeño acerca de su negritud, lo cual, además de las propias tendencias dinámicas de la vida social y las salientes de las intrínsecas contradicciones actuantes en el problema, se debe a la acción decidida de destacados intelectuales y activistas negros que han sincerado lo que estaba hipócritamente encubierto.

Concéntricamente, los efectos de un franco movimiento mundial de la negritud, tendiente al logro de lo que, como seres humanos, también corresponde a los negros, ha contribuido a que el negro esmeraldeño, sin que hayan desaparecido rezagos de complejidad, de un lado, y tercas (aunque más disimuladas) actitudes racistas del otro, vaya teniendo una cosmovisión más amplia, en la cual su condición humana se parangona con la de cualquier otro hombre. No se puede dejar de mencionar que también han sido factores dinámicos en este sentido, un creciente acceso de los negros a la educación secundaria y superior, la cual, pese a su carácter tendencioso (especialmente la secundaria) no deja de ejercer su influjo liberador, al igual que la acción de los partidos políticos de la izquierda ecuatoriana, que sitúan a indios, negros y mestizos de todo tipo en la misma dimensión que cualquier blanco en un país multiétnico y pluricultural como el nuestro, y universalmente proclamando todo esto en forma altiva y sostenida. En general, pues, se está perfilando una nueva época de vigorización y enarbolación

consciente de los valores propios de la negritud frente a las terquedades que persisten. Tal situación, en la práctica, ha posibilitado acontecimientos inusuales como la captación de importantes cargos de elección popular que (pese a ser negra la mayoría poblacional) estaban reservados casi exclusivamente a los blancos.

En este punto, es preciso mencionar también que la composición étnica de la población de la provincia de Esmeraldas ha experimentado cambios a causa de fuertes corrientes migratorias provenientes de otras provincias, especialmente de Manabí, Loja y Pichincha. En medio de toda la interacción que ello genera, son ahora más frecuentes los matrimonios interétnicos. Pero, de todos modos, los que llegan generalmente se alinean en la dirección del tradicional patrón de superioridad, particularmente si son gente acomodada o con ingresos económicos significativos, con lo cual aflora el ingrediente de clase que recorre el problema desde sus antecedentes estrictamente locales.

Por supuesto, el agregado de otros ingredientes étnicos estables tiene el efecto acelerante de una mixturación cultural que, al igual que los mencionados en párrafos anteriores, obligan a definir políticas culturales y programas actuantes orientados a patentizar más nítidamente la propia identidad cultural del negro esmeraldeño, sin que se pierda de vista el país multiétnico y pluricultural, rico con otrasidades, al que pertenece.

Dentro del marco actual descrito, los usos alimentarios y la etno-

música, la marimba, son valores culturales emblemáticos de la esmeraldeñidad. Sin embargo, ambos están amenazados por la referida corriente de aculturación.

La comida esmeraldeña sigue, ciertamente, atrayendo la atención de propios y extraños por sus peculiares características, no obstante lo cual avanza considerablemente el consumo de alimentos chatarra y otros que, por efecto de la propaganda, proporcionan estatus al consumidor.

La marimba asiste en las dos últimas décadas a una verdadera palingenesia, pues estuvo a punto de desaparecer con la muerte de los viejos marimberos, pero la acción de varias instituciones (Casa de la Cultura, Banco Central) y grupos folclóricos como los de Petita Palma, Papá Roncón, Santiago Mosquera y otros, la ha puesto ahora orgullosamente, otra vez de pie en los escenarios. Sin embargo, dentro de su tradicional estancamiento repetitivo los mismos grupos folclóricos están introduciendo influencias foráneas, de carácter musical y dancístico, que la vienen deformando groseramente. Esta situación obliga a trabajar en el sentido de recuperar la autenticidad, a la vez que a propiciar que se creen nuevas piezas de marimba que expresen la realidad y las vivencias actuales del hombre esmeraldeño, respetando básicamente sus soportes tradicionales.



antonio preñado bedoya
 (Esmeraldas, 1914)

El autor imparte clases de literatura en la institución. Autor de importantes obras como *Volcan de Ito* (1961), *Mos que de las marimbas* (1968), *Las cosas de las cosas* (1969). En 1972 el gobierno de Ecuador publicó su primer libro de poemas *Sol y Sol*.

mi credo novelístico

nelson
estupifian
bass

Creo que el cuento es una flecha en el blanco, y la novela, un duelo de morteros.

Creo que a cada teogonía corresponde una conciencia, y a cada conciencia, una forma peculiar de novela.

Creo que la novela debe ser una especie de Sol, Luna, constelación o estrella. En todo caso, una luz viva, cercana o distante.

Creo que toda novela es un poema de largo metraje, que, al discurrir por entre los bastidores de la historia, se torna más vez que la historia misma.

Creo que el novelista debe tener presente siempre, en la pluma, el corazón y la mente, un rol de conductor del pensamiento.

Creo que las novelas no hacen revoluciones, pero pueden ser insumos para la fertilización de sus umbrales.

Creo que, puesto que el número y la palabra son hermanos, el ingeniero y el novelista construyen obras semejantes: tanto un edificio como una novela tienen cadenas, pisos, estructuras, ventanas, clara-

boyas, gradas, ventilación, terrazas, salas íntimas, corredores, puertas.

Creo que las novelas crecen a medida que crece el alma de su autor.

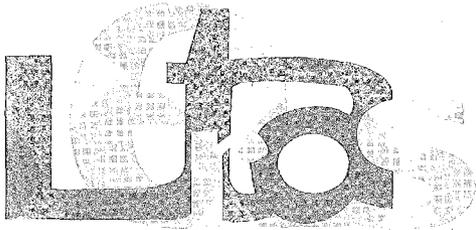
Creo que ninguna novela es original, la intertextualidad está proclamándolo y que, como dice el Eclesiastés, vanidad de vanidades, nada nuevo hay bajo el sol.

Creo que el Realismo Mágico ha ensanchado las fronteras de la narrativa latinoamericana, pero que el Realismo Fantástico las llevará más adelante.

Creo que algunos narradores, por conservatismo intelectual o negligencia, olvidados de que el mecanismo dialéctico tarde o temprano se impone inexorablemente, desdeñan o subestiman las nuevas técnicas formales y, en ocasiones, hasta las denuncian.

Creo que la mayoría de los lectores está en condiciones de recibir obras de heteroclítica ficción, pues por su capacidad de comprensión, semejante, igual o superior a la del autor, conoce bien las vigen-





tes claves del juego novelístico contemporáneo.

Creo que el novelista tiene, entre otros compromisos, el de suscitar el ascenso estético de sus lectores, mediante la entrega de obras cada vez mejores en todo sentido.

Creo que el máximo anhelo del novelista debe ser la cabal consubstanciación con sus lectores, para que llegue a ellos la sustancia de su mensaje.

Creo que la novela y la política viven en saludable simbiosis, porque, propóngaselo o no, el autor, al trasegar en su obra algo o mucho de su sangre y sus sueños, está, aunque implícitamente en ciertos casos, confesando su convicción ideológica.

Creo que la novela (cualquiera sea el realismo utilizado) debe ser, con discreción y sin olvidar su carácter de obra de arte, una herramienta más en el arsenal que está acumulándose para la liberación total de los pueblos, y que muchas novelas ya lo son.

Creo que la novela revolucionaria no lo es por su trama argumental, sino por su armónica combinación de fondo y forma.

Creo que nuestros novelistas, si no en alguna esquina de sus obras, por lo menos en sus pláticas, deben canalizar las inquietudes de sus lectores y amigos hacia la auténtica integración del Cono Sur, a fin de constituir un solo bloque capaz de enfrentar con éxito a las potencias que actualmente, de una u otra forma, avasallan a los países latinoamericanos.

Creo que los conflictos humanos son la mejor fuente de la narrativa, y que el novelista debe, a través de su obra, empujar la sociedad hacia mejores y más amplios caminos.

Creo en el Realismo Bifronte, que compagina las exterioridades con el subterráneo de los personajes novelados.

Creo en la paz, no en la de los sepulcros, sino en la paz que se sustenta en la justicia y la igualdad.

Creo en Rumiñahui y Espejo, en Juan Montalvo y Alfaro, ejemplares varones que considero inapagables faros de la ecuatorianidad.

Creo en el hombre ecuatoriano, sujeto perdurable de todas mis oraciones literarias.

Creo que la novela, en ocasiones un eco del estruendo social, es la devolución de la materia prima depurada, que su entorno entrega al novelista. 🖐



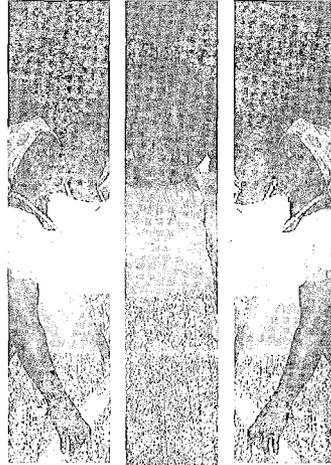
cuentos afroecuatorianos

antología de
juan garcía salazar

Cuando se trata de explicar el nacimiento del mundo y los seres que en él habitan, la tradición cultural africana, tan amplia como su continente, tiene muchas le-

yendas y mitos para explicar el nacimiento de cada uno de los seres vivos y de aquellos que viven, pero son intangibles por su propia naturaleza.

Los tres cuentos que presentamos a continuación forman parte de un conjunto más extenso, llamado tentativamente *Cuentos de la creación*, debido a su semejanza con algunos cuentos cosmogónicos recopilados en ciertas regiones de África, de la memoria colectiva de algunos pueblos, de los cuales asumimos somos descendientes.



Los hemos querido llamar en un primer momento *Cuentos de la creación*, porque en alguna forma explican el principio

de una buena parte de la cosmovisión del pueblo negro, especialmente de los que viven en las comunidades rurales de la Gran Comarca territorial del norte de Esmeraldas, donde una gran mayoría de sus habitantes ancestrales insiste en mantenerse en el tiempo como una nación cultural de origen africano.

Por la memoria colectiva hoy sabemos que, más que cuentos de la creación, estos cuentos pertenecen al ciclo de la "recreación," pues son narraciones que explican la razón de una meta-

letras del ecuador

morfosis ocurrida a los personajes en un primer estado, que luego dio lugar a su forma actual.

En verdad, son cuentos de la recreación porque nos explican cómo estos seres *creados antes*, en otro mundo terrenal, cambiaron su forma para adaptarse a un mundo nuevo, tan real como el anterior, por la voluntad de un *Nuestro Señor*, que tiene el poder de reordenar lo creado.

Quizás la más simple explicación que podríamos adelantar sobre esta particularidad de estos cuentos sería que el orden de un *primer mundo* —el africano—, tuvo que cambiar para adaptarse a un *mundo nuevo* —el mundo del continente americano—, formándose así, en la mente de los africanos y luego en la de sus descendientes, el concepto de la mutación, de la adaptación.

Para los guardianes de la tradición, estos cuentos no guardan *secretos*; son sólo eso, cuentos de los mayores, de los que nos precedieron. Por eso, la explicación más simple de su origen y razón de ser está en los mandatos ancestrales que ordenan el respeto y la obediencia a la tradición cultural. Para los narradores, estos cuentos son "cuentos que nos contaban los mayores y nosotros ahora los seguimos contando para que la

tradición no se pierda y se mantenga viva".

Los tres cuentos que vienen a continuación forman parte de un grupo mayor, que fue recogido y ordenado por un equipo de personas que por muchos años trabajó en la formación de un inventario de las más importantes formas culturales que guarda la tradición oral de las comunidades negras del Ecuador.

Los textos fueron transcritos de las grabaciones originales por personas del mismo medio, que conocen y trabajan en el ordenamiento de la tradición oral recopilada en las comunidades de la Gran Comarca. Las formas particulares del habla de los informantes, así como el léxico regional, se han respetado al máximo para garantizar la originalidad de cada uno de estos cuentos.

En muchos de los casos, las opiniones de nuestros informantes nos permitieron reconocer el dolor que produce en los ancianos la pérdida de las tradiciones culturales; sobre todo, la tristeza que muchos de ellos viven por el hecho de haber perdido la función que los ancestros les habían encargado: ser guardianes y transmisores de las tradiciones para las generaciones venideras.

nacer para morir

(Informante: Santiago Quiñónez, El Cuerval,
Floy Alfaro, Provincia de Esmeraldas; 1983)

Este cuento se cree que viene desde los tiempos cuando Nuestro Señor recién creó este mundo. Parece que en ese tiempo todavía no se conocía la muerte. Según lo que contaban los viejos, antes de que pase lo que dice este cuento, parece que cuando algún cristiano o algún animal se moría, después de un tiempo revivía otra vez y seguía viviendo.

Los mayores decían que esto era así porque en el principio del mundo la gente era poquita. Para que el mundo creciera Nuestro Señor hizo eso de que la gente cuando moría, después de un tiempo reviviera otra vez.

Pero parece que ya después cuando el mundo se llenó de gente, Nuestro Señor se dio cuenta de que esto no era muy bueno y quiso ponerle acomodo a la mucha gente. Ahí fue que le preguntó al piande, cómo tenía que dejar esto de la muerte para las criaturas del mundo.

Y en verdad que así mismo era antes, la gente casi no moría. Los viejos vivían tiempos más largos que hoy y también la muerte casi no venía tan seguido por aquí. Por eso, cuando una persona se moría era como una gran novedad y toda la gente salía de su casa para acompañar al muerto.

La verdad es que los viejos nos damos cuenta de que cada día que pasa, la gente es más débil y se muere más. Yo me acuerdo que antes en estos ríos la gente vivía cientos de años y los viejos sólo se morían porque estaban cansados de tanto vivir. Pero ahora la gente se muere por nada.

También ahora están llegando a estos ríos muchas enfermedades que antes no se las conocía y ahora están matando gente. Toda enfermedad que es dejada por Nuestro Señor tenía su remedio, y si había un remedio, uno lo conocía.

Según lo que cuentan los mayores, este animal que se llama piande, fue el que tuvo la culpa de que la muerte se quedara en este mundo.

El piande es un animal medio misterioso; es el único animal de cuatro patas que vive en la tierra, que camina tranquilo por encima del agua y no se hunde.

Yo me acuerdo que los mayores cuando querían que un muchacho aprendiera a nadar desde chiquito, mataban un piande, de esos bien criados, y le daban a comer al muchacho la carne sancochada de este animal, para que aprendiera a nadar. Esto que le cuento es la verdad, porque sí sé que todos los animales del monte tienen su misterio. Hay algunos que tienen más misterio que otros.

En este cuento aparecen Nuestro Señor Jesucristo, la vida, el piande y Doña Isabel, la muerte.

Parece que en el tiempo de antes, la ley era que se moría para revivir, o sea, que el que por alguna cosa se moría, después de un tiempo revivía

otra vez. Pero como al principio Nuestro Señor andaba acomodando las cosas de este mundo, él quería también saber cómo sería mejor dejar las cosas de la muerte. Para eso andaba caminando y preguntando a los animales, qué sería lo más conveniente para el mundo: si dejar que la gente “nacierá para morir”, o dejar que la gente “muriera para revivir”.

Mientras andaba pensando, Nuestro Señor se fue a la orilla para tomar agua, y allí se encontró con el piande que estaba subido en una rama meneando la cabeza de un lado para otro, con ganas de pasarse al otro lado del río. Entonces Nuestro Señor le dijo:

—¡Piande! Tú que eres animal de la tierra, y que tienes la virtud de caminar por encima del agua sin hundirte, dime qué crees que sería lo mejor para este mundo y para todas las criaturas que allí viven. ¿Dejar que uno muera para revivir, o dejar que uno muera para nunca más revivir?

Entonces el piande se quedó oyendo y meneando la cabeza de un lado para otro, subiéndola y bajándola y capcando los ojos. Y luego le contestó:

— Hummmmm... Yo creo que lo mejor para este mundo sería que el que se muere una vez ya no reviva nunca más en esta vida.

— ¡Piandé! ¿Tú estás seguro de que así como tú dices, sería mejor dejar las cosas de la muerte?

— Sí, Nuestro Señor. Es mejor que el que muere ya no reviva más. “Nacer para morir”, esa tiene que ser la ley para el que tiene la vida.

— ¡Piande, piénsalo bien! ¿Estás seguro de que así quieres que sean las cosas? Después no se podrá pedir que esas cosas cambien.

— No, Nuestro Señor. Deje no más que sea “morir para nunca más revivir”. Porque eso de andar muriendo y después reviviendo otra vez es mucha pendejada.

— Bueno pues, piande, si así tú lo quieres, así tendré que dejar las cosas. Tú llevarás esa carga.

Como Nuestro Señor siempre respetaba la primera palabra, así como lo había dicho el piande, así quedaron las cosas. Enseguida Nuestro Señor mandó regar la noticia por todo el mundo: desde ese momento en adelante la ley sería morir para nunca más revivir.

Pero como el piande tenía toda su familia viva y no conocía lo que es el dolor de tener un muerto, resulta que a los pocos días que Nuestro Señor dejó esta ley, al piande se le murió la mamá. Cuando le llegó la noticia enseguida salió para donde vivía la mamá. Después de que la vio muerta y tendida sobre una mesa, la gente lloraba y gritaba de la pena.

— ¡Aaaaay, se murió mi tía! Nunca más la vamos a ver trabajando en el molino, porque se fue para nunca más regresar.

— ¡Aaaaay, se murió mi hermana querida! Nunca más la vamos a ver en la casa. Se fue para nunca más regresar.

Cuando el piande vio que todo el mundo gritaba y se lamentaba por el dolor de la muerte, pegó la carrera para donde vivía Nuestro Señor y cuando llegó pegó el grito:

—Ay Nuestro Señor, esto de la muerte de una madre es cosa muy dura, mejor sería que la gente muera y después reviva otra vez.

Nuestro Señor dejó ese rato botados los oficios que estaba haciendo y se acercó al piande que gritaba y lloraba por la muerte de la mamá.

—Piande, yo te pregunté cómo querías que quedaran las cosas de la muerte y tú me dijiste que lo mejor era “morir para nunca más revivir”. Ya no se puede cambiar la palabra.

—Aaayyyy, Nuestro Señor, que ésta sea la última vez de morir para revivir.

—No, piande. Lo que quedó así, quedará así y ya no se puede cambiar nunca más en la vida: “todos tenemos que morir algún día”.

El pobre piande tuvo que pasar su dolor y enterrar no más a su mamá, porque ya no hubo componte para esto de la muerte.

Desde ahí quedó esto de la muerte, que es morir para nunca revivir. Pero todo fue culpa del piande, por hablar de lo que él no había sentido. Por eso él ahora es un animal que no tiene paz con nadie y desde ese día quedó así. Siempre anda como asustado, porque lo que hizo fue bastante malo para todas las criaturas de este mundo. También es por eso que el piande casi no sale de las orillas de los ríos y se pasa todito el día aguaitando de un lado para otro. Cuando ve a alguien él sale a la carrera como loco; y si es de pasarse de un lado a otro de un río por encima del agua, él lo hace con semejante carrera que lleva. Pero todo esto que él hace es por el miedo que le tiene a los cristianos; parece que tiene miedo que le hagan alguna cosa. Dicen que también él anda así a la carrera porque no quiere que la muerte lo alcance. De todas maneras, cuando ya le toca su hora de morir, el piande se muere no más. E incluso cuando está bien criado, alguna gente hasta “se lo come por remedio”.

Contando contando
se acabó mi cuento,
pajarito sarmiento
se lo llevó el viento.

Se metió por un churuquito
y salió por otro,
y el que está oyendo
que se eche otro que sea mejor.

Porque de tanto escuchar
se tiene tiempo a pensar,
mientras que de tanto decir
también se aprende a mentir.

el parto de la zorra

(Informante: Mamá Úrsula. La Tola, Eloy Alfaro,
Provincia de Esmeraldas, 1993)

La verdad es que yo no sé si lo que dicen estos cuentos será la verdad o será mentira, pero todos ellos son cosas dejadas por nuestros mayores; ellos eran los que contaban y nosotros aprendimos de ellos.

Este cuento de la zorra lo contaban, sobre todo, mis tías; casi siempre escuché a las mujeres, pero también se lo escuché cchar a los hombres, especialmente a los que eran mayores.

Me creo que lo que dice este cuento es la verdad, porque aunque yo no soy partera, me doy cuenta de que la zorra es el único animal del monte que pare sin dolor; los otros animales del monte son como el cristiano, que pare sus hijos con dolor. Muchos animales se mueren pariendo, lo mismo que el cristiano.

A la zorra cuando pare, las zorritas le salen chiquititas del vientre de la mamá y se meten en una talega que ella tiene en la barriga; allí metidas las zorritas se terminan de criar porque ahí están las tetas de la zorra. Cuando ya están grandes salen de allí y aprenden a caminar como los otros animales.

No sólo una vez sino muchas veces yo he visto salir a las zorritas de la cosa de la zorra; tienen forma de un gusano. Si uno se fija bien, las zorritas se van jalando, jalando, por el pellejo de la mamá hasta que llegan a donde está la bolsa.

La verdad es que muchas mujeres quisieran ser como la zorra: parir sin ningún dolor. Lo que le pasó a la zorra fue el pago que la virgen le dio porque la escondió en su barriga. De este cuento de la zorra se deja ver que muchas cosas que dicen los cuentos son cosas verdaderas.

Esto de la virtud que tiene la zorra es una cosa muy cierta y mucha gente lo sabe; por eso es que la manteca de esta zorra se la usa para muchas cosas de remedio, especialmente para las parturientas. La manteca de la zorra es como un secreto, porque cuando alguna mujer no puede parir se le unta cerca de las partes y en las caderas; esto hace que el parto no tenga muchos problemas.

Con el pico ten
pica el jején,
con el pico agudo
pica el zancudo.

Con el pico romo
pica el mosco,
con el pico vano
pica el tábano.



letras del ecuador

Con el pico duro
pica el juro,
y no digo el cuento
si no me dan un puro.

Todo mi consuelo
mi vara de anzuelo,
todo mi alef
mi poquito 'e lombriz.

Esta era la vieja estera
chiquita y embustera,
cogía los camarones
con la punta de la pollera.

En este cuento aparecen la Virgen Santísima, el niño Dios, la tía zorra, los animales del monte y los que perseguían a la Virgen.

Esto sucedió cuando los soldados andaban persiguiendo al Niño para matarlo. La Virgen estaba con el Niño corriendo por los montes y se escondía en las casas donde vivían los animales. Cuando los que la andaban persiguiendo llegaban donde ella estaba escondida, la Virgen se escapaba y se metía en otra parte. Así andaba ella, de casa en casa para esconderse. Llegaba a la casa de un animal, se escondía un ratico, se quedaba ahí metidita descansando y, después, otra vez tenía que salir a la carrera para esconderse en la casa de otro animal del monte.

Cuando llegaba a la casa de alguno de los animales, la escondían como podían, por ahí, en algún cuchito de la casa; pero cuando los que la andaban buscando ya venían cerquita, cogían y la botaban de ahí donde la tenían escondida. Ella tenía que salir corriendo por el monte y más allá ¡ruussss!, meterse en la casa de otro animal que estuviera por ahí cerca, para esconderse su ratico y descansar de la carrera.

Así andaba la Virgen Santísima, pasando trabajo con el Niño, andando en la casa de los animales hasta que llegó a la casa donde vivía la zorra.

—¡Aaay, zorrита! Escóndeme aquí en tu casa un ratico, que me vienen persiguiendo para matar al niño y ya no sé dónde meterme. Escóndeme zorrита;

Ahí fue que la zorra cuando vio a la Virgen así, toda revolcadita y con la ropa todita sucia, llena de pega pega, de tanto andar por el monte escondiéndose en los cuchos de las casas de los animales, entonces le dijo:

—Ay Virgencita, métase aquí en mi falda, para que no la encuentren los que la andan persiguiendo.

Ahí fue que la Virgen, como andaba cansada y apurada, cogió y ¡ruusss!, se metió en la barriga de la zorra con el niño y se quedó calladita, ahí metida. Enseguida, cuando la Virgen se metió en la chuspa, la zorra churuussss se enchurruscó haciéndose una sola bola y se quedó tranquila como que nada tenía.

Cuando al rato ya venían los que la andaban persiguiendo de casa en casa, ahí mismo cuando vieron a la zorra que estaba ahí medio remolona, entonces le preguntaron:

—Vea, doña zorra. ¿Usted no ha visto pasar por aquí a una mujer con un niño en los brazos?

La zorra calladita, estaba hecha un solo zurrón en el suelo con la Virgen metida en la falda. Cuando le preguntaban otra vez, ella más se enchurruscaba y más escondía a la Virgen ahí en la barriga.

—¡Doña zorra! ¿Que si no ha visto pasar por aquí una mujer con un niñito de pecho en los brazos?

La zorra estaba callada, como que no era con ella. Ahí era que esa gente la empujaba, la sangoloteaba, y más le preguntaban:

—¡Vea! Doña zorra. ¿Usted está sorda? ¿Que si no ha visto pasar por aquí una mujer con un hijito de pecho?

La zorra seguía como que no era con ella. Entonces esa gente la empujaba, la jalaba, queriendo sacudirla y la zorra más se encogía.

—¡Vea! Doña zorra, nosotros venimos persiguiendo a una mujer y la vimos que por aquí se nos metió. ¡Díganos donde está!

Ahí ellos la cogieron y pauu, pauu, le metieron unas patadas y la botaron por allá por un cucho de la casa. Cuando la pateaban no más que hacía:

—Jaaaa, jaaaa.

Y paauuu, paauuu, las patadas y ella:

—Jaaaaa, jaaaaa.

Bueno ahí ya esa gente se aburrió de tanto darle patadas a la zorra, y de ver que no decía nada, le metieron una última patada y la botaron por allá, por un cucho de la casa y se fueron.

—Ahí dejemos a ese diablo que no contesta nada, ni dice nada. Vámonos.

Allí la dejaron tirada y se fueron. A lo que ellos se fueron, la zorra se desenchurruscó y la Virgen fue saliendo con el Niño Dios en los brazos. Entonces ahí fue que la Virgen por agradecimiento de lo que había hecho con ella y con el Niño, le dijo:

—Zorra, de hoy en adelante tú has de parir todos tus hijos sin ningún dolor y sin derramar ni una sola gota de sangre.

Desde ahí fue que la zorra no pare con dolor como los otros animales del monte.

Contando, contando
se acabó mi cuento,
periquito sargento
se lo llevó el viento.

Se metió por un churuquito
y salió por otro,
y el que está oyendo
que se eche otro mejor.

el cuervo, los palomos y la garza

(Informante: María Salazar. El Cuerval, Eloy Alfaro, Provincia de Esmeraldas, 1986)

Algunos de los jóvenes de ahora dicen que estos cuentos son puras mentiras de los viejos. Dicen que los viejos inventaban estas cosas por puro gusto; pero si uno se pone a ver bien lo que éstos dicen, uno se da cuenta de que muchas cosas que dicen son verdad.

Fíjese en este cuento que le voy a cchar. Este es un cuento sobre las palomas montañeras y el cuervo, al que también le dicen pato cuervo. Estos pájaros son aves de las playas. Ellos generalmente viven en los manglares; y es muy raro encontrarlos andando por las cabeceras de los ríos de piedra. Creo que cuando alguno de ellos llega por allá es que anda perdido o derrotado por alguna enfermedad.

Los jóvenes de ahora creen que en la escuela se aprende todo, pero no es así. En el monte hay muchas cosas buenas que se aprenden y sirven; por lo menos para los que vivimos en los montes. Yo no sé si las cosas que los jóvenes aprenden en las escuelas les sirven más que las cosas que se aprenden en el monte. Lo que yo sí sé es que algunos de estos cuentos que los viejos contaban en el tiempo de antes, tienen muchas cosas que son verdad. Muchos cuentos nos hablan de la manera cómo quedaron los animales, y así aparecen ellos en la realidad.

Las garzas siempre andan zanqueando por las orillas, como buscando algo que se les hubiera perdido. El cuervo podía buscar bien su comida como los otros animales, encima del agua. Pero ahora, para buscar la comida se mete en el plan del agua; todo el tiempo anda como desesperado aguitando para todos los lados y zambulléndose por aquí y por allá.

En el monte hay tres clases de palomas: la una, que los mayores le dicen raspacoco, porque ella en su forma de cantar dice: Raspa coco, raspa coco, raspa coco. Hay otra clase de paloma en el monte que la llaman paloma de tierra o tierrera. Así la llaman porque le gusta revolcarse mucho en la tierra seca de los caminos. Esta paloma tierrera es más pequeña que la raspacoco.

La otra paloma que vive en el monte es la Chocó, que es la más parecida a la paloma de Castilla, que tienen en los pueblos. A esta paloma Chocó también en algunas partes le dicen paloma montañera, porque ella vive más en zonas de montaña.

Esta era la vieja estera
chiquitica y embustera,
escondía los camarones
en medio de las polleras.

Siempre te tengo presente
mi querido aguardiente,
nunca me olvido de vos
matecito de arroz.

Con su piquito ten-ten
pica mi tío el jején,
con el pico agudo, agudo
pica mi tío el zancudo.

Con el pico tosco, tosco
pica mi tío el mosco,
con el pico llano, llano
pica el señor don gusano.

Con el pico vano, vano
pica mi tío el tábano,
con el pico duro, duro
pica mi tío el juro.

Preparen una mazamorra,
mujeres, que ya es la hora,
que por un mate de esa olla
les converso mil historias.

En este cuento aparecen las palomas montañeras, el pato cuervo, la tía garza, el mar y las tierras del Chocó.

El pato cuervo vivía por aquí, por estas tierras, pero dicen que era un gran viajador. Un buen día acomodó todas las cosas que tenía y se fue a rodar por otras tierras. En una de sus andanzas llegó a las tierras del Chocó; allí se encontró con las palomas montañeras, que en ese tiempo ellas eran gente más o menos acomodada, pues tenían su finca, su ganado y todas sus cosas de la casa. Se puede decir que vivían más o menos bien.

El cuervo se hizo amigo de los palomos, y como él es medio visajoso, comenzó a contar y a referir las cosas de su tierra: que era bien bonita, que la gente era bien buena, etc. Cada vez que él se encontraba con los palomos, el cuervo ponderaba las cosas de su tierra y decía:

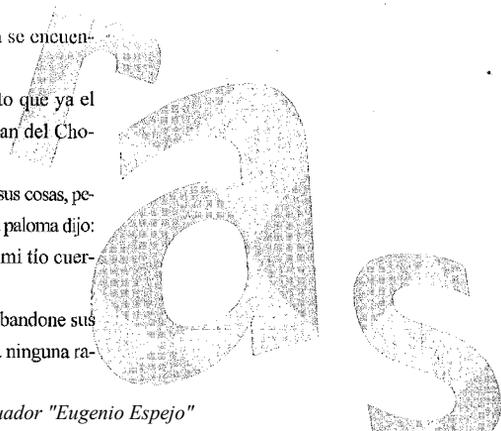
—Allá, en mi tierra, no le falta comida a nadie. La comida se encuentra por todas partes; allá nadie sufre por la comida.

La verdad es que le puso a mi Dios bajito, y no fue cuento que ya el cuervo comenzó a conquistar a los palomos para que se vinieran del Chocó a vivir en estos lados del Ecuador.

El palomo macho no estaba muy de acuerdo con dejar sus tierras y sus cosas, pero la paloma hembra le neceaba y le neceaba, hasta que un buen día la paloma dijo:

—Me voy a vivir por allá, por los ríos del Ecuador, porque mi tío cuervo dice que allá mi Dios está bajito.

Bueno, ya los amigos de los palomos le aconsejaban que no abandone sus tierras, que primero salgan a conocer, pero la paloma no entendía ninguna razón y todos los días le decía al palomo:



letras del ecuador

— Me voy y me voy. Si el palomo no quiere venir, que se quede, pero lo que es yo, me voy.

La cosa no demoró mucho y vendió la finca, vendió las vacas, vendió todos los otros animales y algunas cosas que tenían, y acomodó su viaje.

El palomo macho todavía no estaba muy de acuerdo, pero la paloma le dio, le dio, le dio, hasta que no fue cuento que un buen día la paloma le dio al cuervo la plata para que hiciera todos los acomodos del viaje.

Bueno, al otro día el cuervo embalsó la canoa, le puso un rancho bien acomodado y le habló a la tía garza para que viniera de puntera. Al otro día, cuando estaba todavía bien oscuro, salieron de las tierras del Chocó y empezaron a navegar y navegar. La paloma estaba bien contenta porque iba para las tierras del cuervo, donde se encontraba de todo.

Cuando ya venían bastante cerca de estas tierras, el mar se picó y no fue cuento que tratando de entrarse por una bocana, vino una ola y berúndun-dun viró la canoa boca abajo. Como estaban un poco cerca de la orilla, la garza y el cuervo ayudaron a la paloma y al palomo a ganar la orilla y subirse en la rama de un mangle.

La paloma con las plumas mojadas se encaramó muerta de frío sobre esa rama. Al ver que todo había perdido en el mar, la paloma se puso triste y empezó a lamentarse y llorar.

El cuervo, como es un animal del agua, andaba con sus plumas encauchadas, nadando por la orilla. Desde allí le dijo a la paloma:

— No, tía paloma, usted no se preocupe que yo ya mismo le zambullo todas sus cosas que se ahogaron.

Y enseguida se fue donde la garza, que estaba trepada calentando el frío, y le dijo:

— ¡Comadre garza! Usted váyase a caminar por la orilla, que como el agua está subiendo, las cosas van a salir a la orilla. Allí usted las va recogiendo y las pone a secar.

La garza se acercó a la orilla y se puso a andar zanqueando de arriba para abajo, con el pescuezo estirado, esperando que las cosas arrimaran a la orilla.

El cuervo se hundió y se fue por el plan del agua y busca, y busca, y busca, y al rato surgió sin nada. Más allá otra vez se metió y chujússs, se hundió. Buscó y buscó, y al otro rato puuuusss, surgió más allá, sin nada.

La tía garza con el pescuezo que se le arrancaba de aguitar, zanqueando por las orillas, chujus, chujus, chujus...

¡Ajo! Cuando la paloma vio que el cuervo no iba a encontrar nada, se fue poniendo triste, triste, y encima de ese mangle comenzó a llorar y a gritar:

—A chocó, chocó, chocó. A chocó, chocó, chocó...

El palomo macho, que estaba montado en otro palo más alto, y oyó gritar a la paloma, desde allí le relampaguearon los ojos y le empezó a gritar:

—Por vos, por vos, por vos, por vos, por vos, por vos.

—A chocó, chocó, chocó. A chocó, chocó, chocó.

—Por vos, por vos, por vos. Por vos, por vos, por vos.

El cuervo, con los ojos alborotados de tanto nadar, se hundía aquí y salía más allá; se hundía una vez más y salía más allá y no sacaba nada del agua.

La garza, zanqueando por las orillas, chujus, chujus, chujus y no encontraba nada de las cosas de los palomos.

La verdad es que desde ese día, todas estas aves se quedaron así para toda la vida. Hasta el sol de hoy día el cuervo todavía anda zambulléndose, en búsqueda de las cosas de los palomos. La garza, igualmente desde ese día se quedó zanqueando por las orillas, esperando que las cosas de la paloma salgan a la orilla. La paloma comiendo sus pepitas en el monte. Cuando no encuentra bastante comida entonces se acuerda de su tierra y se pone a cantar.

—A chocó, chocó, chocó. A chocó, chocó, chocó.

Y el palomo, que todavía anda medio bravo con la paloma, le contesta:

— Por vos, por vos, por vos. Por vos, por vos, por vos.

—A chocó, chocó, chocó. A chocó, chocó, chocó.

— Por vos, por vos, por vos. Por vos, por vos, por vos.

Contando, contando
se acabó este cuento,
periquito sarmiento
se lo llevó el viento.

Se metió por un
churuquito
y salió por otro,
el que esté oyendo
que se oche otro,
pero que sea mejor.



cuentos afroecuatorianos



Juan
garcía
salazar

Juan García Salazar, 1924

Investigador de tradiciones orales de la cultura afroecuatoriana. En el ámbito de la biblioteca.

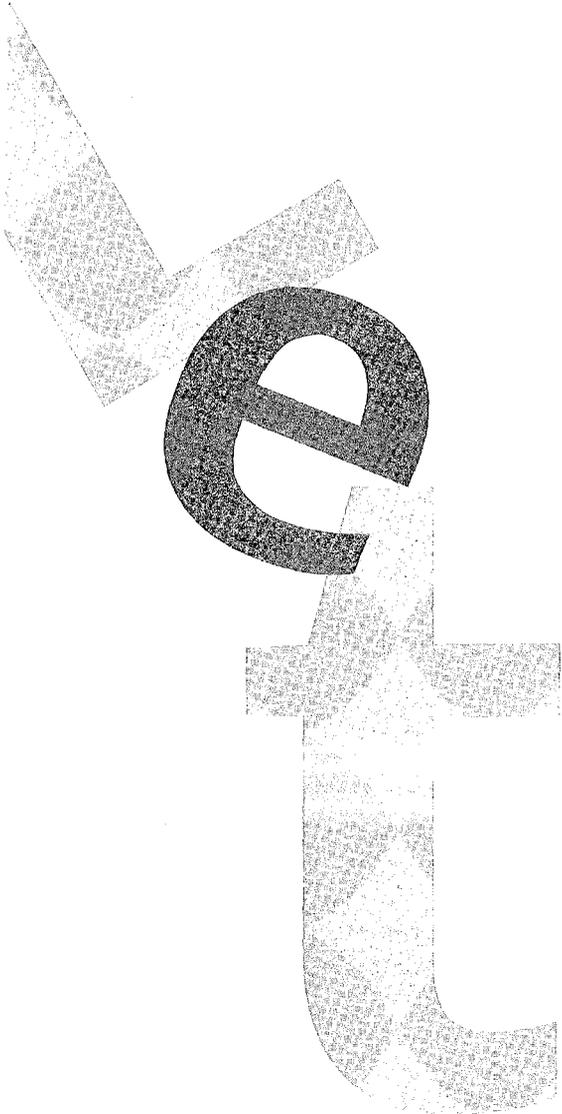
En sus afros ecuatorianas (Colección Pambol, BOP)

Cuentos y dibujos afroecuatorianos (Colección Pambol, BOP)

Y otros cuentos afroecuatorianos

nuevas voces de la poesía afroecua- toriana

antología de
José Sosa
Castillo



Además de Nelson Estupiñán Bass, Adalberto Ortiz Quiñónez y Antonio Preciado Bedoya, existen otros nombres significativos en el campo de la creación poética negrista ecuatoriana, cuyas obras hay que conocer y difundir, si queremos tener una visión más integral de esta expresión lírica, poseedora de características muy definidas, y en consonancia con los afanes de preservar la identidad y los valores de la comunidad negra del país.

Entre tales nombres, mencionaremos por ahora a los poetas esmeraldeños Ignacio Rodríguez, Orlando Tenorio Cuero, Jalisco González Tenorio y Julio Micolta Cuero.

Ellos pretenden, cada uno a su manera, mantener la vigencia de la lírica negrista en el país, y exponer a través de la subjetividad de sus poemas, con dignidad y altura, la visión del mundo, los afanes, valores, características y preocupaciones de la comunidad afroecuatoriana, a la que representan en el campo de la literatura.

En tal virtud, presento a consideración de los lectores de este prestigioso órgano de difusión cultural, una brevísima muestra de la sensibilidad creadora de los nuevos rostros de la poesía afroecuatoriana.

ignacio rodríguez martínez

Esmeraldas, 1936.

Se graduó de Bachiller en Ciencias de Comercio y Administración, en el Colegio Nocturno Esmeraldas y es miembro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo de Esmeraldas.

Ha obtenido premios como *La flor de Septiembre* (Manabí), *La flor de Guayaquán* (Esmeraldas), y el Tercer Premio de un concurso de poesía en Venezuela, con el poema *Manos para ayudarte*, Cuba.

Ha publicado el poemario titulado *Ajedrés humano*, y tiene inéditos varios libros de poesía y relatos.

testimonio

Estoy buscando mi ancestro
en su lengua original,
porque solamente hablo
la lengua del capataz.

En cambio mi hermano indio
habla quichua y aimará,
habla guaraní y azteca
y yo, español, nada más.

Se me llevaron mi ancestro
en su máxima expresión
y como marca indeleble
me han dejado a una sola voz.

Pero yo me iré a buscarlo
junto con mi dios Changó,
para hablar fluidamente
africano y español.

tambor mayor

Tamboré, tamboré, bombé.
Pobre nació, pobre soy, tamboré;
así nació con estatura de gigante
zulú,
bombé, tamboré, bombé.

Pobre soy como tú, hermano
blanco.
Tamboré,
tamboré
bombé.

Blanco tú,
negro yo, bombé;
vamos juntos a luchar,
tamboré.

Comprende tú,
que yo bombé,
como sufres tú, sufro también.
Tamboré,
tamboré
bombé.

Pobre tú,
pobre yo, bombé;
vamos juntos a luchar,
tamboré.



orlando
tenorio
cuero

Quinindé, Esmeraldas, 1945

Licenciado en Ciencias de la Educación (Universidad "Luis Vargas Torres").

Profesor secundario y universitario, ha desempeñado cargos como Director Provincial de Educación, Presidente de la UNE filial de Esmeraldas, y Presidente de la Casa de la Cultura Núcleo de Esmeraldas.

Ha obtenido premios y menciones de honor en diversos concursos literarios nacionales, y ha publicado:

Desde atrás de la vida
(poesía) 1978

El alfabeto de las golondrinas
(poesía) 1974

Epístolas para el hombre y el mar (poesía) 1978

barco ficticio

Últimamente han ocurrido tantas cosas que a veces no sé si estoy soñando despierto.

Y no es que me queje porque me da la gana, son testigos el río, el mar, los peces y este sabor salino que va junto a mi piel.

Yo sé que mutilaron la historia y el barrio Las Palmas hoy es un barco ficticio anclado en el recuerdo de la gente.

Lo conocí cuando entre niños jugábamos desnudos en la arena, cuando los pescadores retornaban con el corazón contento y repleto de peces a la playa cuando las frágiles palmeras mecíanse al viento como niñas coquetas.

Pero un día muy temprano y contra su voluntad, los pusieron a todos en las lomas y opacaron la sonrisa de la gente con monedas.

Cómo olvidar entonces si Las Palmas es como un barco ficticio que navega por los cauces de mi sangre.

carta a
Martín Luther
King Jr.

Hermano pastoral, sembraste el sueño por liberar la paz en surcos pasionarios de tormentas, y entrecortaron tus pasos antes de la cosecha.

¡Ah! Si yo pudiera separar el alba del crepúsculo.

Y asesinar como tú con proyectiles de ternura la pobreza que se quedó entre el querer, la rebeldía y la resignación a medias, colgada de un árbol de sonrisas distantes y lágrimas insatisfechas y perennes, que como ríos desbordados engrosan los cauces de su sangre africana de mi sangre que es la tuya, de tu espíritu incendiario que en las noches cabalga en el insomnio permanente.

De hombres negros de hombres blancos, que como naufragos emergen aferrados a nuestro mismo sueño de luchar porque ya no haya más guerras, y que la paz y la felicidad se reencuentren definitivamente, en el mismo continente de la libertad.

Jalisco gonzález tenorio

Quinindé, Esmeraldas, 1942

Bachiller en Ciencias Sociales, Promotor Cultural de la Municipalidad de Quinindé.

Ha ofrecido recitales de su poesía en varias ciudades del país, y ha publicado los siguientes libros:

Voces y Raíces (poesía)
Camino hacia la luz con la sangre armada (poesía)

desconocido

No sé de dónde vino
pero llegó diciendo
que él y la poesía
eran como uña y carne
desde niños.

Para que sepan de quién estoy
hablando,
guindaba de su cuello
una corbata fina
hecha con los vuelos de avión
y con la vuelta al mundo
que lo había mareado.

Y por mucho que se hizo,
ni con una ni con otra,
nadie pudo parar el bla bla bla,
de quien decía no haberme visto
nunca,
que de qué cucho habría salido yo,
y recitó de memoria
todos los nombres de los buenos
poetas
lanzó en mi cara
una mirada buscabulla
y arriscó la nariz,

como si en esa noche le apestará la vida.

Sí, a lo mejor no me ha visto,
pero éste, para mí,
ha caminado así, de boquiabierto,
hecho el cariparao,
buscando entre las nubes
un no se qué
que yo tampoco tengo.

Si me hubiera buscado aquí,
donde levanto la voz y el grito
me habría encontrado
bajo la tempestad,
recogiendo vientos,
si en este vértice de agua dulce,
donde nace braceando el
Esmeraldas,
tengo en mi casa al ventestate,
y aquí nunca pedimos pasaportes
para que entre la lluvia,
usted y el viento,
aunque la lluvia
cuando llega me moja las costillas,
y gota a gota
va llenándome el alma de recuerdos.
Yo tendría de edad

la suma de los dedos de mis
manos
cuando, frente a mí,
se puso insoportable la suerte,
y sin chistar un país,
pues podía resentir al destino,
comencé a caminar
con una mano adelante y la otra,
atrás.

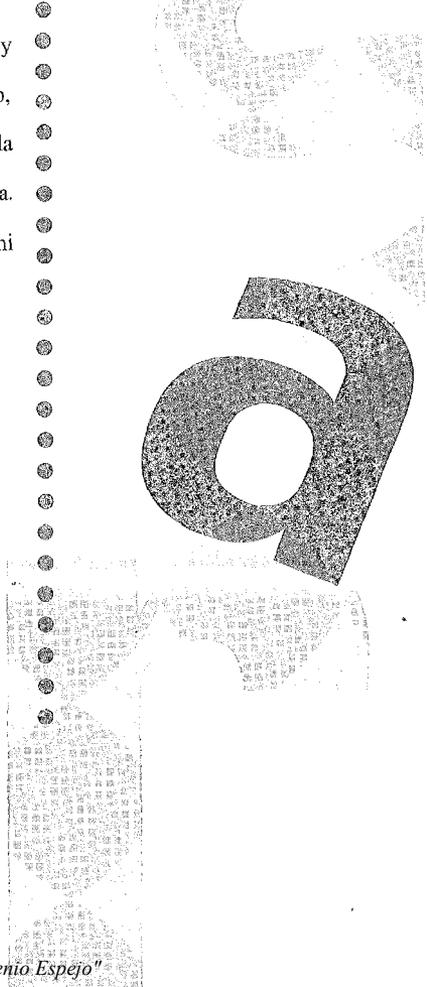
Andar y andar,
y mientras más caminaba, más
andaba.
Y fui encontrando
las huellas digitales de mi gente:
la cachimba de los abuclos
repleta de cuentos,
yerbas para todos los males,
cigarros adivinos de la suerte,
los misterios y los brujos
surgieron de la nada a recibirme.

Toda la tradición oral,
que andaba por allí de boca en
boca,
estaba frente a mí,
vigilándome la cara,
conversando conmigo sin tapujos.

Entonces aprendí
que con yerbas, más yerbas y
mantecas
se prepara el menjurje curativo,
y sea lo que fuere,
de cualquier color que sca la
muerte,
yo tengo muchas yerbas pa' curarla.

Escondidas en el chischís de mi
cabeza,
traigo, para que aprendan,
la pócima y su receta:
hígado de tamborero,
sapo bamburé,
busururumbú,
fu, fu, fu
el soplo de la muerte,
para el que a hierro mata,
con brujería se muera.

Vengan,
anden conmigo y lo verán,
que quien con lobo se junta,
a aullar aprende.



la bomba del chota

literatura popular afroamericana: otras vertientes

Al contrario de lo sucedido en Esmeraldas, la población afroecuatoriana del valle interandino de El Chota, entre las provincias norteñas del Carchi e Imbabura, sufrió desde la Colonia el régimen de la esclavitud. Al parecer, fueron los jesuitas quienes llevaron los primeros esclavos negros a sus haciendas situadas en dicha región. Pese a que la esclavitud fue abolida en 1851, las formas de explotación cuasi esclavistas perduraron en esas haciendas hasta tiempos muy recientes. Esto ha determinado que las costumbres y manifestaciones culturales de los negros del mencionado valle sean sustancialmente distintas de las de los negros esmeraldeños, descendientes directos de pobladores libres. Su poesía y su música están más cerca de la tristeza de los indios andinos, pero hay un baile que, evidentemente, denota sus raíces africanas: la Bomba, que recuerda en mucho a los cantos de "la Bamba", o la pampa como se conoce en ciertas regiones de Centroamérica

(Abdón Ubidia, *Poesía Popular Andino-Ecuador*, Ediciones IADAP, 1977)

Algunos registros de "la bomba del Chota":

En Monopamba te conocí

En Monopamba te conocí
contigo, negra, me he de casar,
guambra querida.

Para el mes de Mayo volveré
a verte de nuevo guambrita
sino me olvidas.

Chulla pañuelo que tengo aquí
como un recuerdo te dejaré
guambra querida.

Cojamos bus, vamos de aquí
a dar la vuelta por donde mi
guambra querida.

¡Ay! Cuando pases por el panteón
viendo a mi tumba recordarás
guambra querida.

(Carlos Alberto Coba, *Literatura
Popular Afivecuatoriana*, Colección
Pendeneros, Instituto Otavaleño de
Antropología, Otavalo)

Bomba de Chalguayacu

No hay corazón como el mío
que sufre y calla,
zamba querida las penas de amor
Cierra los ojos, cierra no más
que ya mañana no me verás...

Esto te digo por ser tu amigo
Lo que es conmigo dale no más...

Amor con tanto delirio,
que todo el barrio lo sabe,
ha de ser para mis tormentos
que se acabe que se acabe...

Que se acabe en buena hora,
dale que dale, dale no más...

Yo tengo quien me de gusto
quien me de gusto y no penas,
ya que tienes unos lindos ojos
que cuando miran, miran con afán.

Cierra los ojos, cierra no más,
que cuando cierras me miras más.
Dale que dale, dale no más,
que ya mañana no me verás...

(Alfredo y Picdad Costales Samaniego,
*Coangue o Historia Social y Cultural
de los negros del Chota y Salinas*,
Lacta. Volumen VII, Quito, 1959)



creación

antonio preciado bedoya

*Con el recuerdo de una dedicatoria
de Armando Tejada Gómez*

alguien muere a mi lado

Para la mayoría de los hombres
(los infimos,
aquellos que se notan porque
son
muchos de cada uno
y se hacen inmensos),
la vida es un cerrado
ámbito de profundas cercanías,
de infinitos encuentros
en el que a cada paso,
sin que caigan en cuenta,
viejos desconocidos se saludan,
se identifican por las cicatrices
o porque reconocen los otros
rostros que antes
se vieron diariamente en los
espejos;
o bien por la pavora
o los pedazos
o porque desde siempre

simplemente han podido
presentir un recuerdo,
aproximarse
y darse, sin saber en qué
instante ni dónde
“inexorablemente,
el postergado abrazo”.

La inmensa mayoría de los
hombres,
sencillamente, puede
llegar al fondo de los otros hombres
siguiendo los indicios que cada
uno tiene
sobre la palma de su propia
mano;
y encontrar, en el fondo, que en
el fondo
son los mismos de antaño,
que para todos aún queda sitio

y que en el fondo pueden con-
gregarse
y verse
y olfatearse
y recordarse
por los mismos semblantes de
los mismos dolores
y los olores de los apellidos;
y nombrarse
y gloriarse
y celebrarse;
juntar lo que soñaban cuando
eran soñadores
y regresar más juntos de su
largo extravío,
más aún si es que ya desde
siempre
cada uno, realmente, sin saberlo
ha vivido
junto a idénticas vidas, en la
misma
crucial obstinación con esos
otros hombres,
(puntuales,

transitivos,
plurales)
entre todos,
algo así como sólo una gran
existencia
con un solo camino,
una sola premura
y, por cierto, en el fondo
con un solo desvelo;
y entonces al morirse cada uno,
se muere inmensamente,
sin que él ni nadie sepa
que cada transeúnte es su
doliente,
que en cualquier parque público
tiene abierta una flor
y que, viéndolo bien, la sola
muerte suya
para todos los ojos es de suma
incumbencia,
aunque en la calle, al paso, no se
nota que fluyan
la inmensa mayoría de lágrimas
secretas.

Alguien muere a mi lado en este
instante,
mis ojos no lo ven,
pero, en el fondo,
mi memorioso corazón lo
siente.
Presiento que es cumplir con mi
deber
poner también mi nombre en su
epitafio
y guardar dos minutos de profuso
silencio.
¡Quién sabe desde cuándo,
juntos por esta vida,
nos venimos muriendo!



letras del ecuador

creación

humberto vinuesa

Deseo que poseas formas inventadas por mí
y que pueda borrarte y otra vez dibujarte y volver
a pedacearte como alimento para pájaros inspiradores
y rehacerte de nuevo con temblor de línea imaginaria
entre el temor y la confianza en las estrellas.

Que seas intuición que no centellea como relámpago
ni se retrae como sombra entre penumbras.

Que empieces a ser immanencia prometida
desde el sueño,
reflejo de inicios y finales
en el sentido sucesivo de las estaciones,
este primer trazo de ti
sustituyendo a todos los no natos o ausentes.

Imagen de ti
que no posea como posee la mía
el deseo embozado de ser un signo
fijo en medio de la marca de las formas.

Una sola palabra dicha
fuera del mapa del hombre o del instante

alguna novedad entre sábanas
que intentó invisibilizar atmósferas

apenas una insinuación de golpe
inmaterial contra el tumbado
crea la noción de desencuentro —mejor— de desencanto
y toda la luz del concepto concentramos en un soplo
y corremos a engrosar las filas de estibadores
de aquella civilización que nos sostiene desde el
cielo

pero el no orgasmo ya fue un desastre.

Tu mirada inventa el espejo que soy
descubre la huella de los astros
los pliegues del ser en el azar
la tersura del destino como un golpe
que seduce para develar o encubrir
el punto precintado del secreto.

Atraviesa los días más densos y las noches leves
inventa el laberinto para atinarme en su rejujo
precipita los términos uno hacia el otro
y los funde en su máximo de precisión
en su intensidad suprema.

A espaldas de la muerte
de tan ser vistas las cosas miran
con luz que les llega de tu lado
porque surges en ellas
y centelleas como visión en mí y escindido
y en tus sutiles contextos.

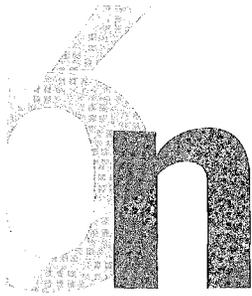
Soy la mirada inventada en tus ojos
desde la apariencia que revela el espejo que eres.

ciudad

Te llamaré mi señor
como los juglares solían hacerlo
a las mujeres nobles en la corte de Provenza.

O diré “eres mi marido”,
como dice a su cónyuge el poeta Sábines,
porque a veces parece que fueras mi marido,
que fueras yo,
y es tan perfecta tu imitación
de mis desamorados ángulos vitales,
cabriolas prepotentes, celajes vagabundos,
que tengo ganas de nombrarte mi amada esposo,
mi parejo amada, en fin, mi holística consorte,
mi única y tierna señor de todos los géneros.

ón



He comenzado a examinar
al insecto para dar con el néctar de todo,
buscar la continencia
y en la línea de fuga hallar la lujuria,
indagar el vacío y descubrir la huella
de lo que no se derrumba ni malogra,
intimar con el desastre y añorar tu pulso
donde se equilibran los extremos,
fungir de luz,
hasta volverme sombra sin percibirlo.

Tú, en cambio, simplemente,
has comenzado a esfingir,
a esfingirte.

Del amor
de las palabras de amor
va quedando el gesto de la mano
en cuyo cuenco la estrella del hallazgo
dejó rastro;

la parte inconclusa de los cuerpos
que condujo al todo o nada;

una chispa del sueño de la vida
en la vigilia de la muerte
el modo de encubrirse en las enigmáticas certezas
con la memoria del sexo
y su desmemoria súbita;

una pizca de cólera
que fortifica por un instante la constancia
y los destinos frágiles;

en fin
la sangre iluminada
y el humor con colmillos de vampiro.



**humberto
vineza**

Guayaquil, 1941

Poesía
Dueño parte del movimiento
Lanzador
Ha publicado:
*Un gallinero cantó bajo un sol
de a guisa* (1970)
Poeta en palabra (1988)
Alas tumbadas de acantilado (1991)
Señoras, mayestas (2002)
Los poemas de esta selección
son inéditos.

cautividad

julio pazos barrera

recomendaciones

Dentro de la memoria que canta
esperan lugares de felicidad y muerte.

No dejes que las palabras dormiten,
ya tendrán su oceánica clausura o su
polvo.

Permite que las intervenciones mero-
deen
Sobre las especies que danzan.

Persigue a las nubes del poniente hasta
doblegarlas,
ciñe con ellas tu cabeza.
Avanza por el camino del horizonte
y oye tus latidos,
ese coro que acompaña el crecimiento
del fuego.

Deja tu espejo a la intemperie
para que reproduzca las alas del amor
que se agitan antes de perderse.

materia del poema

El cielo rojo se derrama sin ruido en la
ciudad cautiva.

Olvido el encargo del cuerpo.

Tolero el celaje, ajeno a la duración.
Apenas percibo el clamor de la batalla.

Alicaído, desprendido del entusiasmo,
con solo la sombra colgada del cuerpo,
atisbo la luz del poema,
endoble recinto de palabras.

Junto a la pileta,
vagan las líneas en la piel apagada:
estertores de aves heridas.

De pronto, sube al aire el durazno tímido
del seno de la mujer.

Se cierne la ceniza del día en las palabras
y el canto se desvanece.

impronta

Estás conmigo desde esa primera mañana
en las afueras del pueblo.

No he salido de ti
ni cuando me encontré en la cumbre
y supuse que en ese lugar abundaban las
aves sagradas.

No he caminado sin tu sombra,
alceo que supera el vaivén del ángel de
la cascada.

Dejo la oficina en estado preverbal.
unos pasos en la acera,
entro en tu atmósfera
y descubro que la fugacidad no es triste,
que sólo importa tu cabeza
y el par de rosas que en tu cabellera se
quedan para siempre.

Detrás de los edificios,
en la vibración de la distancia aparecen
las cimas
y vuelves con la sonrisa y el vestido
azul que usabas
cuando íbamos a mirar, desde los puntos
más altos,
el oleaje de los tejados y las velas de las
torres.

Cruzaban banderas, cristales, antenas
parabólicas, mirlos.
Es el momento del precanto.
No importan el próximo invierno ni las
cavilaciones.
El asfalto es una cinta de miel.
Las nubes se enlazan en mis manos
sucitas.

Danzamos, livianos, entre las cosas.

indicios

el viajero se encuentra con un dosel de signos
se desconcierta
se refugia en lo más profundo del caracol

si cuando inventa el jardín del amor
aspira su perfume
piensa que enarbola su bandera
luego acaba exiliado en agrestes y aisladas ro-
cas

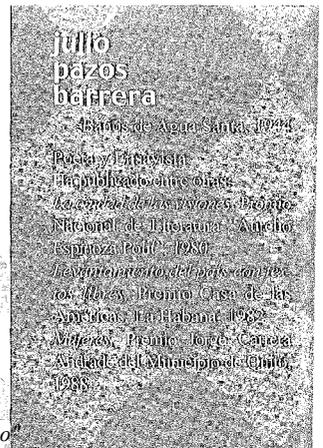
la disciplina de la ciudad produce rostros
que disimulan el pavor

el viajero diseña el humedal poblado de garzas
y cree observar el sortilegio de la duración

extrae de las deidades dibujadas en el cielo
cuantas experiencias conducen al delirio

se acoge al ciclo
de sol a sol
como el gato callejero que ignora el punto de la
muerte

en alguna ocasión cree ver una dorada pluma
demasiado luminosa
que fuga en la distancia



ca i n

raúl p é r e z t o r r e s

Ha llegado el olvido con su vieja memoria
arrasando el monótono recuerdo de las cosas
que vagan entre brumas y entre fosas
quebrando todo, menos nuestra historia

Mi hueso más profundo le permanece fiel
y como el maestro ciego de la poesía
viajo en sueño por una Alejandría
de manuscritos escritos en su piel

Es en verdad un sueño, un enigma o un misterio
que se repita todos los días este sueño
es un sueño en mi memoria repetido

que no detiene su atroz peregrinaje;
sin embargo me parece en esta tarde
verla dormir aquí, que no se ha ido



u i e

raúl
p é r e z
t o r r e s

Quito, 1974

Una adme y de la
En la noche el viento, el ruido de las Amé-
ricas y el viento del mar. Ruido (1974)
Entre sus cosas
Cuento, *El viajero* (1974), *Manifiesto
paranormal*, *Los poemas* (1975), *Manifiesto
de los escritores* (1976), *Manifiesto de
una literatura nueva* (1978), *El libro
de la familia* (1980), *Sobre la poesía
boliviana* (1983),
Nóvula *La poesía latinoamericana* (1983),
Poesía *Cometas en la oscuridad* (1984)

muir

fernando cazón vera muriendo

el agonizante bailó un vals sin saber que estaba agonizando
un largo y elegante vals que pretendía
derrotar lo prosaico y absurdo de la vida
bailó con una joven casi adolescente
sin que la joven supiera que de cierta manera
estaba bailando con la muerte
y cuando el vals terminó la suerte del hombre que bailaba
por última vez

ya estaba definitivamente echada
pero la joven tampoco sabía entre otras cosas
que la muerte había bailado
el mismo vals hace ya tanto tiempo
con otra joven como la joven del cuento
que tampoco sabía que era el último vals que bailaba
creyó que era el primero

la muerte es tan discreta
y aunque la creamos indolente

sabe tanto
por vieja



Fernando
Cazón
Vera

Quito, 1973

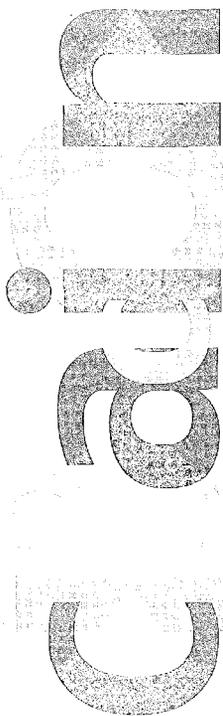
Poeta y periodista.
Egresado de la Escuela Nacional Superior de Periodismo y de la Universidad Católica del Ecuador, y en 1972 el Premio "Comandante Eloy Alfaro" de España.
Entre sus obras:
Las encrucijadas del Ecuador (1976),
El candidato (1978), *Los candidatos* (1977), *Los candidatos* (1977), *El candidato* (1978), *Los candidatos* (1978).

eliécer cárdenas

el arqueólogo Reina en un hotel de cinco estrellas

*La rabia nace después, al comprobar la sordera,
la impermeabilidad del mundo.....*

Antonio Tabucchi



Al ingresar al inmenso vestíbulo sobre el cual parecían flotar iridiscentes las arañas de cristal desde el alto y combado cielorraso, el arqueólogo Reina temió un súbito ataque de claustrofobia. No era que lo sufriera, nunca había sentido un acceso de pánico en lugares cerrados —por algo tenía esa profesión—, pero aquel vasto y modernísimo hotel le intimidaba.

En la recepción, donde tras el amplio mostrador de madera taraceada un personal atento y rígido pulsaba los sistemas de computación, fue atendido de inmediato por un trío de recepcionistas muy bonitas pero de ademanes casi tan fríos y mecánicos, pensó, como de los aparatos que siscaban detrás: la gelidez actual en los gestos humanos, se dijo el arqueólogo Reina, parecía constituir el indispensable tributo que debía pagarse a la eficiencia. Y añoró, como un niño tonto que ha perdido algún juguete de escaso valor, los campos abiertos y libérrimos del paraje árido de la costa de su país donde trabajaba desde hacía más de tres años para devolver del olvido y el polvo los vestigios de una cultura cerámica y agraria de ribetes sorprendentes. Una de las recepcionistas, de netos rasgos orientales, revisó la clave de su reservación en la pantalla, oprimió el teclado del aparato y extrajo la tarjeta que debía llenar. Lo hizo entre vagas aprensiones, y buscó el pasaporte para copiar el número: era un mal viajero y siempre acababa perdiendo algo, equivocando alguna dirección.

Al fondo del dilatado vestíbulo, una cortina de agua se derrumbaba en una cascada silenciosa y espejeante. El encargado de llevarle las maletas caminaba a su lado, sobre la lista verdeoscura de una alfombra que concluía ante los ascensores. Le abrió paso a la cabina y se situó enfrente de él, mientras el ascensor iniciaba, rauda y silenciosa, su carrera hacia arriba. Ataviado con un pulcro uniforme de color café con leche, el empleado le observaba con una convencional amabilidad. Si venía por primera vez al país, le preguntó sabiéndolo extranjero, quizá por su aspecto o porque se lo habían dicho en recepción. Que ya estuvo allí en alguna ocasión, respondió el arqueólogo con cierto embarazo: detestaba las preguntas formuladas por desconocidos, e imaginó que aquel empleado de hotel cumplía

letras del ecuador

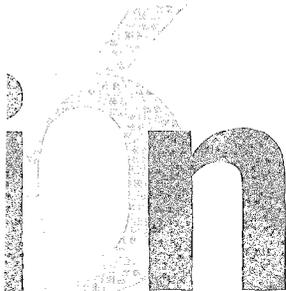
con una simple rutina cortés, y que posiblemente le observaba con fijeza para no olvidar su rostro. Simple seguridad.

El dependiente pasó la tarjeta electrónica por la ranura del dispositivo empotrado junto a la puerta color marfil con molduras doradas y ésta se abrió; luego, oprimió el conmutador del pasillo y se encendieron las luces y el arqueólogo se impresionó por la dimensión de la suite asignada para él: en ella podían haber con holgura cinco o seis huéspedes. Deploró el derroche que se acostumbraba en aquellos congresos internacionales, de su especialidad y tantos otros, en los cuales se malgastaba el dinero mientras siempre había cicatería con los fondos necesarios para las campañas de excavación o la publicación de los resultados de su trabajo. Suspiró. Aunque el viaje en avión desde el país vecino del que procedía no le resultó para nada fatigoso sentíase cansado por la espera en el aeropuerto. Debido a la hora temprana de su vuelo había precisado levantarse a las dos de la madrugada. El empleado, una vez depositadas las maletas bajo el área de los clósets, le entregó, dentro de un sobrecito anaranjado que tenía en el dorso el logotipo del hotel, la tarjeta electrónica de la suite. La seguridad allí era absoluta: la tarjeta debía utilizarla tanto al ingresar como al salir, ya que de ninguna manera la puerta de acceso se abriría sin ella. Le deseó una feliz estadía y se marchó tras cerrar la puerta.

Como quien era, un arqueólogo, es decir alguien acostumbrado a mirar con detención cualquier objeto, sopesar sus detalles, fue observando las particularidades de aquellos muros como revestidos de una pátina glaseada. Contempló los cuadros que decoraban el pasillo y el living, bonitos aunque convencionales. Comparó las líneas dieciochescas de los muebles con sus recuerdos de láminas de arte rococó. De la mesita de superficie de cristal en el centro del living recogió el pequeño cartel de bienvenida en cinco idiomas: español, inglés, francés, alemán y, supuso, japonés, por la regularidad geométrica de los caracteres orientales que no eran iguales para nada a los abigarrados rótulos chinos observados en películas.

Sobre la amplia y mullida cama, yacía una rosa roja cortada con el tallo, y al lado un sachette diminuto que contenía golosinas y un pliego con los mismos mensajes en cinco idiomas que deseaban al huésped una feliz estancia.

Pero, pensó, tenía que ponerse a trabajar de inmediato en los últimos detalles de su ponencia, la cual debía leer en el congreso aquella misma tarde: *conchas ceremoniales en el complejo de Palo Santo, una hipótesis migratoria*. Sin embargo resolvió darse antes un baño. Le fascinaban los de tina: no tenía muchas oportunidades de tomarlos, imposible en el campo, y en su departamento de la ciudad disponía tan sólo de una ducha cuyo uso estaba sujeto a los displicentes caprichos del servicio de agua. Descansado tras un buen cuarto de hora dentro de la tina, tuvo que abandonarla no sin cierta pena, y luego de secarse y vestirse con el traje que había decidido ponerse para el congreso, se engolfó, cómodamente arrellanado en una butaca de espalda circular en la sala de la suite, en la revisión



de la ponencia. Resolvió remediar los vacíos evidentes con unas rápidas anotaciones al margen del escrito. En fin, confiaba en su memoria. Luego, se pasó hasta el mediodía mirando los programas de la televisión por cable, de canales científicos e históricos, por momentos aguzado por esa especie de vago presentimiento que le había asaltado al ingresar a ese hotel de absoluto confort.

El reloj dispuesto junto al televisor le señalaba la hora desde sus resplandecientes guarismos verdes: trece y quince minutos. Resolvió bajar al comedor donde sólo tomaría algo ligero, puesto que el congreso se iniciaba a las tres y le correspondía intervenir de inmediato. No quería que la pesadez estomacal conspirara contra el estado de alerta con el que debía sustentar su trabajo y contestar, luego, a las preguntas de parte de colegas o curiosos. Cuando repasó la tarjeta electrónica sobre el dispositivo instalado junto a la puerta, vio que algo andaba mal: no hubo señal de respuesta y la puerta continuó cerrada. Probó una y otra vez con la tarjeta, con igual resultado. Resolvió llamar a recepción a fin de solucionar el fallo, pero extrañamente, la línea telefónica estaba descompuesta: ni el menor zumbido llegaba desde el otro lado. Empezó a preocuparse y se puso a dar vueltas en el living alfombrado, en torno a la mesita y a las sillas diciochescas. Probó a llamar otra vez a recepción y tampoco logró comunicarse. Con exasperación, recogió el pesado directorio telefónico y buscó los números de aquel hotel, eran siete, y uno tras otro los fue marcando, sin que en ningún caso se estableciera la comunicación. Le pareció el colmo que en un hotel de esa categoría fallaran a un tiempo la tarjeta electrónica de acceso y salida de la suite y la comunicación telefónica. ¿Existiría alguna alarma, un timbre que sirviera para percances como aquél? Lo buscó, inclusive introduciéndose a gatas bajo la cama y arrastrándose por la extensión del piso alfombrado, sin resultado alguno.

La desesperación iba ganándole. Se tendió bocarriba en el lecho y con el rabillo del ojo alcanzó a vislumbrar el veloz e inexorable paso del tiempo en el reloj junto al televisor: las quince horas menos veinte. Había invertido ya más de una hora en intentar salir de la habitación o comunicarse con el exterior en busca de ayuda. Le pareció increíble lo que estaba sucediéndole, y por un instante incluso pensó en alguna malévolas conspiración en contra suya, destinada a impedir su intervención en el congreso de arqueólogos. Desechó la suposición por estúpida, y dispuesto a causar un horrible desperfecto en la puerta electrónica se lanzó sobre ella, intentando abrirla a golpes y empujones. Imposible. Era tan maciza, y forzar aquella cerradura electrónica requeriría de sopletes o algún otro artificio de los que se veían en filmes de sofisticados atracadores. Trató de imponer una frialdad lógica a sus pensamientos. En mitad de la puerta había un ojo de pez, a través del cual se observaba el pasillo desde una perspectiva difusa y deformada por el efecto óptico. Si alguien, un empleado de servicio o algún huésped, pasaba por allí, él podía alertarle con perentorios golpes y explicar lo que sucedía. Transpirando y tembloroso por el coraje, se puso a esperar, aplican-

C a

do un ojo a la mirilla. Finalmente se cansó, y arrastró una silla para atisbar algo más cómodo, pero nadie circuló por el pasillo en un largo intervalo. Parecía como si no hubiera ningún ser en el exterior de su habitación y él fuera el único viviente en un entorno muerto.

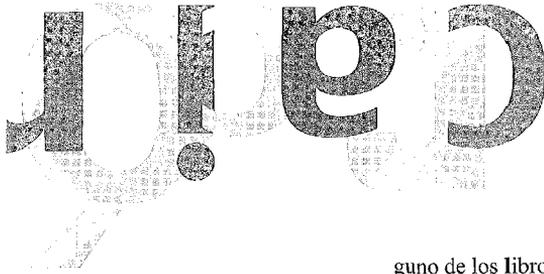
Las cuatro y media de la tarde. El lapso para la presentación de su ponencia había transcurrido de modo irremediable. Agotado por la inútil espera a través de la mirilla, el arqueólogo Reina probó otra vez con los teléfonos: podía ser que el desperfecto se hubiera solucionado. Nada. La línea seguía muerta. Se atrevió, con una débil ilu-

sión, a probar nuevamente con la tarjeta electrónica. Con sumo cuidado, volvió a pasar el flanco de aquel odioso cuadro plástico por la ranura del dispositivo, pero tampoco esta vez hubo la respuesta luminosa y la puerta siguió cerrada. Filósofico, se dijo que el congreso y su al principio plácida estadía en el hotel se habían ido al diablo, y tras enjuagarse el rostro y los cabellos en el chorro del lavabo, que por fortuna seguía funcionando, decidió tomar al-

guno de los libros que traía en su equipaje para distraerse. Eligió un estudio en inglés acerca de la arquitectura de los indios Pueblo. Por coincidencia, el capítulo que eligió al abrir el libro trataba de la particularidad de aquellas viviendas de carecer de accesos directos desde el exterior, por lo que sus moradores entraban y salían de sus casas mediante extensas escaleras. Aquella referencia le devolvió de golpe a su situación.

Intentó dormir. Le resultó imposible. Estaba prisionero en aquella suite de hotel, con los nervios a punto de estallar. Atardeció. Del otro lado de las espesas cortinas se insinuó la cruda luz de los reflectores que iluminaban el exterior del hotel. A ras del piso, se encendieron unas lucecitas rojas, provenientes de algún dispositivo de seguridad para los huéspedes. Presa del furor, intentó desbaratar con las uñas aquellos botones luminosos, pero no consiguió otra cosa que hacerse daño en las yemas de los dedos. Exhausto, supuso que el hotel disponía de una alarma contra incendios. Eufórico por la idea, fue hasta el baño y recogió todos los robustos y sedosos rollos de papel higiénico que halló. Agarró el cubo de los desperdicios, tomó una cajita de fósforos con el logotipo del hotel y prendió fuego al montón que había formado dentro del tacho con los pedazos de papel. Una humareda sofocante inundó la estancia. Aguardó, tosiendo, la señal de alarma, pero aparte de la combustión y la espesa humareda no sucedió nada. Se cansó de esperar que vinieran a abrir la puerta. Todo aquello le parecía el fruto de una macabra broma que empezaba a resultar excesiva.

Al día siguiente el hambre le hizo devorar con gula las delicadas golosinas del sachete de bienvenida de la suite. Lo había intentado todo, desde pasar bajo la puerta mensajes de auxilio hasta marcar, con un rigor maniático, el teléfono que continuaba muerto. Fue tam-



bién inútil el conato de incendio que no se atrevió a consumarlo prendiendo fuego a toda la habitación porque sencillamente no quería morir. La visión de las ventanas más allá de las cuales se insinuaba la luz de la mañana, le ofreció una nueva, extrema posibilidad. Descorrió las cortinas con un rccio movimiento de las cuerdas y a través de los cristales impolutos observó la perspectiva de los edificios circundantes que parecían flotar en la luz ambarina del día. Miró hacia abajo y advirtió la altura del piso en que se hallaba prisionero. La avenida gris se miraba empequeñecida con su tráfigo raudo cuyos rumores no alcanzaba a percibir. Corrió el cristal de un segmento de la ventana y el aire de fuera se coló súbito despeinándole los cabellos. Un exiguo repecho bordeaba el exterior del muro, pero desconfió que pudiera mantenerse sobre él tras descolgarse por la ventana. Jamás había tenido afición ni habilidad por el equilibrio, y además estaba débil por el forzado ayuno, la tensión y los inútiles esfuerzos por salir de la suite.

Desalentado, a punto de estallar en lágrimas de impotencia, volvió a tenderse en la cama revuelta por su furia, presintiendo que la desesperación iba a desbordarle como agua constreñida por algún débil dique de pronto roto. Con el rostro hundido en un almohadón, se figuró castigado por el destino. En algunas películas había visto que alguien escapaba de la habitación atando sábanas a manera de cuerdas. Sin embargo no estaba en un segundo o tercer piso y de todos modos se sabía incapaz de realizar aquella cinematográfica proeza.

Tras mirar interminablemente por el ojo de pez de la puerta, y comprobar que el pasillo seguía vacío, de marcar como un loco frenético todos los números telefónicos posibles y de pasar y repasar la inutilizada tarjeta electrónica, se preguntó si iba a permanecer allí hasta morir como una miserable rata. Estaba seguro de que nadie llamaría a la puerta y que iba a perecer sin remedio. Se estremeció ante la perspectiva, pero se sobrepuso. Volvió hacia la ventana, la abrió y con suma precaución se descolgó hasta el estrecho borde que había en el muro. Al tantearlo con los pies comprendió que no podría mantenerse allí a menos que se quitara los zapatos. Se introdujo de nuevo en la habitación y lo hizo. Ahora sus pies desnudos podían mantenerse sobre la cornisa. Procuró durante un buen rato no mirar hacia abajo, aferradas sus manos al borde metálico de la ventana. El aire frío le golpeaba el rostro y se colaba por su ropa. Le pareció inútil y ridículo ponerse a gritar: desde aquella altura nadie le escucharía. Mirando hacia el firmamento nublado por el perpetuo gris de esa ciudad, esperó durante largo rato, inmóvil, a que alguien allá abajo reparara en él, pero el tiempo transcurría con un tropor insoportable y no sucedía nada. Al fin se atrevió a bajar la vista hacia la avenida: los autos y camiones seguían circulando y los puntitos móviles de la gente mirada desde lo alto cruzaban las intersecciones o



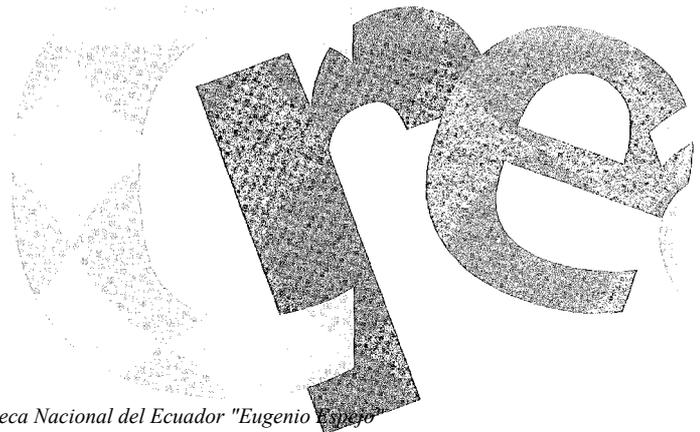
caución

letras del ecuador

segúan por las aceras. A nadie por lo visto se le ocurría mirar en dirección a lo alto del gigantesco hotel. El arqueólogo Reina se sintió diminuto, insensato e infeliz, y estuvo tentado durante unos segundos a tirarse al vacío. Pasaría cuando menos por un suicida y no como un imbécil.

Una vez más, trepó a su habitación por la ventana, recogió de la cama revuelta el edredón y las sábanas, tomó también los almohadones, y tras ponerlos en un montón bajo la ventana abierta comenzó a tirarlos hacia abajo. Las sábanas flotaron unos instantes en el aire, como indecisas, antes de caer lentas, arrugándose en el viento. Los almohadones y el cobertor, en cambio, se precipitaron de inmediato. Sacó por la ventana la mitad de su cuerpo y observó: en efecto, junto a las prendas que tiró se reunían algunas personas, y al fin miraban hacia arriba, hacia él que agitaba los brazos enloquecido. Sintió que el alivio se superponía a su furia como un ligero y delicioso bálsamo.

Pero no conseguía calmarse del todo cuando entre un silencioso y consternado grupo del personal de aquel hotel, el gerente administrativo, un tipo calvo y corpulento, le ofrecía disculpas y le invitaba a pasar a su oficina. Accedió en ella a tomar asiento. El otro, juntando las manos en una actitud que parecía exigirle paciente comprensión, le dijo que había sucedido un lamentable error, unido a un defecto en el sistema de registros. El piso décimo quinto se encontraba temporalmente fuera de servicio, pero por una inexplicable equivocación se le asignó una suite en él. Tras una pausa pesadosa, el gerente agregó que, para complicar más el asunto, el registro de

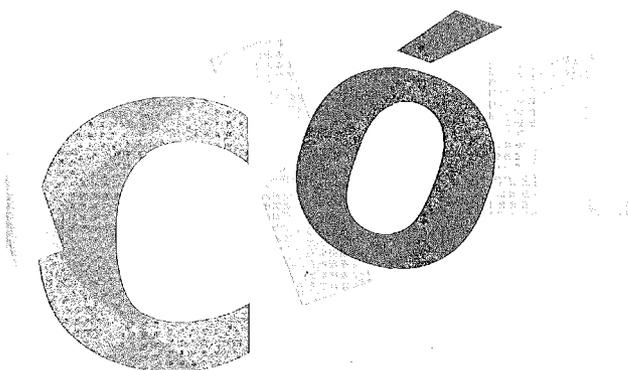


su ingreso en el hotel se había borrado de la computadora y de esta manera cuando desde el congreso llamaron para preguntar por él se respondió que no se había registrado. En resumen, que nadie se percató de que el huésped se hallaba en un piso fuera de funcionamiento. Una convencional pero amplia sonrisa remató las explicaciones del gerente.

El arqueólogo Reina participó en el congreso internacional con un diferimiento obvio. De manera oficial se explicó su retraso por un problema en el itinerario del vuelo que debía traerle a la ciudad. Su ponencia recibió unos pocos y distraídos aplausos y una parquedad no esperada por él en las preguntas. Concluido el acto de solemne clausura del certamen, el presidente del congreso le invitó a su oficina. Era uno de aquellos tipos de origen alemán que parecían predestinados a la investigación de la prehistoria del continente americano, rubicundo, medio calvo y eficiente. Le ofreció café, interrogó acerca de su estadía una vez superado el enojoso incidente en aquel hotel donde, por supuesto, ya no estaba alojado, y tras una circunstancial tosecita, le dijo:

—Resulta que el hotel ha interpuesto un reclamo por daños en la suite que ocupó y los enseres que tiró por la ventana. Por supuesto el congreso responderá por ello, usted no se preocupe.

El arqueólogo Reina, en sus cuarenta y cinco años de existencia, se sintió sobrecogido por la revelación: si él hubiera muerto en aquel infernal décimo quinto piso, ni el congreso, ni su familia, ni la embajada de su país, hubieran interpuesto reclamo legal alguno al maldito y eficiente hotel de cinco estrellas.



el taller cardenas

Cajon, 1966

- Novelista y cuentista
- Entre sus obras:
- Cuentos: relatos de la antigüedad* (1954)
- Temple de la antigüedad* (1958)
- Novelas: historia de un hombre*
- (El hijo del viento)* (1960)
- Narrativa de la historia* (1965)
- Historia del mundo* (1966)



nelson estupiñán bass y luz argentina chiriboga: en la literatura y en la vida por jennie carrasco molina

¡“De dónde salió esta maravilla”!, exclamó Nelson Estupiñán Bass cuando vio por primera vez a Luz Argentina Chiriboga. Y se enamoró de ella.

La escritora esmeraldeña ríe, llora, se estremece al evocar los años compartidos con Nelson. Le gusta, frente a una taza de café, hablar del profundo sentimiento que los unió en la vida y en la literatura. Como una niña que goza con el recuerdo del último pasco o película, casi telegráfica, narra: “Nelson nació en Súa el 19 de septiembre de 1912. El maricón lleva su nombre. Él nunca cortó el cordón umbilical con su pueblo. Su amor por la literatura se manifestó desde pequeño. La madre le leía cuentos. Antes de ir a la escuela ya sabía leer”.

La familia de Nelson Estupiñán conoció el hambre, continúa Luz Argentina —como si lo hu-

biera conocido desde niño—, pero la naturaleza era rica, pródiga, generosa con el negro. Nelson contaba que por encargo de su padre solía recoger cangrejos “con una latita en la playa, ésta era azul y ondeaba, eran los cangrejos azules en profuso pasco por la arena. Ella vio también árboles azules, llenos de cangrejos que subían con el aguaje. Un comienzo de la poesía de ambos... Esta creció cuando el padre de Nelson recibía a los *conciertos* (campesinos a quienes les hacía las cuentas para que cobraran sus salarios justos) con quienes el joven amistó y escuchó narraciones de Concha y el pueblo de Esmeraldas, “que fue el único que se levantó cuando la caída de Eloy Alfaro”, (un innegable referente para su literatura —*Cuando los guayacanes florecían*— y su vida). Allí aprendió a cantar décimas y a identificarse con los problemas de los campesinos afroecuatorianos.



Luz Argentina, igualmente, original de un barrio popular de Esmeraldas, se consustanció con las coplas, décimas y costumbres de la africana y los indios caya-pas. Aprendió a bailar marimba y tocaba el andarele. En su tiempo, Nelson hacía las delicias de los invitados con sus lecturas infantiles. Ella, crecida en una familia que rendía culto al libro, desarrolló su imaginación e iniciativa. El mismo mar les arrullaba, el “precioso aire diurno, fresco, puro, la tierra donde se botaba una semilla y crecía”. Y la poesía que los envolvió, tan exuberante como la tierra donde nacieron.

Cuando terminó la primaria, Nelson se empleó como dependiente en el almacén del señor Trujillo. Trabajaba con un horario de 8 a 12, de 2 a 6 y de 7 a 10. Entonces hizo unas coplas contra el dueño, diciéndole al comisario que tuviera presente la explotación.

Guardaba en su alcancía casi todo el sueldo para hacer su soñado viaje a la capital. Llegó con una beca a estudiar en el colegio Mejía. El viaje no fue fácil... “montubio salido de selva”, Guayaquil, Riobamba, con el abrigo —que alguien quiso arrebatarle— y la bufanda de su hermano, llegó a Quito. Anécdotas como ésta y la dura discriminación alimentarían la vivencia para la literatura.

Más tarde, Nelson sería promotor cultural en Esmeraldas, donde aglutinó a personas interesadas en la literatura y formó el grupo “Hélice”. El tío de Argentina, Ramón Chiriboga, tenía la mejor biblioteca de la provincia, frecuentada por Nelson, Adalberto Ortiz y otros jóvenes ávidos de libros que tertulaban y se reunían en la penumbra de la ciudad sin luz eléctrica a mi-

rar “la cenefa de los guayacanes que bordaban los cerros”.

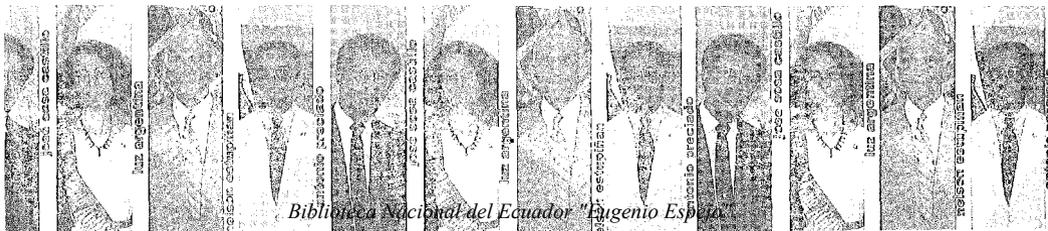
Cuando Nelson y Luz Argentina se encontraron, ella ya escribía. El amor por la literatura fue un puente que los unió.

Luz Argentina rememora como si fuera ayer: al salir del rezo cada noche, con su mantilla, lo veía en medio del parque. “¿No será que me espera a mí? Él va a pensar lo mismo”. Él, escritor consagrado señor de respeto, yo tan joven...” La acompañaba a su casa, hablaban de Neruda, Vallejo, la poesía. “Me tenía leyendo todo el día”, recuerda. Una carta diaria le escribía cuando ella estuvo ausente. Ella intuyó que si lefa esas misivas terminaría casada con él. Y así fue, leyó las cartas y el matrimonio fue inminente.

Luz Argentina

Hablar de Nelson Estupiñán Bass es hablar de Luz Argentina. La conversación con ella va de la mano de la historia de ambos. Pero en este punto es la mujer, escritora, negra, la que sale al frente y se sienta a contar su historia personal, su honda identificación con la herencia africana en el Ecuador.

Con 14 libros a su haber, entre novelas, décimas, poesía y ensayo, es una de las escritoras ecuatorianas más prolíficas. *Tambores bajo mi piel* (novela), *Jonatás y Manuela* (novela), *La contraportada del deseo* (poesía), *En la noche del viernes* (novela), *Manual de Ecología para niños*, *Vargas Torres y los niños*, *Palenque* (décimas), *Dispora*, 3 libros sobre escritores esmeraldeños y varias antologías, son algunas de sus obras. Se la estudia en Estados Unidos, África y España.



Biblioteca Nacional del Ecuador Eugenio Espejo

Entre sorbo y sorbo de café menciona la mitología africana que la posee intensamente, Iemanjá, la diosa del agua, es "santa de su devoción". La tunda, el duende, el hojarasquín del monte son parte de las fábulas que pueblan su bagaje cultural. Mitos que la gente utiliza con un doble mensaje, que "sirven para regular la conducta de los seres humanos". Los cuentos del tío Tigre y el tío Conejo significan el patrón y el empleado, aparentemente débil, que gana la partida por su agudeza.

el tapao

Cómo no hablar de comida esmeraldeña con una esmeraldeña. Obviamente, ella prefiere un tapao a un pollo frito.



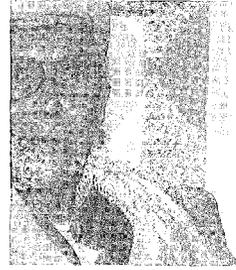
Puede ser de camarón, pescado o cangrejo. El de pescado, por ejemplo, se prepara así: lavar bien el pescado con sal y limón, aliñar con sal, pimienta y limón. Preparar un refrito con tomate, cebolla, pimienta y ajo. Adobar el pescado con esta preparación. Aparte, se ralla el coco y se le saca el zumo. Poner el

pescado al fuego y dejarlo hervir, tapado, por diez minutos. Se añade perejil y chillangua (planta parecida al apio) o apio. Añadir el zumo del coco y dejar cocinar diez minutos más. La corvina es el mejor pescado. Aunque Luz Argentina no es una cocinera de la cotidianidad, cuando prepara un tapao, le sale como para chuparse los dedos.

No obstante, ella y Nelson preferían un desayuno de avena —que él mismo preparaba—, mucha fruta, papaya, manzana, naranja, guineo. Y cuidaban su dieta rigurosamente.

Y como todo nos remite a la africanidad, Luz Argentina afirma que el maduro frito y el arroz con coco, así como el refrito (sofrito), son una contribución de la gente negra a nuestra cultura gastronómica. Ella siempre recalca en sus charlas y en las

conversaciones con la gente, tal como lo hacía Nelson, los valores de la negritud: "para que se sepa que con su trabajo, su sudor y sus lágrimas, en los cañaverales y las minas, los negros han contribuido al progreso de este país".



todo es erotismo

El tema podría parecer trillado, pero es inevitable toparlo al mirar a una mujer que aún conserva un cuerpo de palmera ("todavía luzco con bikini", exclama riendo pícaramente, mientras comenta sobre la dieta y la gimnasia).

"Creo que la base de toda civilización es lo erótico". Concordamos en que el erotismo es un fluir de nuestro cuerpo y nuestro espíritu. Ella, oriunda de la costa, está ligada al mar con su música y su movimiento, su ir y venir, innegablemente eróticos. Todo en la vida lo es, dice, una flor, su perfume; el viento, nuestra piel, nuestras hormonas. "Es la razón de la especie. Si no existiese esa esencia no estaríamos en el planeta. El bamboleo de las caderas, los escotes que dejan ver el nacimiento de los senos, los pájaros, sus colores y sus cantos, el mismo Jesús, con su pañito cubriendo el sexo. Eso ya es erótico".

Y como queriendo justificar su declaración, certifica que ella no puede encasillarse. "Para mí un escritor que se encasilla es muerto casi, se le han atrofiado las alas". Y las de ella son bien amplias, como consta en la franqueza con que transmite sus sensaciones, sus emociones y recuerdos.

"Crancar" los personajes

Luz Argentina habla como escritora, gestícula como escritora, vive como escritora. "La realidad es un camino que nos lleva a la ensoñación, a imaginar cosas". Todo el

tiempo crea personajes. Ahora está "crencando" los que habitarán su próxima novela histórica. "Ando con ellos, imagino cómo se van a vestir, cómo van a mirar, el color del cabello, si son gordos o flacos, cuántos van a ser". Ella busca los personajes que ensamblen con la idea del tema preconcebido. Luego ellos mismos la guían, protestan si no calza un vestido o un color, toman su personalidad, ya están crecidos, como para dejarlos andar.

También hay mucho estudio: lee sociología, sicología, historia, geografía, que le dan la base para poder crear. Y para la escritora es muy importante la fidelidad a la historia, lo cual significa incorporar los elementos que el historiador olvidó: cocineros, mujeres que lavaban la ropa, que si-



guieron a los hombres a las batallas y al amor. Como en Jonatás y Manuela, Jonatás, la negra del Chota que crió a

gentina las palabras de su esposo quien se levantaba a escribir sistemáticamente a las cuatro de la mañana.

De él aprendió a no desperdiciar el tiempo. Por eso, "a donde voy estoy con el oído atento, para ver historias. Es saludable conversar con toda clase de personas, en el bus, en la calle, oír su risa, captar su expresión. Temas comunes a muchas mujeres, el machismo que no ha declinado todavía. Héroe anónimo que, a veces, cuentan historias muy grandes".

Cuarenta años juntos, Luz Argentina es ahora la difusora de la obra de su esposo.

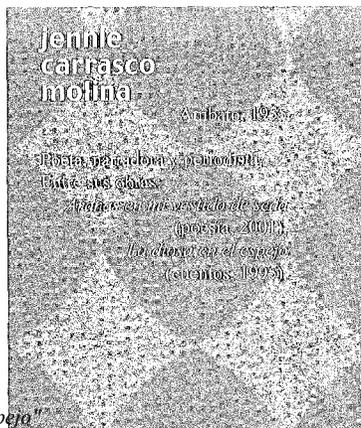
En Madrid, Luz Argentina inauguró un seminario para catedráticos de literatura en honor a Nelson Estupiñán Bass. En todos los cantones de Esmeraldas se realizan homenajes. Quinindé, San Lorenzo, Súa, son escenario de la viva voz del escritor, máximo exponente de la negritud esmeraldeña.

Desde la muerte, que para algunos no existe, Nelson acompaña a Luz Argentina y vive para siempre en cada personaje, en cada verso y en las semillas de los guayacanes que alguna vez vio florecer.



un espacio compartido

"Nelson nunca le dio a leer sus escritos a nadie". Ella tampoco. Y para mantener el matrimonio sin rencillas él tenía su espacio para escribir y ella el suyo. Tampoco se daban a leer los textos. Luz Argentina lo respetaba mucho y ve que en los círculos literarios lo reconocen como un escritor comprometido con su pueblo. "Él nunca hizo grupillos, estuvo apartado". "Al que le gusta le gusta, el que critica, critica", decía Nelson en su decidida posición, "yo no alabo, no cepillo, yo muero de pie", repite categórica Luz Ar-



pági- nas sal- vadas

miguel cabello balboa *“Verdadera descripción y relación larga de la provincia y tierra de las Esmeraldas”*

Nacido en Archidona, España, por 1530 o 1535, Miguel Cabello Balboa, luego de participar en las guerras de Francia, cuenta Jacinto Jijón y Caamaño, no sabemos “ni cuándo, ni dónde abrazó el estado sacerdotal, si antes o después de pasar a las Indias, lo que ocurrió en 1566”. Lo cierto es que para 1577 estaba en Quito, como persona de confianza del Obispo Pedro de la Peña, quien ese mismo año le encomienda la reducción de los negros de Esmeraldas, por Provisión Real de 8 de Julio.

Todos los intentos militares previos por reducir a esta indómita población, a la que comandaba un natural de Cabo Verde, Alonso de Illescas, habían terminado en fracaso. Sólo la gestión diplomática y amigable de Cabello Balboa, quien además llevó el encargo de nombrar a Illescas, Gobernador de Esmeraldas, pudo alcanzar un relativo éxito.

Fruto de esta aventura fue la *Verdadera descripción y relación larga de la provincia y tierra de las Esmeraldas*, de la que se ha tomado esta página (de la edición publicada por “Editorial Ecuatoriana”, Quito, 1945). Cabello Balboa escribió también la *Miscelánea Antártica*, obra más general sobre el origen del hombre americano y la conquista del imperio inca.

Resalta el estilo ameno, elegante y sobrio de este cronista. El lenguaje, los personajes, las descripciones, son ya propios de la tendencia literaria que encontraremos, plasmada con insuperable estilo, en Cervantes. Cabello Balboa murió en Camata, Provincia de Larrecaxa, hacia 1606.

CAPITULO OCTAVO (FRAGMENTO)

*De la llegada a tierra del negro y Gonzalo de Avila
y lo que con ella se hizo y como fuimos dellos recibidos*

Con varios accidentes estuvimos aguardando los deseados y no conocidos huéspedes; tal vez nos entristecía la enfermedad de la carne, y tal nos alegraba la prontitud de el espíritu, como suele acaecer en negocios virtuosos y dudosos; en fin, fluctuando entre temor y alegría, teníamos las vistas clavadas en el acercar a la punta, detrás de la cual se ocultaba el dado de nuestra suerte, y poco a poco comenzó a descubrirse la proa de una canoa, y después se mostró toda tal, y tan cumplida, que medida después, la hallamos más de seis brazas en largo, y de un anchor capaz de poder estar una espada atravesada. Al amor del agua, que ya bajaba, se dejó venir hasta ponerse un tiro de piedra de nuestra orilla, y allí comenzaron a hacer aboga, entreteniéndose sin pasar adelante, y el negro Alonso que venía en la punta de popa, dijo con voz que todos oímos: "Que gente, "Juan de Reyna?" que ya el Santa Cruz se había juntado con nosotros. Respondió: "de paz, señor D. Alonso Illescas, llegue vuestra merced acá que está aquí el Señor Vicario que viene buscando". Y tomando yo la plática, proseguí diciendo: "Llegue señor don Alonso Illescas, goce del bien y merced que Dios Nuestro Señor y su Majestad le hacen en este día". "Alonso me llamo yo, dijo el negro, y no tengo don". "El rey que puede, replíquelo, da y pone el don, como más largamente entenderá, venido que sea a tierra".

En esto hablaron los dos suegros y yerno entre sí, y pareció haber acordado llegarse más y reconocernos mejor; y el negro, enderezada su plática a Juan de Reyna, como a hombre que de antes de ayora conocía, dijo: "¿qué busca vuestra merced por nuestra tierra, señor Juan de Reyna?" Y éste respondió: "el haber la buena presencia de vuestra merced, en compañía del señor Vicario, salgan a tierra".

Oído esto, mandaron a los bogaderos sabadar con la canoa en la playa, y en un punto saltaron en tierra, y el Alonso con humildad, a el parecer cerimonia, y tomando la mano casi por fuerza la besó, y lo mismo, a imitación suya, hizo el Gonzalo de Avila y después nos fueron abrazando uno por uno con gran muestra de amor. Nosotros, tomando en medio al negro, lo llevamos a nuestra pequeña Capilla, donde hizo oración con devoción y lágrimas tales que a todos nos provocó a ellas.

Acabada la oración, nos fuimos juntos a nuestra pajiza casa y, siendo sentados todos, lo menos mal que sope, lo comencé a decir tales palabras: "Las obras tan colmadas de caridad, señor Alonso de



Illescas, que habéis usado con aquellos que su destino ha metido en estos secos y desapiadados arenales, hombres mortales que habéis atajado; los enfermos desahuciados de todo humano remedio, que mediante vuestra caridad, habéis reducido a la vida; los muertos, que habéis enterrado; los descaminados, que habéis puesto en camino para hallar el de sus vidas, y finalmente, el cuidado que habéis tenido de guardar siempre los preceptos de la misericordia; todo ha sido odorífero incienso, que el Angel que el Señor ha dado para vuestra guarda, ha presentado en el altar del divino acatamiento, y ha sido tan grato a el misericordioso, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, que su divina voluntad ha sido, que en este mundo comienzase a gozar de los regalos, dados por añadidura, a aquellos, que primero buscan el Reino de Dios y su justicia, y para tal efecto, ha tomado nuestro piadosísimo Dios, por instrumento, los señores que en nombre de su Majestad, el cristianísimo Felipe, Rey de nuestra Madre España, que hoy vive y viva muchos años, y en aquellos sea prosperado, administran justicia en la Chancillería Real de la ciudad de San Francisco de Quito, y en aquellos cristianos pechos ha infundido voluntad y motivo de acordarse de vuestro remedio espiritual y temporal. Y para que el uno y el otro llegue a felice colmo, mandaron a mí, el menor de los sacerdotes de aquel Obispado, que viniese a vuestras playas y trujese en mi compañía estos mis hermanos y compañeros, y de parte de aquella Real Audiencia y del Reverendísimo señor don Fray Pedro de la Peña, dignísimo Obispo de aquel Obispado, os diese el parabién, debido a vuestra santa deliberación y propósito, de os querer reducir a la casa y albergue de vuestro Padre Jesús Christo, cansado ya de desear las bellotas de los animales inmundos. Demás de esto, me fue mandado os dijese, estar prestos sus piadosos brazos para recibirlos en ellos, por amigo y leal servidor de su Majestad y hijo humilde de vuestra Madre la santa Iglesia, en la cual, mediante los Santísimos Sacramentos, os será vuelta vuestra estola cándida, perdida en la prevaricación, por indiamiento de Satanás, capital enemigo de lo bueno; en términos de lo cual, me fueron dadas estas previsiones reales que aquí veis; en la primera se contiene un general indulto de todos vuestros descuidos pasados y como tales, la Real Audiencia, en nombre de nuestro piadosísimo Rey, se lo remite y perdona no solo a vos, mas a toda vuestra casa y familia, especialmente a vuestro yerno Gonzalo de Avila; entretanto, cuanto menos razón tuvo de rebelarse, tanto era más digno de mayor castigo y pugnición, el cual, de todo punto, se pone y

pondrá en olvido, para lo ejecutar, como en lo presente, haya conocimiento de su yerro, y en lo porvenir, enmienda en su vida; y lo mismo se entiende con vuestros vecinos el Capitán Jhoan y su yerno Francisco, a quien juntamente con vos y vuestro yerno, la Real Audiencia promete muchas y muy ordinarias mercedes, y para principio de otras muchas a vos, señor don Alvaro de Illescas, por virtud de esta otra provisión, os nombra y cria Gobernador de estas provincias y naturales dellas, para que, como tal, mantengais en justicia a todas las personas que en ella residen y residirán en lo porvenir y por la retribución y correspondencia debida a merced tan grandiosa, no pretende ni quiere de vos la Real Audiencia y el Reverendísimo, mas de que las queráis recibir y conocer, porque el conocimiento dellas os hará acudir a lo que sois obligado a leal y buen vasallo de tan justo Rey”.

Acabada la plática, el Dácono leyó e relató las provisiones de verbo ad verbum, y por ellos fueron oídas y entendidas, y tomándolas en su mano el nuevo y negro Gobernador, mirando el sello dijo: “Estas son las armas del Rey mi señor que bien las conozco”, y besando las provisiones las puso sobre su cabeza, y dijo tales palabras: “señor Vicario, mi cabeza y las de mis hijos y compañeros os encomiendo, como a mi Señor padre; la tierra, y cuanto en ella hay, es de su Majestad, y desde luego, en su real nombre, os doy la obediencia mía y de los que están a mi cargo; los mulatos, contenidos en esta provisión, residen nueve o diez leguas de mi casa; yo, en vuestro nombre, iré y los haré venir ante vos, para que, pues a mi no me quieren obedecer, a vos, en nombre de su Majestad, os obedezcan; y vos les direis como deben acudir a aquello que yo como su Capitán les mandare”. “Cuando os pareciere podeis ir, respondí yo, señor don Alonso de Illescas, porque desde ahora todo se ha de ordenar y guiar por vuestra mano y voluntad; mañana vereis las instrucciones que de la Real Audiencia traigo, y conforme a ellas daremos asiento en las cosas”.

Ya era tarde cuando se concluyó esta plática y junta, y dimos orden a nuestra alegre cena, a la cual se sacaron nuevas cosas que decían ellos tener sumamente descadas, y lo que más les causó admiración fue beber vino del Piru, cosa para ellos muy nueva; finalmente, la cena se acabó con mucho contentamiento de todos, y sobre mesa se movieron algunos coloquios más gustosos para aquella coyuntura, que apacibles para poner en escrito.



letras del ecuador



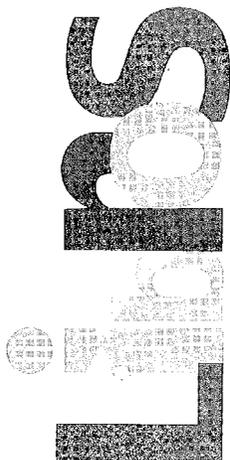
Illescas, que habéis usado con aquellos que su destino ha metido en estos secos y desapiadados arenales, hombres mortales que habéis atajado; los enfermos desahuciados de todo humano remedio, que mediante vuestra caridad, habéis reducido a la vida; los muertos, que habéis enterrado; los descaminados, que habéis puesto en camino para hallar el de sus vidas, y finalmente, el cuidado que habéis tenido de guardar siempre los preceptos de la misericordia; todo ha sido odorífero incienso, que el Angel que el Señor ha dado para vuestra guarda, ha presentado en el altar del divino acatamiento, y ha sido tan grato a el misericordioso, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, que su divina voluntad ha sido, que en este mundo comienzase a gozar de los regalos, dados por añadidura, a aquellos, que primero buscan el Reino de Dios y su justicia, y para tal efecto, ha tomado nuestro piadosísimo Dios, por instrumento, los señores que en nombre de su Majestad, el cristianísimo Felipe, Rey de nuestra Madre España, que hoy vive y viva muchos años, y en aquellos sea prosperado, administran justicia en la Chancillería Real de la ciudad de San Francisco de Quito, y en aquellos cristianos pechos ha infundido voluntad y motivo de acordarse de vuestro remedio espiritual y temporal. Y para que el uno y el otro llegue a felice colmo, mandaron a mí, el menor de los sacerdotes de aquel Obispado, que viniese a vuestras playas y trujese en mi compañía estos mis hermanos y compañeros, y de parte de aquella Real Audiencia y del Reverendísimo señor don Fray Pedro de la Peña, dignísimo Obispo de aquel Obispado, os diese el parabién, debido a vuestra santa liberación y propósito, de os querer reducir a la casa y albergue de vuestro Padre Jesús Christo, cansado ya de desear las bellotas de los animales inmundos. Demás de esto, me fue mandado os dijese, estar prestos sus piadosos brazos para recibiros en ellos, por amigo y leal servidor de su Majestad y hijo humilde de vuestra Madre la santa Iglesia, en la cual, mediante los Santísimos Sacramentos, os será vuelta vuestra estola cándida, perdida en la prevaricación, por indiamiento de Satanás, capital enemigo de lo bueno; en términos de lo cual, me fueron dadas estas provisiones reales que aquí veis; en la primera se contiene un general indulto de todos vuestros descuidos pasados y como tales, la Real Audiencia, en nombre de nuestro piadosísimo Rey, se lo remite y perdona no solo a vos, mas a toda vuestra casa y familia, especialmente a vuestro yerno Gonzalo de Avila; entretanto, cuanto menos razón tuvo de rebelarse, tanto era más digno de mayor castigo y pugnición, el cual, de todo punto, se pone y

Impreso en la imprenta de la Real Audiencia de Quito, en el año de 1764, a 15 de Mayo.

pondrá en olvido, para lo ejecutar, como en lo presente, haya conocimiento de su yerro, y en lo porvenir, enmienda en su vida; y lo mismo se entiende con vuestros vecinos el Capitán Jhoan y su yerno Francisco, a quien juntamente con vos y vuestro yerno, la Real Audiencia promete muchas y muy ordinarias mercedes, y para principio de otras muchas a vos, señor don Alvaro de Illescas, por virtud de esta otra provisión, os nombra y cria Gobernador de estas provincias y naturales dellas, para que, como tal, mantengais en justicia a todas las personas que en ella residen y residirán en lo porvenir y por la retribución y correspondencia debida a merced tan grandiosa, no pretende ni quiere de vos la Real Audiencia y el Reverendísimo, mas de que las queráis recibir y conocer, porque el conocimiento dellas os hará acudir a lo que sois obligado a leal y buen vasallo de tan justo Rey”.

Acabada la plática, el Diácono leyó e relató las provisiones de verbo ad verbum, y por ellos fueron oídas y entendidas, y tomándolas en su mano el nuevo y negro Gobernador, mirando el sello dijo: “Estas son las armas del Rey mi señor que bien las conozco”, y besando las provisiones las puso sobre su cabeza, y dijo tales palabras: “señor Vicario, mi cabeza y las de mis hijos y compañeros os encomiendo, como a mi Señor padre; la tierra, y cuanto en ella hay, es de su Majestad, y desde luego, en su real nombre, os doy la obediencia mía y de los que están a mi cargo; los mulatos, contenidos en esta provisión, residen nueve o diez leguas de mi casa; yo, en vuestro nombre, iré y los haré venir ante vos, para que, pues a mi no me quieren obedecer, a vos, en nombre de su Majestad, os obedezcan; y vos les direis como deben acudir a aquello que yo como su Capitán les mandare”. “Cuando os pareciere podeis ir, respondí yo, señor don Alonso de Illescas, porque desde ahora todo se ha de ordenar y guiar por vuestra mano y voluntad; mañana vereis las instrucciones que de la Real Audiencia traigo, y conforme a ellas daremos asiento en las cosas”.

Ya era tarde cuando se concluyó esta plática y junta, y dimos orden a nuestra alegre cena, a la cual se sacaron nuevas cosas que decían ellos tener sumamente deseadas, y lo que más les causó admiración fue beber vino del Piru, cosa para ellos muy nueva; finalmente, la cena se acabó con mucho contentamiento de todos, y sobre mesa se movieron algunos coloquios más gustosos para aquella coyuntura, que apacibles para poner en escrito. 



Letras del Ecuador se propone comentar en sus páginas, aún cuando de manera somera, algunas de las obras de reciente aparición que mayor interés o controversia han suscitado en el país, a fin de contribuir a su conocimiento y difusión entre el público lector. Por razones de espacio no constan todas las que deseáramos, pero lo iremos haciendo en próximas entregas, en especial con relación a libros, tanto de poesía, cuanto narrativas y de ensayo literario, publicadas por editoriales nacionales y extranjeras. A fin de tener una visión lo más completa del proceso literario en marcha en el Ecuador, **Letras** contará con la colaboración de Edgar Freire Rubio, conocido librero y estudioso del libro.



El fuego y la sombra Juan Valdano

Novela.

Seix Barral, Biblioteca Breve
Editorial Planeta del Ecuador
Quito, 2001

Juan Valdano, relatista y estudioso de la literatura, logra con esta novela uno de los frutos más logrados de su narrativa. Novela histórica, es, al mismo tiempo, un relato de aventuras, una inquisición existencial y hasta una suerte de palimpsesto.

Ubicada la trama cuando el derrocamiento del dictador Ignacio de Veintemilla, es decir, durante la década de los ochenta del siglo XIX, el autor reconstruye, además, el clima político y cultural de la época. Sobre las huellas de la misión secreta que debe cumplir

un emisario del caudillo liberal Eloy Alfaro, se va lentamente construyendo otra trama, que recuerda la de la Odisea. El Ulises ddcimonónico de la novela de Valdano aúna en sí, tanto la condición del héroe que debe enfrentar los múltiples desafíos de la travesía, cuanto el acoso interior de un hombre problemático propio de una fase histórica en transición, cuando en el Ecuador parecía inminente una revolución que nos haría entrar, apenas entonces, en la ruta de la modernidad.



Tiempos mayores Humberto Vinuesa

Poesía
Editorial El Conejo
Quito, 2001

Pocos poetas latinoamericanos han explorado tanto las posibilidades de la palabra, siempre desde una perspectiva ética y en incansante tarca de desciframiento del entorno, como Vinuesa, quien, en este libro, arriba a un punto crucial de su madurez.

Aquellos que han conocido el itinerario previo del poeta, podrán sentir, tras las intensas imágenes de *Tiempos mayores*, una como reencarnación de la misma voz que a través del tiempo ha ido decantándose, aunque, fiel a sus orígenes, no ha dejado sus preocupaciones primordiales. Poesía que, sin hacer dejación de su raíz histórico-genética, se apropia de lo universal, en tanto la estructura subyacente es más bien un diálogo que se adentra, como en aguas propias, en todas las instancias de la cultura que le parecen significativas para el proyecto creativo que lo hace posible.

Entre los temas, la inquietud ante la presencia inequívoca de la muerte, en contraste con una intuición de permanencia o de eternidad, recorre sobrecogedora estas páginas, como cuando verifica: Una ola deja de vivir/lo que otra vive/con temblor de espuma/siempre cambiante/o la misma siempre. Dispuesto todo a través de la algebraica disposición de la palabra, que denota, exalta y condensa. Exploración incansante, vívida e indeclinable.



Digo, mundo... Ulises Estrella

Poesía. Antología
Editorial Libresa
Colección "Crónica de Sueños"
Quito, 2001

Antología necesaria del principal animador del Movimiento Tzántzico, vanguardia que aportó de un modo fundamental a un cambio en la escritura y en el quehacer cultural del país durante los años sesenta. La antología incluye textos que van desde la etapa insurgente de *Ombigo del mundo* (1966) y los manifiestos tzántzicos, pasando por la poesía intimista y existencial de *Convulsionario* o *Fuera de juego*, hasta arribar a la etapa más reciente del autor, su etapa quilológica donde se empeña en un esfuerzo multidisciplinario por rescatar, a través de la literatura, la historia olvidada por la cultura oficial, en obras como *Cuando el sol se mira de frente*, *Peatón de Quito* o la *Fábula del Soplador y la Bella*.



Fuga permanente Gabriela Alemán

Cuentos
Enterpe Editores,
Paraguay, 2001

Con este tercer libro de relatos, Gabriela Alemán, joven autora ecuatoriana, reemprende la apasionada aventura de contar.

Hilar historias: tal simula ser su condición primigenia, y su destino. Vocación que viene de siempre, acentuada en *Maldito Corazón* (1996) y *Zoom* (1997) y que permite, en *Fuga permanente*, la emergencia de una escritora que conoce los secretos del género, dueña de una visión múltiple y cosmopolita —no en vano ha recorrido mucho mundo— y, a la vez, centrada en las debilidades y grandezas del ser humano, razón y principio de todo arte.

Invencción y reinvencción de la realidad y de lo otro, aquello que late en los vacíos de las palabras, en el metalinguaje de su carencia y de su nada. Historias destinadas a incitar la inaginación del lector, cuanto también a despertar su conciencia, tornándolo cómplice y co-creador del universo planteado en la ficción: efecto, quizá trampa de una estrategia narrativa desarrollada con rigor y sin tregua.

Pero es después, bajo el sol

Martha
Rodríguez

Cuentos

Editorial Libresa

Colección "Crónica de Sueños"
Quito, 2001

Diez cuentos y una novela corta conforman este segundo libro de Martha Rodríguez, escritora lojana residente en Guayaquil. En

ellos, percibimos una visión personalísima de la realidad y un estilo donde las palabras, cuanto los silencios, cobran valor equivalente. Lenguaje en cuyos intersticios, o vacíos, lo no dicho completa, desde lo invisible, la intencionalidad del discurso.

En sus cuentos, con recursos como el de intercalar los mismos personajes en distintos textos, la autora ensaya el "tempo" novelístico; sin embargo, y

casi siempre, el desenlace deviene fulminante, como en el paradigmático caso de *Especiosos*, el segundo relato del libro. La *nouvelle* incluida, en cambio, expande el tiempo narrativo: allí, el personaje, una mujer, regresa para acompañar a su hermano, presa de una enfermedad y a quien no ha visto en veinte años. Con minuciosidad, Rodríguez registra, minuto a minuto, la silenciosa confrontación entre seres abyectos en la tarea de explicar y explicarse lo que la vida ha hecho de ellos.

Un libro que se deja leer, puesto que la artesanía se oculta y, en ese trasiego entre la palabra y su contrapartida —el silencio—, la realidad se vuelve reconocible, si bien infiltrada por esa extrañeza tan cara a los hábitos de novelistas como el uruguayo Onetti o el francés Modiano: ciudades y personajes abocados a la desesperanza, síntomas de una época en crisis.

Arañas en mi vestido de seda

Jennie Carrasco
Molina

Poesía

Sur Editores

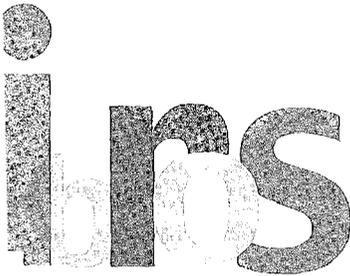
Quito, 2001

Cuentista, periodista, poeta, Jennie Carrasco ha centrado su propuesta en libros que hablan de la condición

de la mujer y vertebran, a la vez, un correlato poético de los agitados tiempos que vivimos. Poesía rigurosamente construida, con estricta economía de pala-

bras e infiltrada, a la par, de una contenida violencia que viene de la imagen en sí misma, de la apropiación de la realidad mediante la fuerza de la palabra, ya cuando se deja llevar por la ternura, ya por la ira, por el asombro de la carne o su silencio.

Un libro de una mujer de este tiempo y que, no obstante, denota esa antigua sabiduría que viene seguramente de lecturas e íntimas confrontaciones y de algo más auténtico todavía: la asunción de su condición de ser humano, de sus debilidades y fortalezas, sin concesiones ni narcisismos.



**Ciudad en
verso,
antología de
nuevos poetas
ecuatorianos**
**Xavier
Oquendo
Troncoso**

Poesía
Editorial Libresa
Colección Crónica de Sueños
Ambato, 2002

Precedida de un detenido y controversial estudio, su editor, el poeta Xavier Oquendo, nos entrega una antología cuidadosa, con el objetivo inmediato de hacer conocer los nombres y la obra, en muchos casos aún en trance de encontrar lo que los hará identificables, de los poetas más jóvenes que, con segura vocación, han aparecido en el panorama nacional. Son discutibles varios de los criterios utilizados por el autor de la antología para escoger a

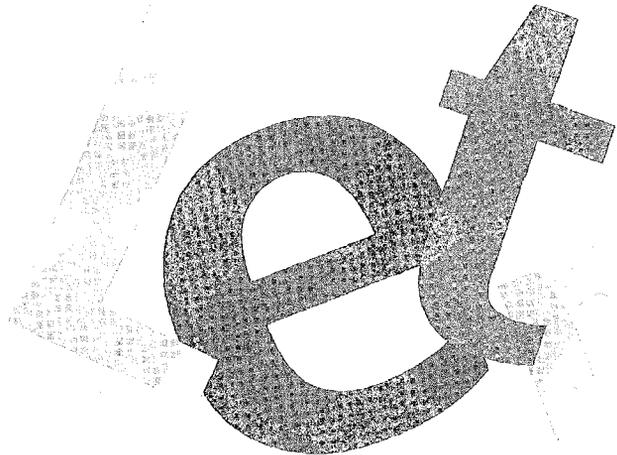
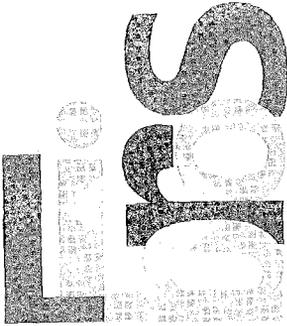
unos y excluir a otros; pero eso es parte del debate que suele promover todo empeño de esta índole. Lo importante es que se trata de la más completa aproximación —completa en lo posible, y teniendo en cuenta lo controversial de la misma— a lo más promisorio de la poesía joven del Ecuador, en este principio de siglo y de milenio. Obra de utilidad indiscutible para todos los estudiosos e interesados en la evolución, siempre cambiante y sorpresiva, de la creación poética.

**Partes del
desierto**
**Alfonso
Espinosa Andrade**

Poesía
País Secreto/Poesía
Quito, 2002

Alfonso Espinosa, con un lenguaje pulido e intensamente reflexivo, esboza, en estas páginas, una contraposición de tiempos: el uno, oscuro, ancestral, donde los amantes se narran desde el terror y la muerte, a la vez que el poema discurre como un ejercicio de arqueología que los revela inalterados, envueltos en una magia similar a la de los prehistóricos amantes de Sumpa; el otro, anclado en una modernidad devastada, convierte la obra de Espinosa en un viaje signado por el deseo de ahondar en las profundidades del ser humano, de explorar su naturaleza, y en donde el amor es sólo un pretexto para un proyecto más complejo del cual el autor esboza algunas claves para tentar al lector a salir del laberinto.

Partes del Desierto es sin duda un libro fundamental en el quehacer de este joven poeta ecuatoriano.



**NOVELA
VIVA DEL
ECUADOR**

Editorial Eskeletra ha presentado su nueva colección: *Novela Viva*, cuyo objeto es la reedición y difusión extensiva de obras de autores aún en la plenitud de su quehacer creativo y que, al mismo

tiempo, han representado hitos significativos en la evolución de nuestra narrativa.

Las tres primeras novelas escogidas, ya en circulación, cumplen a cabalidad con lo dicho.

Entre Marx y una mujer desnuda, de Jorge Enrique Adoum, implicó en su momento (1976) un punto de inflexión para la literatura ecuatoriana. Un texto plural, polisémico, innovador, que, en el decir de Miguel Donoso Pareja (*El nuevo realismo ecuatoriano*, 2002) "es una indagación sobre el país, sobre un país en particular y su estar en sí mismo y en el mundo".

Sueño de lobos (1986), de Abdón Ubidía, uno de los autores más significativos de la llamada "generación del 60", constituye el retrato y la requisitoria de una época y una ciudad, Quito, en un texto cuyos personajes, marcados por el advenimiento puntual de su propio destino, sustentan una poética que el autor supo captar con un inconfundible estilo personal.

Polvo y ceniza, de Eliécer Cárdenas (1979) es, asimismo, una de las grandes novelas ecuatorianas. Con todas las técnicas de la narrativa moderna, Cárdenas configura, en la línea del realismo abierto, un universo mítico, donde los personajes, incluido el protagonista, el bandido Naún Briones, se vuelven representantes del ser y el acontecer profundos de un pueblo.



ediciones de la línea imaginaria

POESÍA QUE SE IMPRIME

1 Tierra adentro

Paco Benavides

2 Rojo encanto de marmota

Cachibache

3 La ciudad que se devoró a sí misma

Javier Cevallos

4 Negro

Joe Ray

5 Cosmogonía de la carne

Juan Carlos Miranda

6 Anti...fases

Eddic Góngora

7 Piedra vacía

Felipe García Quintero

8 Espacio Vacío

Aleyda Quevedo Rojas

9 Sobre la hierba el día

Vicente Robalino

10 Antología

de la nueva poesía costarricense

Luis Chaves

11 Adagio en G mayor para una letra difunta

Miguel Donoso Pareja

campaña de lectura



coleccion
luna tierna

más libros más libres

Leer es un placer
íntimo, personal.

Desde que la
palabra se convirtió
en signo gráfico, desde
que los pensamientos
y las historias
pudieron
registrarse para
siempre en la letra
impresa, leer ha sido
un placer que ha
acompañado
a la humanidad con
información,
entretenimiento
y saber.



Benjamín Carrión
El cuento de la Patria

Anónimo
El viento, el granizo y los dioses de Huarochiri

Jorge Carrera Andrade
El camino del Sol

Benjamín Carrión
Atahualpa

Leopoldo Benites Vinuesa
Argonautas de la selva

Florence Tristram
El proceso de las estrellas

Carlos Tobar
Memorias de un veterano de la Independencia

Alfonso Rumazo González
Manuela Sáenz

Manuel J. Calle
Selección de leyendas del tiempo heroico

Pedro Jorge Vera
Doce cuentos de la historia

Información: www.cce.org.ec

Dirección electrónica: lec@cce.org.ec

Dirección postal: Ave. 6 de Diciembre N16-224 y Patria, Quito

Teléfono: (593-2) 22 22 876

Este libro es propiedad de la Biblioteca

Nacional de la Casa de la Cultura

LA VENTA ES PENADA POR LA LEY

Fe de erratas:

En la página 34, línea 19, dice: "en el año de 1533". Debe decir: "en el año de 1553".